

## SUSCRICION

EN

## MADRID.

UN MES. . . 8 rs.  
TRES MESES. 20  
SEIS MESES. 40  
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

## SUSCRICION

EN

## PROVINCIAS.

UN MES. . . 10 rs.  
TRES MESES. 24  
SEIS MESES. 48  
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización á los suscritores.

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

## SUMARIO.

**HISTORIA DE LA SEMANA.**—REVISTA DE MADRID; Romeria de San Eugenio.—Noticias de Madrid.—SEMANA BIOGRAFICA; Don Ramon Cabrera (primera parte).—SEMANA RELIGIOSA; Santa Cecilia.—Efemérides religiosas.—SEMANA JUDICIAL; Causa del Agonizante.—Noticias judiciales.—SEMANA LITERARIA; La venganza de los difuntos, novela fantástica (primera parte).—Un episodio de la vida de un poeta.—SEMANA CIENTIFICA; Viajes; Normandia.—SEMANA MOSAICO; El bosque de las Ardenas; invenciones y descubrimientos, anécdotas, máximas, noticias, caricatura, gaceta devota, calendario de la semana, logogrifo, solución del anterior, etc.  
Este número lleva once grabados.

## HISTORIA DE LA SEMANA.

**ESTERIOR.** La tranquilidad mas completa ha reinado durante esta semana en la república francesa. El ministerio nuevamente nombrado por el presidente de la república, administra sin contradicción y obstáculos al país, y la asamblea nacional en sus sesiones se ha ocupado de cuestiones secundarias ó de interés local. Ninguna cuestion política ha venido á enconar las pasiones, ni hacer estallar los conflictos que en los momentos de la aparición del nuevo ministerio se temían entre este y la asamblea legislativa.

La cuestion de Oriente no ha adelantado ni un solo paso. Algunas nubes se han levantado y anunciaban darla otra vez un carácter tempestuoso, empero ha habido exageracion en los periódicos y en los rumores que han corrido sobre la actitud de la Rusia. El gabinete de San Petersburgo sabe lo que le cuestan sus escuadras de Cronstad y de Sébastopol para dar gran importancia á su conservación.

Las escuadras de Francia y de Inglaterra combinadas se han dirigido al Bósforo, y pueden en menos de ocho dias destruir la obra de ciento y cincuenta años de esfuerzos y paciencia.

El terrible azote del cólera morbo que ha afligido á la Inglaterra ha desaparecido completamente. La reina Victoria, que es á la vez jefe de la iglesia del reino unido de la Gran Bretaña, ha dispuesto que en todas las iglesias se den gracias al Altísimo por este beneficio. El dia designado será festivo, se cerrarán las oficinas y cesarán todos los trabajos, y se observará tan religiosamente la festividad como se guarda en aquella nacion el dia santo del domingo.

**INTERIOR.** Ninguna novedad política tenemos que registrar en la historia de la semana. El congreso de los diputados no ha celebrado sesion alguna; el senado ha tenido dos sesiones para discutir las calidades de varios individuos nombrados por la corona para aquel alto cuerpo colegislador. El ministro de la Gobernacion ha leído en el senado una nueva ley de reemplazo para el ejército, que ha pasado á una comision compuesta de los generales Concha, Odonell, la Hera, Mazarredo y el senador Huet.

Los moros que continuamente hostilizan nuestras posesiones de Africa, han recibido un duro escarmiento; el general Chacon, gobernador de Melilla, ha hecho el dia 7 de este mes una vigorosa salida con la guarnicion; y los soldados españoles han demostrado el valor que demostraron nuestros padres, combatiendo contra los árabes. Han arrasado las fortificaciones, que en contra y al frente de nuestra plaza habian levantado, sosteniendo una reñida accion mientras los trabajadores demolian sus fuertes, y los han perseguido después, dejando sembrado de cadáveres enemigos el campo.

Días antes, aunque sin marina, y habilitando unas lanchas pescadoras y de paseo, logró el gobernador de Melilla ahuyentar los piratas moros de Benisair y Benibrellaf, apresándoles una barca con nueve infieles, y un gran cargamento de sal.

En todas las provincias reina la mayor tranquilidad, y se trabaja con actividad en obras de interés. Ha quedado terminado el ramal del canal de Castilla hasta Rioseco, llegando sus aguas al pié del muelle de dicha poblacion; canal, que llevado al corazon de Castilla, ha de dar un grande incremento al comercio, y protección á la agricultura.

### ACTOS DEL GOBIERNO.

Una real orden, fijando las bases de la formacion y examen de los presupuestos provinciales y municipales, formándose un resumen general de los correspondientes á los años 1848 y 49, y el de 1850, comparándolos con los de 1846, en que empezó á regularizarse este servicio.—13 de noviembre.

Tomo I.

Un real decreto, nombrando consejero real ordinario, al intendente general militar don Juan Butler.—13 de noviembre.

Otro nombrando intendente general militar al conde de la Romera, don Francisco de Paula Orlando, actual consejero real ordinario.—13 de noviembre.

### Revista de Madrid.

A falta de otras cosas mejores, y á las que nosotros hubiésemos dado desde luego una preferencia decidida, la semana que acaba de pasar lleva consigo una abundante cosecha de bellos pronósticos, de lisonjeras esperanzas, de dulces é indecibles satisfacciones. Por una parte la grata expectativa de los régios saraos que habrán de comenzar muy en breve; las numerosas parejas de baile que con el favor de Dios aguardan ciertos teatros de esta corte; las compañías de ópera que vienen bogando á toda vela por los espacios imaginarios; los pomposos anuncios de conciertos matutinales y nocturnos; los descubrimientos de aguas milagrosas y de prodigiosos antidotos, contra cuya eficacia no prevalecerán las fuerzas del terrible cólera. Por otra, los padres de la patria que reposan de sus penosas tareas, porque la felicidad del país ha tocado al punto de apogeo, y los individuos del congreso agrícola que suspenden sus sesiones, porque la agricultura nacional no necesita ya mas por este año de su protección benéfica. Como complemento de todas estas felicidades ofrece el régio alcazar uno de los mas suntuosos banquetes que se hayan visto jamás en sus espléndidos salones, y el numeroso congreso agrícola obsequia con una opipara mesa de 270 cubiertos á sus representantes y á los individuos del gabinete.

He aquí una serie de hechos que guardan entre sí la mas perfecta armonía: las dulces ilusiones del porvenir, el reposo de la felicidad, el grato y sabroso placer de la mesa. Nosotros, sin embargo, ya lo hemos dicho otra vez, hubiéramos preferido poder contar cualquiera otra cosa, aun á riesgo de ver perturbada la deliciosa calma de tan puros y pacíficos gozos: hubiéramos preferido, por ejemplo, una buena ópera, un drama nuevo, ó un lujoso baile teatral, fantástico, ó pantomímico. Ninguna de estas cosas hemos tenido hasta ahora; pero que no nos abandone nunca la confianza en Dios, y es de esperar que algun dia las tendremos.

En el entretanto, y olvidando con santa resignacion lo que deseamos, pensemos siquiera un instante de lo que ya tenemos.

Al ocuparnos, pues, de los sucesos ocurridos en la anterior semana, es imposible que deje de fijar en primer grado nuestra atencion el suntuoso banquete del real palacio. Pero ¿que pudiéramos decir nosotros sobre este asunto que no hubiesen leído ya nuestros amables suscritores en todos los periódicos de Madrid? Ni ¿qué les pudiéramos añadir que no presuman por sí mismos, cuando se trata de un hecho ocurrido en los salones del régio alcazar, en la corte de una reina joven, bella y elegante, cuyo fausto y ostentacion nada deja que desear, en ocasiones graves y solemnes, á los mas ciegos partidarios de la corte de Francia y de Inglaterra? Tendremos necesidad de decirles que la suntuosa mesa, con que nuestra jóven reina se propuso obsequiar al principe Jorge de Prusia, estaba primorosamente adornada, cubierta con vajillas de oro y plata y ocupando su centro un riquísimo plateau de extraordinario mérito? ¿Qué el gran salon de columnas con sus paredes tapizadas de lindísimos y verdes arbustos, de cuyos tallos pendian ricas y vistosas frutas, alumbrado con mil bugias de esperma y decorado con enormes espejos que multiplicaban todos los objetos al infinito, ofrecia un golpe de vista magnifico y sorprendente? ¿Qué la comida, en fin, fué tan abundante, como exquisita, y perfectamente servida por sesenta criados vestidos de gran uniforme? Necesitaremos decirles que el banquete correspondió en un todo al esquisito gusto y á la fina elegancia que distingue todas las funciones de aquella suntuosa morada? Para los que conozcan estas verdades, todas las esplicaciones y todos los detalles están de sobra: así como serán completamente inútiles para los que por sí mismos no hayan podido formar de ellas una idea cabal y completa.

Muy breve fué el intervalo que medió entre el banquete de palacio y el de la junta de agricultura. Dedicuémosle, pues, algunas palabras, si parva licet componere magnis; si es que nos es lícito pasar de un salto desde las gradas del trono hasta los escaños del congreso agrícola.

Ingenuamente confesamos que el pensamiento de

este banquete merece por completo nuestra humilde é insignificante aprobacion. Esa feliz idea de traer á una sola discusion todos los hechos que en las anteriores habian sido objeto de largos y luminosos discursos; de poner sobre la mesa un resumen general de aquellos productos, cuyo fomento habiasido el único móvil de los trabajos de la junta; de presentar en fin á la consideracion de sus dignos miembros los innumerables efectos sobre los cuales deben obrar todas las causas examinadas anteriormente, es á nuestros ojos muy oportuna y aceptable; y seria ademas un pensamiento original, si los franceses no hubieran acertado á tenerlo antes que nosotros.

A la verdad que si no tuviésemos algunas otras razones muy sólidas y atendibles, nos bastarian estos hechos para afirmarnos en una opinion que profesamos hace algun tiempo, y que vamos á manifestar aun á riesgo de escitar la sorpresa y el escándalo de nuestros lectores. Creemos de muy buena fé que los preceptos del arte gastronómico guardan una relacion muy estrecha con los adelantos de la civilizacion y con la ciencia que tiene por objeto gobernar y dirigir á los pueblos.

Abi está, por si no se quiere asentir á nuestra opinion, la historia de la civilizacion del mundo, que viene esta vez á prestarnos su poderoso auxilio. ¿Por qué decimos que son bárbaros y salvajes los homaces de las fuentes del Orinoco, cuando comen arcilla amasada en bolas; los esquimales, que tragan el aceite de ballena; las tribus árabes de Siria, que toman sopas de langosta; los kamschadales, que comen peces crudos, y los kalmucos, que devoran sin compasion toda clase de animales? ¿Porque recordamos como los bellos tiempos de la civilizacion de Roma, aquellos en que nadaban sobre sus mesas los vinos de Chio y de Falerno, y en que se servian en los banquetes de Lúculo lenguas de pavo real, cabezas de truchas, pescados de Africa, y otra multitud de curiosos manjares, que devoraban los convidados muellemente recostados sobre cómodos lechos de descanso, y aspirando el perfume de olorosas flores? ¿Por qué en épocas mas recientes disputa la Francia con teson que á ella se debe esclusivamente la invencion de las fondas, y cuenta sus banquetes patrióticos como una institucion nacional que no han podido desarraigar de su suelo las mas hondas convulsiones políticas? No hay que preguntar la razon de esto. Porque, los banquetes se han hecho hoy dia una institucion histórica, que camina en sus progresos á la par de las demas instituciones políticas y sociales.

Seguros estamos nosotros, y volvemos á tomar con esto el camino que habíamos comenzado, que los dignos individuos de la junta de agricultura no estimaban en menos que sus bellas y elegantes improvisaciones, los productos agrícolas que debian lucir sobre la mesa en el dia del banquete. Seguros estamos que cualquiera de ellos sentiria casi tanto como haya podido sentir la censura periodística sobre sus discursos, el que no hubiesen hecho el papel correspondiente la miel de la Alcarria, el vino de naranja, las patatas de Villaviciosa, los quesos y vinos de Canarias, las ensaladas, los garbanzos, la manteca y el vino de Rueda. Y en verdad debemos decir que todos estos objetos eran, al decir de los convidados, sabrosos y esquisitos, correspondiendo de esta suerte la calidad de los manjares al buen gusto y elegancia en la disposicion de las mesas.

No era menos brillante el papel que entre los productos agrícolas representaban allí las terneras, los jamones, los pavos y las perdices. En este punto nosotros participamos por completo de la opinion de los congregados al convite. Entre todos los productos de la agricultura, especialmente cuando se trata de comer, damos la preferencia al jamon y á las perdices. Por otra parte si los animales y las aves viven, como es notorio, de lo que produce de la tierra, deben ser admitidos en una comida de productos agrícolas, con tanta razon como se admite el gas en el alumbrado por ser nieto de las olivas, é hijo predilecto del Padre Aceite.

Mas no se entienda que hablamos de broma. Así tuviéramos ocasion de ocuparnos cada mes de un banquete agrícola, con tal que estos banquetes vengan á ser, como nosotros no podemos menos de esperar de los celosos individuos de la junta, otras tantas señales de los adelantos y progresos de la agricultura española.

Lo que en verdad no deseáramos nosotros, que progresase de una manera tan rápida y decidida, es cierto género de industria, eminentemente nacional, que esta dando continua ocasion á las gacetas de los periódicos. Eso de averiguar á punto fijo el dia y la



hora en que cada uno cobra dinero, y el momento en que su criada queda sola en la casa para robarlo; eso de vender un objeto determinado y sustituirlo por otro en el acto de entregarlo al comprador, sin que este se aperciba del cambio; eso de sacarle á un individuo de su bolsillo, en el patio mismo del real palacio, una petaca llena de cigarros y á su consorte las agujas de la cabeza, sin que ninguno de ellos sienta la delicada mano que le priva de sus alhajas; eso de quitar á una señora la mantilla en medio de la calle, con tal celeridad y presteza, que no da tiempo á los transeúntes para socorrer á la despojada; eso de imitar perfectamente los napoleones, los medios duros, y las pesetas y los billetes verdaderos con otros falsos, muestra de una manera bien clara hasta que punto ha adelantado entre nosotros el arte de apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Esta clase de comunismo nos parece en verdad mucho mas temible que el que los demagogos predicaban en las tribunas y en las plazas públicas.

En cambio vemos con gusto que va haciendo entre nosotros rápidos progresos el lenguaje castellano. Los periódicos de Madrid de la semana anterior hablan de *paseantes* nocturnas y de *cantantes*, con una candidez asombrosa. Dentro de muy pocos dias vamos á darle dos terminaciones distintas al participio de presente, cosa hasta ahora no conocida; y llamaremos *amantas* á las jóvenes que amen. Es verdad que nos viene siguiendo el paso un periódico que se anuncia con el título de *la moda*, mitad español y mitad francés, que va á contribuir poderosamente á la mejora de nuestro idioma, de paso que proporcionará al bello sexo un pasatiempo muy variado. La parte francesa contendrá la reproducción de los artículos franceses insertos en los diarios de modas de aquel país; y la parte española la traducción de estos artículos y un extracto de lo mas notable que contienen los artículos mismos. Ahora vean vds. si es fácil discurrir un medio mas ingenioso de repetir tres veces una misma cosa. Habrá además en la sección francesa una miscelánea y en la española otra miscelánea: total, dos misceláneas. Otra sección del periódico se ocupará «del movimiento de los artistas:» de suerte que cuando los artistas sean bailarines, habrá tela cortada para una porción de números. Promete por último una «noticia de cuanto pase en literatura y artes.» Felizmente en literatura y artes todo pasa: así que en este punto, no habrá de faltarlos materia á los redactores del consabido periódico.

Pero ocupémonos ya de otro asunto. Acaso nuestros lectores habrán advertido una omisión notable despues de cuanto llevamos escrito en esta revista: acaso habrán notado que no hemos dicho una sola palabra de los teatros de Madrid. Bien conocemos nosotros esta falta, que ciertamente no pensamos reparar por ahora; pero desgraciadamente no depende de nosotros su remedio. En la situación en que actualmente nos hallamos, en el estado de inmovilidad en que los teatros de la corte se encuentran, nosotros no hemos podido menos de imitar el autorizado ejemplo de un predicador de lugar, encargado del panegirico del santo patron del pueblo en el dia de su fiesta, que habiendo desempeñado en el año anterior la misma tarea, se vió en la precision de dirigir al numeroso é impaciente auditorio estas brevisimas palabras.—«Señores, desde el año pasado en que tuve la honra de hacer á vds. el panegirico del santo y de referirles todas sus maravillas y portentos, no ha llegado á mi noticia que haya obrado nuestro esclarecido patron ningun nuevo milagro. Recuerdo, pues, á vds. cuanto sobre este asunto tuve el gusto de decirles el año anterior.»—Otro tanto podemos decir nosotros al público respecto de los teatros: desde la semana pasada no tenemos noticia de que se haya obrado en todos ellos un solo milagro.

Esto diremos, si es que no se tiene por milagro estar organizando dos compañías en un teatro, mientras la empresa del mismo teatro se desorganiza: ofrecernos á Ronconi en Madrid y estarle Ronconi muy quieto en París: venir á esta corte Paganini, resucitado en la persona del Sr. Bianchi: preparar conciertos para por la mañana en un país donde no se escuchan ni aun de noche: y estarle disponiendo dos compañías de baile y dos de ópera, en una capital que no puede sostener ninguna de las cuatro cosas por sí solas.

Es verdad que la época de los milagros parece haber llegado otra vez en los calamitosos tiempos que corremos.

Sin hacer caso ahora del agua milagrosa, que segun dice un periódico, anuncia á la venta un redactor de la Esperanza, nos hemos encontrado en otro periódico con un seguro é infalible remedio contra el cólera. Es verdad que la Facultad de Medicina de París declaró no ha mucho tiempo en un acuerdo que leímos nosotros mismos, que el cólera era incurable segun todos los esperimentos y los profundos estudios de sus sabios profesores. Pero por lo visto la Facultad de Medicina de París no entiende una jota en achaques de cólera. Hoy dia hemos descubierto que tres grados de azufre y otros tres de carbon pulverizado, bastan para curar radicalmente los ataques de la epidemia mortal.

Este remedio pudiera pasar por un descubrimiento original, si los aficionados á caza no hubiesen inventado otro muy parecido para los casos extremos. Segun ellos, tres granos de sal aplicados á la cola de cualquier pieza, bastan para amansarla y traerla infaliblemente á la mano del cazador.

A.

## Noticias sueltas.

### ROMERIA DE SAN EUGENIO.

Del periódico *La Nación* copiamos lo que sigue, bastante para dar una idea de lo que es esta romería. «Ayer fué extraordinaria la concurrencia de gentes al real sitio del Pardo. Los madrileños se aprovecharon á su sabor del permiso que se les concedia para sacudir las encinas, y no recordamos haber visto ningun año mayor movimiento de carruages de toda especie. A las diez de la mañana no se encontraba ni un calesin que no estuviese ya camino del Pardo, ni habia un caballo en las cuadras. El camino de Castilla era un camino de hierro por el que corrían constantemente trescientos wagones. Escusado es decir que la aristocracia de los menestrales, la cámara alta de los barrios bajos, se habia citado con anticipacion para la fiesta.

«Adornado el cuello con una sarta de perlas como garbanzos, vencidas las orejas por dos arracadas de á tres brillantes como pipas de melon cada uno, cubiertos los dedos de sortijas, y con una cruz al pecho de igual valor que las arracadas, la honrada manola, dueña de tres tablas de carne y otras tantas de pescado en todas las plazuelas de Madrid, subió al ómnibus, que paró á la puerta de su casa, acompañada de alguna de sus amigas. Tres ó cuatro carruages de respeto, en los que iban todos sus dependientes; diez ó doce amigos á caballo, y unas acémilas que han enriquecido á mas de un fondista, fué una de las diversas caravanas que acudieron al sitio del Pardo. Repleto de oro el bolsillo de todos los congregados, ni regatearon el precio de los carruages, ni hallaron en el camino pobre á quien no socorriesen, ni los mayores de los coches tuvieron que recordarles las propinas.

«Confundidos entre la multitud, pero sin dejar de ser los héroes de la fiesta, corrieron por el monte, se divertieron en sembrar el suelo de bellotas, y hartos de correr y de bailar, desplegaron el lujo de su abundante repostería. A pesar de haberse reunido doble número de convidados, las provisiones eran tales, que aun despues de comer todos cuanto quisieron, sobró para otra igual comida. Despues de oscurecido entraron en Madrid con un puñado de bellotas cada uno, para dar fé de la romería. Invadieron los cafés, asombrando á los forasteros que creían completamente perdido el tipo de la esbelta manola, que lleva en sus facciones la bandera española de la raza árabe, en sus palabras el acento que humilló al capitan del siglo, y en sus maneras un desafío constante á toda clase de invasores. Pero el aspecto de las mugeres que se vieron anoche en los principales cafés de la corte no debe confundirse con las maneras de *rompe* y *rasga* de esas falsas manolas, que con trage de tales escandalizan diariamente en las calles de la capital.

«La romería de San Eugenio es una de las mayores fiestas del pueblo de Madrid despues de la de San Isidro, que por su mayor proximidad es algo mas concurrida. Sin embargo, ayer lo estuvo extraordinariamente el monte del Pardo, y toda la ribera izquierda del Manzanares hasta la puerta de Hierro, cubierta de gente comiendo y bebiendo sobre la verde yerba.»

La mayor parte de los periódicos de esta corte, han referido la siguiente anédocta, de cuya exactitud no salimos garantes.

Circulan misteriosamente pormenores sobre el descubrimiento de una conspiracion doméstica, que ha puesto en grave agitacion á una familia muy conocida en la corte.

Hace tiempo que se hablaba de la severidad con que se vigilaba por sus padres á una señorita, cuya posesion era codiciada por mas de uno de esos amantes, para quienes el mucho oro nunca es un impedimento que los detenga á las puertas del matrimonio.

Pero tal vez esa misma severidad, que venia á destruir los cálculos mas bien fundados y las ilusiones mas bellas, fué causa, segun se dice, de que se preparara hábilmente un golpe de estado, como quien dice, que estuvo á punto de verificarse y dar al traste con todos los preservativos que la reflexion y los consejos mas maduros habian inventado.

Parece que entraban en este plan infernal, que debia ir á parar derechamente á un matrimonio altamente romántico, ayudas de cámara, cocineros, cocheros, lacayos, y hasta alguna buena aya, que, segun malas lenguas, era la mas interesada en el asunto. La interceptacion inopinada de un papelito envuelto en una bola de cera, que fué sorprendido por uno de los enemigos del matrimonio, puso en alarma y consternacion á los que ya se hallaban entregados y vendidos; y volviendo en sí y obteniendo una completa noticia de la trama por la confesion del pinche de cocina, á quien faltaron los alientos en el mejor trance, se adoptaron súbitamente tales medidas, que los conspiradores se encuentran desterrados á estas horas, la cándida virgen sepultada en lo mas hondo de su magnífica casa, el galán desairado desempedrando inútilmente la ancha y concurrida calle de su dama, y los vencedores gozándose de su triunfo.

Hay quien supone que se preparaba, no un matrimonio, sino una fuga á países lejanos. Nosotros no hemos dado crédito á esa version, puesto que seria

muy difícil á la señorita trasportar con ella su inmensa dote, que es lo que en todo caso podía hacer agradable el viage.

### Leemos en el *Heraldo*.

«Sabemos que el señor ministro de la Gobernacion ha mandado preparar los trabajos necesarios para establecer un telégrafo eléctrico desde Madrid á Aranjuez, que deberá funcionar para cuando S. M. la reina emprenda su jornada á aquel real sitio. Por medio de este invento maravilloso se podrán transmitir noticias de minuto en minuto, si hay necesidad de hacerlo, y con una rapidez asombrosa. El Sr. coronel Santiago, segun creemos, es el encargado de preparar estos trabajos, y de su reconocida inteligencia esperamos que sabrá satisfacer los nobles deseos del Sr. conde de San Luis.

«Esta noticia confirma en cierto modo, aunque indirectamente otra que ha llegado á nuestros oídos, á saber, que están tomadas todas las medidas por una empresa particular para llevar á cabo el ferro-carril de Aranjuez, y que las obras deben empezar de nuevo dentro de ocho dias. No necesitamos decir con cuanta satisfaccion veríamos confirmada una noticia que nos haria concebir la esperanza de ver realizada esta mejora que tanto desea la poblacion de Madrid, y que serviria de estímulo para la construccion de otras líneas de que tan grande necesidad tiene nuestra Península.»

La Sociedad Económica Matritense ha convocado á un certamen de competencia literaria en las clases de instruccion primaria, á los establecimientos de ambos sexos en esta corte.

El certamen y la distribucion de premios recaerá sobre las materias siguientes: lectura, escritura, doctrina cristiana, historia sagrada, gramática castellana, aritmética, nociones de geometría, dibujo lineal y nociones de geografía y de historia, especialmente de España.

Los alumnos no pasarán de trece años, y habrán de ser designados por el director del establecimiento de educacion á que pertenezcan en la actualidad.

Tambien el Liceo ha repartido ya el programa del gran concurso de 1849, con los asuntos designados por las secciones de literatura, bellas artes y música.

El teatro del Instituto ha suspendido el *Congreso de gitanos*, que ha dado á la empresa muy buenas entradas, para poner en escena la chistosa comedia de don Ventura de la Vega, titulada *Los partidos*.—La conocida bailarina señora Senra, compañera y rival de la Vargas, se ha casado con el señor Cobos, actor del teatro del Drama. Este es hijo de la Teresa Baus, y en la boda ha hecho de padrino el bailarín Atanó.

En Variedades continua representándose el *Duende*, y la empresa solo aguarda que el público deje de favorecerle con su asistencia para poner en escena varias comedias originales, aprobadas, estudiadas y ensayadas. Sabemos de una manera positiva que hasta Navidad no se trasladará la compañía de este coliseo al nuevo local de los Basillos, puesto que la obra no tiene el adelanto que han supuesto algunos periódicos de la corte.

A pesar de cuanto se ha dicho acerca del teatro del Circo, creemos poderasegar que no hay nada adelantado respecto á la formacion de las compañías de ópera italiana y declamacion francesa que se supone se van á formar. Al contrario, segun todas las probabilidades, las puertas del Circo nose abrirán, al menos por ahora, como no sea para algun concierto, por el estilo de los dos que se han dado en la pasada semana. En cambio el teatro del Drama dicen que organiza sus compañías de ópera española y baile escénico; pero no será inoportuno recordar á nuestros lectores que esto mismo se está diciendo hace ya tres ó cuatro meses. Nos parece que el Circo y la Cruz, ó sea la *Opera* y el *Drama*, tienen excelentes deseos y mejores proyectos; pero les falta sin duda algo de eso que remueve todas las dificultades. De otra manera no concebimos tanto decir y tan poco hacer.

Las dos noches que se ha presentado á tocar en el teatro del Circo el violinista Bianchi, ha recibido justos y merecidos aplausos.

Los fondos públicos siguen el movimiento de alza que se anunció ya en la semana anterior; los títulos del 3 por 100 que cerraron á 27 7/8, han subido hasta 28 1/2, y los del 3 por 100, de 11 1/4 á 11 1/2. En la deuda sin interés no ha habido variacion.

A medida que los fondos suben, el termómetro baja; desde el jueves ha cambiado la temperatura, y puede decirse que estamos ya en pleno invierno. El tiempo es despejado, pero en cambio el frio es seco, y fuertes las heladas. Desde 4, 12, y 10 grados, ha bajado el termómetro Reaumur á 1 1/2 á las siete de la mañana; 9 1/4 á las doce del dia; y 7 1/4 á las cinco de la tarde. Este cambio se ha dejado sentir en la salud pública, y empieza á hablarse de pulmonías, ese azote de Madrid en los inviernos, casi tan temible como el cólera.



## SEMANA BIOGRAFICA.

DON RAMON CABRERA.

## Primera época.—1833 (1).

Agítanse ha mucho los modernos publicistas cuestionando sobre la utilidad ó perjuicio de las revoluciones; comparándolas unas á esas plagas esterminadoras que inficionan el aire diezmando la humanidad; asimilándolas otros á un desbordado torrente, que inundando los campos, les deja el abono que los fertiliza, para producir mas ópmos frutos. Nosotros asentaremos, con perdon de los pesimistas, que las revoluciones han sido siempre el preludio de la ilustracion de los pueblos: ellas les han precedido en su marcha regeneradora; y aunque parecían ser seguidas de principios disolventes, no lo eran sino de medios creadores para conseguir el fin á que aspira la sociedad.

Si se cuestionara sobre la utilidad de los héroes, que, no llegan al apogeo de la gloria, sino hollando montones de cadáveres, estaríamos por la negativa; pero si son precisas estas espadas para que, cual la del dios vengador, limpien del cuerpo social la sangre que le corroe, aplaudiremos á nuestro pesar á esos héroes, prescindiendo de la causa que los produzca.

Poco nos admira la historia de los pueblos que no han contado en su seno grandes hombres, y si otras naciones se glorian de los suyos, podemos elevar sobre ellas nuestra frente, ostentando un inmenso catálogo en todos los siglos y en todas las edades. Copiosa es la presente en personajes, que saliendo del mas ignorado rincón, han llenado el mundo con su nombre; y si esto basta solo para adquirir tan ruidosa celebridad, la ha conseguido bien merecida don Ramon Cabrera, el beneficiado de Tortosa, que podía ostentar hoy en la corte de Isabel II sus entorchados de general y su título de nobleza.

Hijo de José y de María Ana Grifó, nació Cabrera en Tortosa el 27 de diciembre de 1806; y quedó huérfano de padre á los seis años, casándose despues la joven viuda con Felipe Calero.

Tan humilde y pobre como su familia, fué la educacion de Cabrera, que no presentaba la menor disposicion para las letras. Asi que, cuando vacó una capellanía de que eran patronos unos parientes suyos, y recibió la investidura de su beneficio en setiembre de 1825, solo se vió en él mayor libertad para dar rienda suelta á su temperamento fogoso, á su imperiosa altivez, á sus indomables pasiones, y á su aversion al estudio; pues le estimulaban mas las peleas que armaban los estudiantes, á las que nunca faltaba en primera línea, que elevarse hasta Dios con los secretos arcanos de la teología, luchando con su entendimiento y la revelacion, en esa estéril pugna en que acalla la osada altivez de la razon el tupido velo de la fé. Caudillo el joven tortosino de sus compañeros, era el terror de sus contrarios, y el temido de sus profesores y del clero, con quien tuvo que vivir algun tiempo. Ideando continuamente su imaginacion medios de no estar ociosa, no concebía un pensamiento cuando procedía á ejecutarlo, por diabólico que fuera: aprovechando el descuido del cocinero del convento de Trinitarios de Tortosa (donde le encerraron sus padres), inficionaba los manjares con fuertes estimulantes; cuando los religiosos se retiraban á sus celdas á la hora establecida, se encontraban obstruidas las cerraduras con pequeñas piedrecitas, y como si no bastara el interior de un convento para la fama de sus proezas, echaba á vuelo las campanas á las altas horas de la noche, y ponía en alarma á la comunidad y á la poblacion; esto cuando no saltaba las tapias para acudir á sus galantes devaneos.

Terminado el tiempo de su estudio, se presentó al obispo de Tortosa don Victor Saez, para que le confiriese las cuatro órdenes menores; mas mirándole el prelado le dijo con el firme acento de la conviccion: *Has nacido para ser militar; basta mirarte para conocer que no tienes vocacion eclesiástica; no quiero ordenarte.* Se conformó Cabrera, y quedó disfrutando de su beneficio, sin que fuera, como han dicho con mas ligereza que verdad algunos escritores, apóstol del vicio. Oía misa diariamente, cumplía con las demas prácticas piadosas sin hipocresía, que no podía hermanarse con su franqueza, y continuó con su carácter aturdido sin ser procaz, y galanteador sin prostituirse.

Esta conducta del beneficiado le ocasionó la rivalidad de sus jóvenes paisanos que, alistados en las filas de la milicia urbana cuando se instituyó esta fuerza, se la daba preponderante sobre la clase á que pertenecía Cabrera, que comenzaba á verse como postergada; circunstancia que mas hirió al intrépido tortosino, y le hizo tomar la resolucion de cambiar el hábito talar por el uniforme.

(1) La guerra de 1833 y la de 1848, deben presentarse separadas. No fué menos importante en una que en otra el papel que hizo Cabrera, y apenas son ligeramente conocidos los hechos principales de la segunda, que describiremos, bien enterados, rápida, aunque exactamente.

## II.

«Me voy á Morella: el que quiera acompañarme, que me siga á las montañas. Si hasta ahora no se ha hablado de mí mas que en Tortosa, dentro de poco «tiempo mi nombre hará ruido en el mundo.» Esto diciendo, y con 4,500 reales en oro, salió Cabrera á las 10 de la mañana del 12 de noviembre de 1833 por la puerta del Temple de Tortosa, para dirigirse á donde dijo, en vez de ir á Barcelona, á cuya ciudad le enviaban desterrado. Llega el 13 á Morella, se presenta al gobernador Victoria, le pide un fusil para batirse por la causa de don Carlos, y se le destina de soldado á la compañía que mandaba el capitán Corbasí.

No pudo ser mas humilde el principio de su carrera militar. Ya tenía la causa carlista alistado en sus banderas aquel joven de inquieta y penetrante mirada, espesas y unidas cejas, espaciosa frente, áspero y negro cabello, y en cuyo aspecto torvo se notaba un cierto conjunto de altivez é impetuosidad, que demostraba la energía de su voluntad y la violencia de sus pasiones.

A los pocos dias de tomar el fusil, recibió el bautismo de las batallas como Wellington; cerrando los ojos, y arrojándose al suelo, poseído de un pánico aterrador. Hallado así por sus gefes se levantó confuso y aturrido diciéndoles: «No lo niego, he temido miedo; nunca había oído silbar las balas; pero en adelante se verá quien es Cabrera.» Avalanzase á un fusil que estaba á su lado, y se bate con tal bizarria que le colocan los galones de cabo. Esto sucedía el 6 de diciembre; el 10 era ya sargento; en clase de tal, y como secretario de una junta de gefes que se conformaron en elegir uno para terminar las serias desavenencias que entre ellos existían, prestó un grande servicio al elegido Marcoval, atrayéndole su tropa desbandada. Al volver con ella á Vistabella, le nombró en el acto subteniente.

El descalabro que sufrieron los carlistas ante el fuerte de San Mateo, obligó á Cabrera á ocultarse en las asperezas de la Vallibana, donde se encontró sin recursos y espuesto á ser fusilado. Pudo disfranzarse para ir á Tortosa; reunió algunos fondos, y con el sentimiento de no poder acceder á las súplicas de su madre que intentó desviarle de una vida de tribulaciones, volvió al lado de Marcoval, que abrazándole con efusion, le dió el empleo inmediato. Repartió con él el dinero, y acordaron, para dar mayor impulso á la guerra, obrar separadamente.

Aquí empieza Cabrera á demostrar lo que puede la fuerza de voluntad en quien arraiga en su pecho profundas convicciones. Nueve hombres, tres de los cuales no tenían mas armas que los palos; dos con escopetas, y los cuatro restantes con fusiles, constituían toda su gente á mediados de enero. Recorre la falda de las montañas, ofrece una peseta diaria á cuantos acuden á alistarse, y el 6 de febrero revistió á 133 hombres medianamente armados y equipados, por lo que recibió el despacho de capitán. A la primera operacion que emprendió con aquellos soldados bisonos, fueron batidos, y quedó Cabrera con solo 10 hombres, con los cuales pudo unirse al Serrador despues de mil peligros. Sabedor entonces del fusilamiento de Marcoval, es fama que exclamó: «¡Mi amigo Marcoval, mi protector fusilado! ¡Sangrienta será la guerra que empezamos! Dios quiera que algun dia no haya de ser yo el vengador de estas muertes...»

Del reino de Valencia pasó Cabrera al de Aragon; uniéndose con Carnicer, luego con Quilez, tratando ambos de trasladarse á Cataluña. Mas temibles eran las fuerzas que llevaban por su número que por su valor, y avanzando contra el dictamen de Cabrera, se vieron detenidos y derrotados en los campos de Mayals por el arrojo del brigadier Breton, á quien hubiera matado Cabrera, á no faltarle dos veces el fusil con que le apuntó. De derrota en derrota llegaron los carlistas de Aragon á verse reducidos á una completa nulidad; sin orden, sin organizacion, sin disciplina, faltos los gefes de ese prestigio que debe rodear á la autoridad, carecian de la fuerza moral, móvil de la obediencia. Desbandadas aquellas fuerzas, cuando reunidas eran temibles, formaban pequeñas partidas que tenían que entregarse necesariamente al pillage para salvar su existencia tribulada y peligrosa. Asi lo fué la de Cabrera espuesto á cada instante á caer en manos de sus enemigos, debiendo únicamente su salvacion á la astucia y á los recursos que su activa imaginacion le prodigaba, especialmente en los trances apurados, esos momentos criticos en que se sublima el espíritu abarcando toda una inmensidad, en un espacio de tiempo tan inesplicable como incomprensible. De asechanzas, de sorpresas, de conspiraciones, de todo se salvó; mas no era aquella situacion para continuada.

El año de 1834 tocaba á su fin: Cabrera tenía el grado de coronel de infantería; y en la imposibilidad de resistir la bien organizada persecucion de Valdés, dispersó su gente, y quedándose con el comandante García, marchó á Navarra á dar cuenta á don Carlos del deplorable estado de sus defensores de Aragon y pedirle alguna fuerza para alentar su espíritu, y sino lo alcanzaba á alistarse en aquel ejército de simple voluntario. El 20 de diciembre emprendieron el viaje con 7 reales que llevaba Cabrera. En Alloza varió su posicion: adquirieron dinero, pasaporte, se disfrazaron de arrieros, y queriendo acompañarles la intrépida joven María la *Albeytarsa*, impulsada solo por un ardor noble y desinteresado, de esos que la vehemente imaginacion de la muger concibe, emprendieron los tres su

camino; cargaron en Hija las caballerías con jabon, y el 9 de febrero de 1835 entraron en Zúñiga donde se hallaba el cuartel de don Carlos. Pintóle Cabrera con todas sus oscuras tintas el sombrío cuadro que presentaba la guerra en Aragon, y atendiéndole bondadosamente el príncipe, le mandó preparar su viaje para llevar á Carnicer un pliego que mandó estender á Vilemur.

El regreso de Cabrera á Aragon no fué tan feliz como su viaje á Navarra. En inminente riesgo de ser apresado en Belchite, descubierto en Zaragoza, y sorprendido en Lecera, pudo llegar al fin á las masías de Ledrunau y Villarlengo, y entregar á Carnicer el pliego que recibió en Zúñiga. En cuanto lo hubo leído Carnicer, proclamó con voz fuerte por gefe accidental interino de todas las fuerzas carlistas del Bajo Aragon y reino de Valencia al coronel de infantería don Ramon Cabrera; marchando Carnicer á Navarra en virtud de orden de don Carlos.

Vencidas las dificultades que la ambicion de algunos émulos oponia al libre desempeño del nuevo cargo de que se hallaba investido Cabrera, comienza á dar impulso á la guerra, comunicándola aquella enérgica actividad de su espíritu: organiza fuerzas, las instruye, y las presenta á Noguera en Alloza. Se bate, disputa el terreno á pulgadas, y cuando nota el cansancio de su tropa la alienta con el ejemplo y la palabra: la vé desmayar, é idea detener á su contrario retándole á combate singular; no lo acepta Noguera, pero consigue Cabrera su objeto; ganó tiempo y salvó su gente. Poco despues se vé acosado, y la dispersa señalando punto de reunion. Unidos nuevamente, demuestra en Alcora que no pelea con soldados bisonos.

Las acciones que tenían lugar no presentaban de por sí un interés extraordinario: habíale y mucho en los acontecimientos parciales: en las estrategias de que Cabrera se valia para vencer, ó para eludir las persecuciones: manda una vez sigan en pos de sus tropas para que borren sus huellas grandes rebaños de ovejas; y cuando otra vez se le creia fugitivo, se le ve penetrar en una poblacion de 16,000 habitantes, murada y guarnecida. Tal sucedió en Caspe. Por este tiempo, marzo de 1835, disponia Cabrera de 3,416 infantes y 218 caballos, mas entusiastas que organizados, por ser el mayor número de nuevos agregados que llevaban á las filas carlistas los deseos de venganzas personales.

Sorprendido y fusilado Carnicer en Miranda de Ebro, era consecuencia lógica recayese en Cabrera la propiedad del mando de las fuerzas que interinamente dirigia; mas dispuso don Carlos que obrara cada gefe por su cuenta para evitar rivalidades, y solo conseguia así perjudicar su causa. Cabrera, que como gefe de todas las columnas no disponia de ninguna en particular, se quedó sin un hombre; y rechazando los deseos de insurreccion de las fuerzas de Llorach, que querian ser mandadas por el caudillo tortosino, convino en admitir el mando de las de Forcadell su íntimo amigo, rehusando igual oferta que otros le hicieron. Con sus 797 hombres, cae sobre una columna de liberales y los destroza en las inmediaciones de Cherta; acosa á otra de Azpiroz en Prat le Compte, triunfa en la sangrienta accion de Yeca, donde estuvo en inminente riesgo su vida, y penetró en la ciudad de Segorbe, de la cual le desaloja Noguera. Rubielos, Mora, Alcanar y Vinaroz, que cayeron en poder de Cabrera y Forcadell, fueron testigos, no del valor, si de la temeridad del primero, que hasta improvisó con un carro rodeado de colchones la imitacion de una torre movable, igual á aquellas terribles máquinas preñadas de guerreros que usaban los antiguos. Cabrera fué el gefe que mas se distinguió entre los carlistas del centro: la fama llevó la noticia de sus hechos á la corte de don Carlos; y agradecido éste á sus servicios, le hizo comandante general interino de Aragon, cuyo nombramiento recibió el 11 de noviembre.

Ya empezaba Cabrera á ver satisfechos los sueños de su honrosa ambicion, ó mas bien dicho, propósitos. Al tomar las armas, tenía la conviccion de que subia el primer escalon del templo de su fama, y cada dia, cada hora, cada momento de su vida, era una lucha incesante por continuar aquella ascension hasta la cima, ó derrumbarse en el abismo de la muerte. ¿Se conocia Cabrera á sí mismo, ó eran estas ideas vanos delirios de su presuncion? Hombre de genio Cabrera, y con una fuerza de voluntad irresistible, no es de extrañar se propusiera adquirir la celebridad que tiene, debida únicamente á sus proezas.

El gefe Cabrera en nada se parecia al guerrillero de Tortosa: este tenía que hacer alarde de indisciplina; obrar *ad libitum* y valerse de toda clase de medios para lograr su objeto: aquel comenzó por reunir sus fuerzas en los puertos de Beceite, creó una fábrica de municiones, un hospital, un taller de alpargatas, planteó la base de una sencilla administracion militar; organizó nuevos batallones, y á fin de regularizar la disciplina militar, formó una comision que entendiera y juzgara los delitos segun la ordenanza. Solo Cabrera era capaz de arreglar aquellas bandas indisciplinadas, acostumbradas á una libertad sin límites y á escases de todo género, porque poseyendo el valor de saber morir peleando no se cuidaban sus gefes de todo lo demas.

Salió el nuevo gefe de los puertos dirigiéndose á Castilla para aumentar su caballería, y siguiendo el litoral del Ebro, tropezó cerca de Terrer con un batallón y algunas compañías de zapadores, cayó impetuosamente su vanguardia sobre esta fuerza, y la



deshizo causándola algunos muertos y bastantes prisioneros. Poco saboreó este triunfo. Alcanzado en Molina por el general Palarca, fueron batidas y desbandadas sus fuerzas por el mayor número de las agresoras, evitando Cabrera fuesen completamente acuchilladas, por adelantarse solo á caballo á provocar al enemigo, y atraer sobre sí la persecución, con lo que dió tiempo á que atravesasen el río Gallo los fugitivos y se pusieran en salvo. Crecía así el prestigio de Cabrera para con su gente, aumentábase su fama en el país, y se enconaba mas la animosidad y el odio de sus contrarios. En esa lucha que la revolución engendra en las pasiones, se ciega la razón, se amortiguan los mas dulces sentimientos del alma, y solo parece que el genio del mal aconseja las acciones del hombre. La guerra del centro empezó á adquirir un grado de crueldad que, aumentado de día en día, no paró hasta dejar lagos de sangre, montones de cenizas, focos de pobreza, y un inmenso mar de lágrimas. El fusilamiento de los alcaldes de Torrecilla y Haldalgofa, mandado por Cabrera, ocasionó el de su infeliz madre. Este suceso que cambió totalmente el carácter de Cabrera, merece referirse, por las lamentables consecuencias que tuvo. Deseáramos correr un velo que ocultara tan triste cuadro; pero es preciso para la historia, y para poder conocer exactamente á nuestro personaje.

Su madre María Griño, anciana, afable, piadosa, se con dolía hasta de la fama que adquiría su hijo, porque la debía á una guerra civil, en que combatían hermanos con hermanos; pues también tenía tres hijos políticos, sirviendo en las filas de la guardia nacional. Apresada desde 1834 para intimidar á Cabrera, según unos, y por conspiradora, según otros, habitaba la cárcel de Tortosa, donde la notificaron la noticia de su muerte el 16 de febrero de 1836, interrumpiendo con ella su tranquilo sueño. Conternada al oírlo. *¿Qué he hecho yo? esclamaba la infeliz angustiada invocando la clemencia del cielo y la justicia de los hombres, ¿Cuál es mi culpa? ¡Hijo mío! si vieres que tu madre iba á morir por tí, no lo permitirías, sé que te retirarías al instante.* Calmóla un sacerdote en su angustia; la estimuló á ofrecerse en holocausto de la felicidad de su patria; y contestó: *Contenta moriría yo si supiera que con mi muerte se acabaría la guerra.... Decid á mi hijo que no tome venganza, ya que Dios lo permite así.* A las tres horas de haberla puesto en capilla marchaba por su pié al suplicio, sin prorrumpir la menor queja contra los que la sacrificaban, y pensando solo en Dios y en la eternidad. Legada á la barbacana de la fortificación, se arrojó ella misma, y cubriéndola los ojos con un pañuelo, apretó en sus manos la santa imagen del que murió por salvarnos, y recibió la descarga que la hizo mártir del carlismo.

Tan instantáneo fué todo, que el ruido de las descargas fué la primera noticia que tuvo la mayor parte de la población de tan horrible muerte. Todos se asombraron, se consternaron, y temieron.

Cabrera supo en Valderrobles el trágico fin de su madre. Del estupor que primero le causó, pasó á un estado de furor inexplicable. Encerrado en su cuarto lo recorrió con precipitados pasos, se le ahogaba la voz en la garganta, se le crispaban los cabellos, los arrancaba, quería estrujar alguna cosa en sus manos, cerraba sus puños, rompía con ellos la tabla de una mesa de nogal que allí había, y pudiendo ya gritar, llamaba á Nogueras, le apostrofaba, le retaba, y le juraba implacable venganza. Desahogada algun tanto su cólera comenzó á llorar exclamando: *¡Madre mía! ¡pobre madre mía!*, y se tiró en la cama á derramar su llanto. Nadie osaba acercarse á él, lo dejaron solo, y compadecieron su situación, temblando sin embargo por sus consecuencias. A poco llama á su secretario, y dicta el siguiente bando, cuyos artículos extractamos.

«Serán fusilados todos los individuos que se aprendan.

«Se fusilarán inmediatamente en justo desagravio de mi inocente madre, la señora del coronel don Manuel Fontiveros, comandante de armas de Chelva, que se halla detenida para contener la ira de los revolucionarios, y tambien tres mas, que lo son: Cinta Tos, Mariana Guardia, y Francisca Urquesa, y hasta el número de treinta, que señalo para espiar el castigo que ha sufrido la mas digna y mejor de las madres.

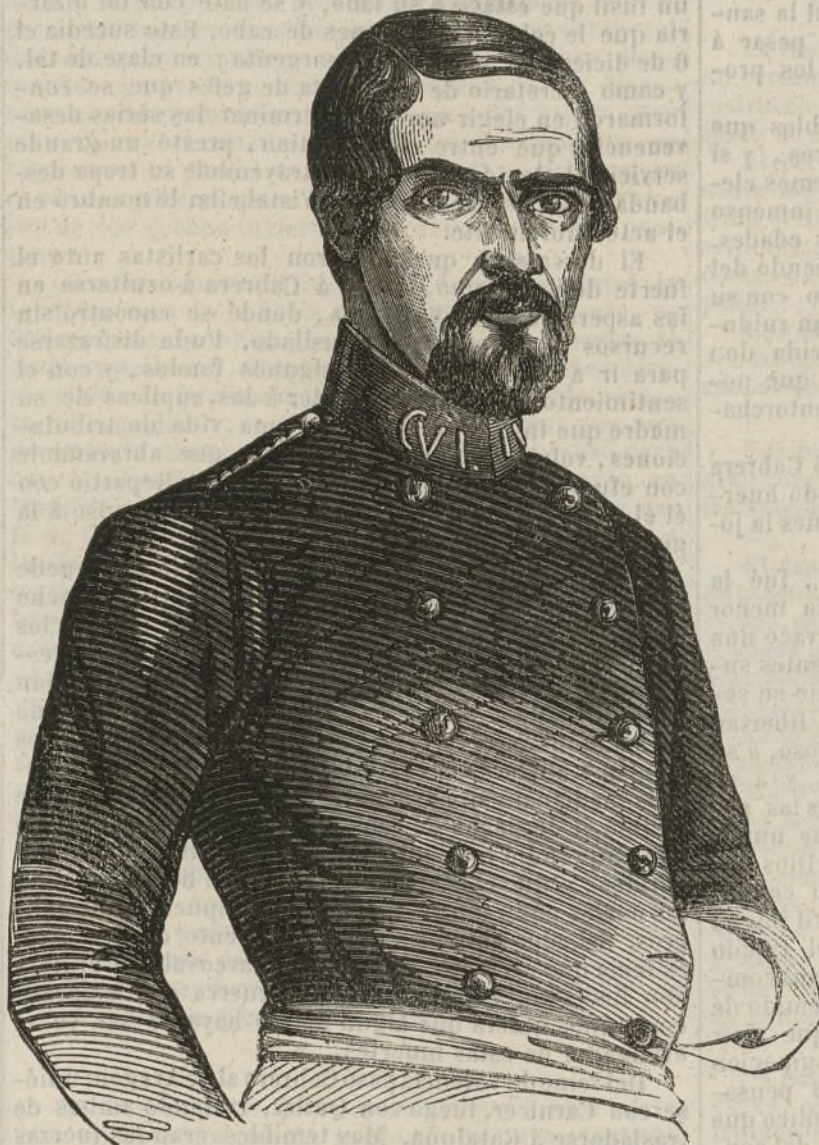
«En lo sucesivo será irremisiblemente vengada por mí la muerte de cada victima con veinte de las familias de los que continuen cometiendo semejantes actos.

Todo se cumplió al pié de la letra, y á tan horribles escenas siguieron las de Liria, Chelva, Burjasot, y otras y otras de que prescindimos, por no hacer de esta biografía una galería fúnebre sangrienta. A sus sentimientos de venganza sacrificó Cabrera la amistad, el amor (le profesaba á una de las jóvenes fusiladas), y hasta desconoció los lazos del parentesco. En aquel frenesí de su locura, quería convertir la España en un mar de sangre y ahogarse en él: posteriormente en su ostracismo, recordaba con dolor tan terribles actos, y hasta la tumba, decía, me atormentarán estos recuerdos.

Desde esta época no tenía Cabrera otro deseo que pelear, soñaba con batallas, bendecía sus armas, y á caballo siempre, y siempre andando, se le vé de brigadier en febrero de 1836. Repónese de la derrota que le hace sufrir Palarca en Cenidola; se apodera de Cantavieja, la fortifica, y establece una maestranza y fundición de cañones. Traslada á esta plaza sus hospita-

les, y cuanto necesitaban sus tropas, y la hace su cuartel general. A poco destroza completamente la columna Iriarte en Uidecona, dejando en el campo 500 cadáveres y llevando 40 prisioneros. Otros triunfos que siguieron á este le valieron el nombramiento de mariscal de campo espedito el 16 de agosto, día justamente en que se proclamaba en Madrid la constitucion de 1812.

Unido á la expedición de Gomez se batió denodadamente en Córdoba, Baena y Almadén. Separándose de aquel caudillo, atraviesa la Mancha con grave riesgo de su vida: aumenta sus fuerzas con las de Jara y Orejita, rinde al paso las guarniciones de Abenojar y Almodóvar del Campo, y sabedor de que San Miguel se habia apoderado de Cantavieja, forma el atrevido proyecto de dirigirse á Navarra. Llega el 1.º de diciembre á Rincon del Soto, villa situada á orillas del Ebro, á 40 leguas de Logroño: le bate y dispersa toda su gente con pérdidas notables la columna Ribera; y abatido con este desastre, y enfermo, delega el mando en Miralles, y se retira á Arévalo de la Sierra. La brigada del valiente Albuin, conocido por el *Manco*, penetró en el pueblo sin saber estuviere su enemigo hasta que comenzó el tiroteo. Vencidos y dispersos los sorprendidos carlistas, se ve á Cabrera pelear desesperadamente para abrirse paso, y lo consigue, recibiendo un bayonetazo en la pierna y una cuchillada en la espalda. Corria Cabrera, y alcanzándole un soldado, lo dió tan fuerte



Don Ramon Cabrera.

golpe con la culata de su fusil que lo derribó á un barranco desde una altura de 25 pies. Abandonado á sí mismo, manando sangre sus heridas, y sin fuerzas, hubiera perecido sin remedio á no oír sus lastimeras exclamaciones el coronel carlista Cano, que ayudándole á montar en su caballo lo lleva á un cerro donde se reunieron algunos dispersos. Cabrera y todos aquellos compañeros no habian comido hacia 35 horas; sus heridas, ademas, estaban sin curar: se veían aislados, carecian de todo, y el enemigo estaba tan cerca, que los relinchos del caballo llegarían á sus oídos: para impedirlo mataron á pedradas á este noble animal que les habia salvado. La providencia, que vela siempre por los desgraciados, los salvó en tan apurado trance. Curóse Cabrera sus heridas en casa del párroco de Almazán: marchó á Aliaga, donde Arévalo le entregó el mando de las tropas, que le recibieron con indecible entusiasmo, y les lleva nuevamente á combatir y á recibir él los balazos que le dieron en la sangrienta acción de Chelva, el 20 de enero de 1837. Restablecido á los pocos días, consigue una ruidosa victoria en la venta del Plá del Pou, que solemnizó con una inhumana bacanal.

A tres cuartos de hora de Valencia, en las inmediaciones de Burjasot, dispuso Cabrera un banquete para celebrar el triunfo, y saborear las ovaciones de la victoria y sus sentimientos de venganza. Ebrio sin duda Cabrera y los oficiales que le acompañaban, convinieron en que no podría terminar mejor su infernal banquete que satisfaciendo su hidrópica sed de sangre para lo que inmolarian á todos los oficiales y sargentos apresados en la acción del Plá. Manda en efecto sacar de las prisiones á aquella masa de infelices desnudos y atenuados de hambre: los agrupan en peloton en una llanura al pié de una colina, y formando un angulo algunas compañías carlistas, comienzan á descargar sus armas sobre aquella masa de carne humana, cuyos ayes, cuyas exclamaciones, cuyos ecos de agonía se confun-

dian con los báquicos brindis del festín, y con las armonías de la música, que imprimía en aquel cuadro todo lo mas horrible que puede inventar la mente mas siniestra. Allí acabó la esperanza de cien familias personificadas en jóvenes oficiales que acababan de salir del colegio: allí encontraron una muerte desastrosa valientes veteranos cuya vida habian respetado siempre las balas; allí en fin se vertió la sangre que necesitaba beber Cabrera y sus compañeros: sangre que estampó en su frente una mancha que jamás lavará el tiempo.

La historia que ensalza el talento y el valor, vituperla la crueldad inhumana. Disculparia, los diezmaria, los fusilase en masa, por egercer represalias; pero nunca dispensará que hiciera servir su muerte de espectáculo á un festín. Esto es el lujo, el refinamiento de la barbarie. Desde entonces dejó de ser Cabrera enemigo de los liberales: otro dictado mas significativo se aplicó á sus crueldades. La guerra tomó entonces un aspecto horrible.

Cabrera se apoderó de San Mateo y Cantavieja, y midió ventajosamente sus armas con las del anciano y entendido general don Marcelino Oráa, lo cual elevó su prestigio. El 6 de junio cayó á su lado un rayo que mató á su secretario Caire, al caballo de este y al de Andreu, y encabritándose el de Cabrera lo arrojó violentamente al suelo. Cuando acudieron á salvarle, le creyeron cadáver; solo el corazón daba algunas señales de vida. Sin poderle conducir á ninguna parte, pues les habia hecho guarecerse en unos pajares una horrible tempestad, temblaban todos por Cabrera, y creyeron llegado su último momento cuando le vieron arrojar sangre por ojos, narices y oídos. Conternados, le trasladaron á Híjar, tuvo algunos síntomas de demencia, y al fin sanó. Cuando el caudillo tortosino comenzó á obrar al frente de sus fieles tropas, inauguró una nueva época; ya estendiendo el teatro de sus operaciones fuera de las escabrosidades del Maestrazgo y las corrientes del Mijares y Guadalaviar, ya desempeñando el verdadero papel de un general que adquiría la alta importancia que veremos tenia en el campo carlista. El facilitó el indispensable paso del Ebro á la expedición real, triunfando de Borso di Carminati: provee de víveres á las hambrientas huestes de don Carlos: detiene á Nogueras con quien trababa acción, y sin terminarse esta, entra en una barca, cruza el río, se presenta á don Carlos, sucio, lleno de polvo, de sudor, con la sangre de sus enemigos en las manos, y en la frente los laureles, y le dice con lenguaje franco, pero con acento de elevado orgullo: *Señor; ofrezco á V. M. de nuevo mi lealtad, mis servicios y mi sangre: cuando V. M. ordene, puede pasar el Ebro; abiertas están las puertas del reino de Valencia.*

«Confieso, dice Cabrera en sus memorias, que en este momento estaba loco de contento despues de Cherta, y al verme tan honrado por S. M. que me dió á besar su real mano, y me recibió con afectuosas demostraciones, propias de un padre.» Don Carlos solemnizó su paso del Ebro confiriendo al general que se le facilitó la gran cruz de la orden militar de San Fernando. Púsose de moda Cabrera en el cuartel de don Carlos, y la envidia de aquellos cortesanos que, manejaban mejor la lengua

que la espada, comenzó á designarle con el epíteto de *Estudiante*; lo cual le favorecia en vez de denigrarle.

Nombrado el 3 de julio comandante general de los reinos de Aragón, Valencia y Murcia, fué el único jefe á quien quedaron subordinadas las demas fuerzas, incluidas las de Miralles. Unióse con la expedición: se batió á su lado; y teniendo el sentimiento de que no fueran escuchados sus consejos en el simulacro de ataque á Madrid, se quedó en su distrito despues de rehusar el mando en jefe de las fuerzas expedicionarias, en lo cual anduvo azaz cuerdo, como lo acreditaban posteriores sucesos.

Morella, la llave del Maestrazgo, ese inespugnable baluarte del carlismo, ante cuyas murallas se estrellaron tantas reputaciones, cayó en poder de Cabrera, que, dueño del Maestrazgo por medio de una línea de puntos fortificados, apoyados en Morella y Cantavieja, se enseñoreaba con orgullo, en aquella gran porción de terreno. Planteó un sistema civil y militar: creó autoridades, tribunales, lo organizó todo, y comenzó á egercer en aquellos reinos un poder dictatorial: el brazo que peleaba, legislaba. Nadie ha juzgado aun á Cabrera como hombre de gobierno, si se nos permite esta frase.

### III.

El omnimodo poder de Cabrera en el Maestrazgo, en nada entorpecía la acción civil que organizó: marchaba desembarazada; lo mismo sucedía á la administración de justicia; y por si habia alguna parcialidad en las sentencias de los alcaldes mayores que Cabrera estableció en los pueblos, creó, de acuerdo con la junta, tribunales de apelación, que los llamó de *Alzada*, para que entendieran en segunda instancia como las audiencias.

Tales actos pacíficos aumentaban el poder del jefe



carlista, á quien estaba reservado un gran triunfo militar al defender, no ya á un ejército, sino á toda una población que, como Morella, le era enteramente adicta.

Conociendo el jefe liberal la importancia de Morella, esa plaza asentada á la mitad de un monte alto, sobre el cual se levanta otro formado por un peñasco fuerte y escarpado, en cuyo centro hay un promontorio de peña sólida de 30 toesas de alto, casi inaccesible, sirviendo de base á un castillo, fuerte por su construcción, y mas aun por la naturaleza, con comunicaciones subterráneas con la plaza, y con cuanto hacia que su conquista fuera gloriosa, la emprendió, dirigiéndola con desgraciado éxito, don Marcelino Oráa, uno de los generales, cuyos conocimientos han sido siempre ponderados. No fué él solo el culpable del malogrado sitio de Morella; pero esto que puede ser cuestionable en el partido liberal, en nada disminuye la gloria que adquirió el audaz tortosino, aquel soldado á quien hacia cinco años zumbaba el silbido de las balas y se presentaba ahora impávido al frente de las preñadas bocas de bronce que despedían lluvia de metralla: que hacia cinco años penetraba oscuramente en Morella pidiendo un fusil para pelear por don Carlos, y entraba ahora en la misma plaza aclamado, al frente de un ejército victorioso; al que entonces se tomaba la filiación de Ramon Cabrera, y ahora se presentaba de conde de Morella, y cenía la faja de teniente general.

Pero este hombre, á quien los sucesos elevaban á tan inmensa altura, rebajaban sus pasiones ó sus crueles venganzas hasta confundirle con los héroes del crimen que fueron el azote de la humanidad. No le bastó haber ensangrentado los campos de Maella, ver derramar la última gota de su sangre al valiente entre los valientes, Pardiñas, sino que necesitó tambien verter la de 97 sargentos prisioneros de guerra, inhumanamente sacrificados á lanzadas. Las victimas de Burjasot, no satisficieron á Cabrera, necesitaba mas y mas su corazón inhumano. Los ayes de estos infelices resonaron en el mundo, é hicieron que Mr. Lacy, coronel inglés de artillería, tomase la iniciativa para ajustar un convenio como el de Elliot, que despues de algunas dificultades, firmaron Van-Halen y Cabrera, y le denominaron de Segura, ó Lecera, en cuyos pueblos fué respectivamente firmado, quedando acordado por consiguiente el cange de prisioneros.

La vida de Cabrera se vió por este tiempo amenazada: los partidos, que no reparan en crímenes cuando favorecen su causa, premeditaron asesinar al temible carlista, y á pesar del secreto con que se dispuso, llegó á saber la víctima predestinada los nombres de los conjurados, y hasta el día que debían salir de Madrid. La ansiedad en tanto de Cabrera era mortal; temiendo de todos adoptó enojosas precauciones que le hacían pasar una vida triste y desesperada. Al fin cayó en sus manos uno de los asesinos llamado Antonio Lopez Moel, y convencido del objeto que le llevaba al campo carlista, lo sometió á un consejo de guerra que le sentenció á morir, destruyendo así este innoble instrumento de que se valían unos enemigos que podían matarle peleando.

Cabrera llegaba entonces al apogeo de su fortuna, y se creyó invulnerable cual otro Aquiles. Un golpe funesto destruyó en gran parte sus ilusiones. Acababa de apoderarse de Carboneras y de los 2,000 hombres que formaban su guarnición, cuando recibió la noticia del convenio de Vergara. Cabrera, que vió estrellarse tantas reputaciones de generales, aun se sentía con fuerzas para ser la base de la reorganización del partido carlista. Reunió los gefes en su habitación; les pintó el convenio de Vergara como una traición; les espresó su intención de seguir peleando, y recibiendo el asentimiento de sus compañeros, les dijo: «Bien, señores: Chulilla y Carboneras acaban de llenar de fusiles y prisioneros nuestros depósitos, el enemigo no se mueve despues que le escarmentamos en Tales... yo tengo mis planes... Al que quiera abandonar estas filas, le daré pasaporte para el punto que elija: prefiero esto á que el contagio de Navarra llegue hasta aquí. Pero tambien advierto que si hay mal intencionados ó traidores... á la menor sospecha serán fusilados. Nos hallamos, señores, en circunstancias extraordinarias, y es preciso apelar á remedios tambien extraordinarios. Seré inflexible, y sirva de gobierno. «Viva el rey!»—Tal era el lenguaje de Cabrera, quien trató de alentar ademas á los soldados con una alocución, en la que, recordándoles sus victorias, les decia: «Voluntarios, fieles compañeros de mis trabajos y de mis glorias: la religion y el rey reclaman nuevos esfuerzos de nosotros: el rey y la religion los tendrán. «¡Fuertados por victorias! Os lo promete vuestro general y camarada, á quien como siempre vereis peleando entre vosotros, como capitán y como soldado.» Juró nuevamente el ejército; celebró regocijos públicos en Morella, y se dispuso con sus 20,000 infantes y 2,000 caballos á hacer frente á los 100,000 guerreros que conducía Espartero. El intentarlo solo, era grande.

Uno á uno cayeron los ricos florones que formaban la corona del conde de Morella; pero ni Chulilla, Alpuente, Castellote, Segura, Arés y Alcalá de la Selva, dejarán de ostentar en la historia la bazaría de sus defensores, que hacia resaltar mas y mas la de los liberales, que penetraban en las poblaciones hollando entre los escombros los cadáveres de los carlistas. A esta no interrumpida serie de desastres, se aumentó

la terrible enfermedad que acometió á Cabrera, é hizo circular la noticia de su envenenamiento, para lo que habia fundadas presunciones. La enfermedad se agravó, y el peligro de su vida era inminente. El estado de su espíritu empeoraba: sus sueños de ambición, sus esperanzas de gloria cuando se veía el único campeón de la causa carlista, se habian convertido en un delirio siniestro, horrible, que solo cedió al recibir el santo sacramento de la Eucaristía al anochecer del 24 de diciembre de 1839. Desde este momento comenzó una reacción favorable; y cuando fué oportuno, le trasladaron á Morella en una camilla conducida por cuatro miñones, recibiendo en todo el tránsito una completa ovación de dolor. Restableciéndose de día en día, deseaba saber el estado de la guerra; pero era conveniente ocultárselo, y solo cuando se consideró oportuno, le dijo su padraastro Caldero: «Hijo mío, nuestros asuntos van cada dia peor: hemos perdido á Segura, Castellote, Aliaga, Alpuente, y Alcalá; la dispersion cunde en el ejército, y es preciso poner á todo esto remedio, pronto, muy pronto. ¿Qué haremos, Ramon?» Al oír esto cayó Cabrera sin sentido, atacado de un parásimo, que se creyó mortal. Recobrada su razón, reprendió á los gefes, que se escudaban con no haber querido agravar su estado. «Y qué, les contestó, ¿es por ventura primero mi vida que la causa y los derechos de mi rey?» Conformóse con su situación, y anhelando hallar la muerte al lado de sus camaradas, se presentaba á ellos, les revista, y al entrar en Morella es recibido con las estrepitosas salvas de artillería y las entusiastas aclamaciones de los soldados y del pueblo. En este instante se ve indemnizado de todos sus padecimientos.

Decidido á pelear y á encontrar una gloriosa muerte combatiendo, estuvo á punto de hallarla en la Cenia peleando con O'Donnell, en cuya acción se derramó abundante sangre española, no siendo mas escasa la vertida el 30 de mayo cerca del Mas de Barbaran, donde en lo mas ríco de la pelea cayó atravesado de cinco balazos el caballo que montaba Cabrera, y estuvo á punto de ser este hecho prisionero por un escuadrón inglés.

Cantavieja fué abandonada de orden del general carlista; Morella conquistada por el jefe liberal. Muertas así las esperanzas de aquel en Aragon, pasó á Cataluña. Aquí confiaba encontrar recursos para prolongar el final de la guerra é intentar una reacción en las provincias Vascongadas; pero vió ser imposible organizar pronto las insurrectas fuerzas de Cataluña, dominadas por algunos innobles ambiciosos; iniciados, varios de ellos, en la muerte del conde de España. Finalmente, el 4 de julio de 1840, hizo frente por la vez postrera á las aguerridas huestes de Espartero, que ganaron con la victoria la importante plaza de Berga, centro de los carlistas catalanes, de sus juntas, su cuartel general, en fin.

Cabrera ya no pensaba en pelear: no podia tampoco; y con los restos de su ejército, compuestos de 4,600 infantes, 300 caballos y toda su plana mayor, llegó el 6 á Palau, allende los Pirineos, de acuerdo con los demás gefes. Al formar su ejército, y despedirse de aquellos bravos que habian sido sus compañeros, pudo conocer hasta donde llegaba el entusiasmo que les inspiraba. Contestada con estrepitosas aclamaciones su pequeña alocución en que ofrecía inmolarle si le creían manchado con la menor falta, todos se disputaban sus abrazos y ninguno se avergonzaba de las lágrimas que vertía, esos signos de la tierna sensibilidad del alma que endulzan nuestros sinsabores.

Desde Palau se dirigió Cabrera á Prades acompañado de Arnau; y vigilado por la gendarmería, siguió por Perpiñán á París, apeándose en la fonda de Orleans. A las pocas horas tuvo una entrevista con Remusat, ministro de Policía, quien interrogándole si sus soldados eran fieles, y tomarían las armas por el gobierno francés, contestó:

«Ellos han sido fieles hasta la muerte, y lo que es «mas, hasta la espatriación y la miseria. Yo no puedo decir si consentirán en alistarse bajo las banderas de Francia. En cuanto á invitarles á ello, mi honor no me lo permite: yo no lo haré jamás.»

Luis Felipe queria utilizar aquellos valientes españoles para enviarlos á la Argelia, á derramar su sangre por la Francia: su negativa sirvió para vejarse. Cabrera fué trasladado á la ciudadela de Ham, y luego á la de Lila, donde estaba verdaderamente preso. Esto le hizo enfermar, y no sin grandes esfuerzos, consiguió su traslación á Hieres, ciudad situada al mediodía de la Francia. Salió de Lila, llegó á París, donde pasó á visitar los ministros, á quienes debió cortesces atenciones, y durante su permanencia en la capital, fué objeto de una especial ovación que le rendía la curiosidad y el interés que habia escitado su nombre. Ofreciéronse á él las primeras notabilidades del partido legitimista; pares, títulos y multitud de personajes de la corte, que le acompañaron á admirar las preciosidades artísticas que encierra París y Versalles. La concurrencia que llenaba aquella noche el teatro por asistir el general carlista, pidió á gritos que se dejase ver, y tuvo que levantarse del asiento que ocupaba en un palco. El mismo interés y las mayores atenciones le siguieron en el camino de París á Hieres. Siempre conservará gratos recuerdos de Lyon, Nimes y Aviñon, en cuyo punto le esperaban con músicas, y un banquete espléndido, de que no disfrutó por no permitirle detenerse la policía. En cambio de estas manifestaciones que le dispensaban los legitimistas franceses, algunos estudiantes españoles que cultivaban las cien-

cias médicas en Montpellier, le preparaban insultos que fueron impedidos.

La política, ese gran libro de ilusiones perdidas, y de encontrados desengaños, hizo presenciar á Cabrera lo que jamás olvidará. Hallábase en Montpellier cuando pasó por esta ciudad la reina Cristina. El jefe de policía indió al carlista no se dejara ver, por evitar algun lance desagradable, á lo que contestó: «Mucho extraño «que usted me haga semejante observacion: sé respetar el infortunio de la reina Cristina y guardar las «consideraciones que todo buen español debe tener á «su real persona. Yo nunca ofendo á los desgraciados, «ni insulto á los caidos; villanía tal, no es propia de «españoles ni de hombres bien nacidos.» Cuando iba á pasar Cristina, el comisionado de policía que siempre le acompañaba, le advirtió nuevamente no se presentara en el balcon de la fonda. «Está bien,» le dijo, y no pudiendo resistir al deseo de conocer á la que tan su enemiga habia sido, y no queriendo por otra parte aumentar el dolor de la ex-regente que tendria que sufrir la mirada de quien se asimilaba á ella en el ostracismo, se asomó á una ventana. Reconvenido por el comisionado, le respondió: «Vd. me previno no me asomara al balcon: no he infringido la orden, porque la ventana «no es el balcon.»

La vista de Cristina, ídolo antes de los liberales, fué una gran lección para Cabrera.

En Hieres, vivió en libertad bajo su palabra de honor: pasó el invierno adquiriendo con el ejercicio la saludable robustez de su naturaleza, y se trasladó el verano á Lyon, á habitar una elegante casa de campo, que le cedió M. Bujer Petit.

Aquí comienza una nueva época para Cabrera; pronto le veremos aparecer nuevamente en campaña, sin conservar del anterior defensor de don Carlos nada mas que el nombre de Ramon Cabrera. Entre los principios de don Carlos y los proclamados por Montemolin, media un siglo: entre los sentimientos del defensor del padre y el del hijo, media ese inmenso espacio que divide la ilustración de la ignorancia, de la humanidad; los crueles instintos del tirano, de los afectos fraternales del hombre: desde esta época podemos decir que empieza la verdadera gloria de Cabrera.

(Se concluirá).

## SEMANA RELIGIOSA.

### Santa Cecilia.

22 DE NOVIEMBRE.

La virgen Cecilia nacida de una noble familia de Roma, educada desde la cuna en la fe de Cristo, consagró á Dios su virginidad. Prometida en casamiento á un joven llamado Valeriano, en el día de la boda, bajo el vestido dorado de los desposados, ocultaba el cilicio que maceraba su carne, y acompañándose al órgano, cantaba con los ojos elevados al cielo: «¡Señor! ¡Señor! velad sobre mi corazón y mi cuerpo, y custodiadlos para que permanezcan inmaculados y puros.»

Luego que llegó la noche y se halló sola con su esposo en la habitación nupcial, le dijo: «¡Oh dulcísimo y querido joven! tengo que revelarte un secreto, pero es preciso que me jures que lo guardarás sellado en tu alma.»—Valeriano se lo juró, y entonces le dijo ella: «Tengo por amante á un ángel de Dios, celoso de la virginidad de mi cuerpo, y que la guarda de día y de noche con su acero. Si la ultrajas, te herirá y perderás la flor de tu encantadora juventud; pero si ve que me amas con un amor casto y púdico, él tambien te amará á tí, y te se mostrará en su gloria.»—Valeriano le respondió: «Si quieres que te crea, hazme ver á ese ángel, y si conozco que es un ángel, haré lo que tú quieras, pe ¿es un hombre ese á quien amas,



á ambos os atravesaré con mi espada.»—Cecilia le dijo: «Si crees en el verdadero Dios, y me prometes consentir en que te bauticen, te lo haré ver. Dirígete á la tercera milla de la via Apia, y allí hallarás unos pobres que piden limosna á los transeúntes. Yo los he socorri-



do siempre, y conocen mi secreto. Luego que los encuentres, dales la bendición, y diles: «Cecilia me ha enviado hasta vosotros para que me hagais ver al venerable Urbano, al cual tengo que decir en secreto un asunto importante.» Cuando te lleven á su presencia, refiérele todas mis palabras; él te bautizará y á la vuelta te se aparecerá mi ángel.»

Valeriano partió y habló á San Urbano oculto en las catacumbas, cementerio de los Mártires, y hoy cementerio de San Calisto. Luego que le refirió las palabras de Cecilia, el anciano levantó los brazos al cielo, y exclamó llorando: «Señor Jesucristo, pastor de las almas, bendicela con todas tus bendiciones, pues el esposo que habia recibido como rugiente león, te lo envia pacífico cordero.» Mientras hablaba, apareció un gran anciano con manto blanco, y que llevaba un libro escrito en letras de oro. Al verlo Valeriano cayó



como muerto á sus plantas; mas él le levantó, y abriendo el libro leyó: «Un solo Dios, una sola fé, un solo bautismo; un solo Dios sobre todas las cosas, en todo y por todas partes.» Cuando acabó la lectura dijo á Valeriano: «¿Crees que esto es verdad?» y como este dijese que sí creía, desapareció el anciano, y al momento bautizó el papa Urbano á Valeriano.

Cuando Valeriano entró en el cuarto nupcial, halló en él al ángel hablando con Cecilia. Tenia el ángel en las manos dos coronas de rosas y lirios, y dando la una á Cecilia y la otra á Valeriano, les dijo: «Guardad estas coronas, y con ellas el corazon puro y virgen el cuerpo: estas rosas y estos lirios son del Paraíso: las he cogido para vosotros, y os las traigo. Jamás se marchitarán, jamás se evaporará su perfume, y solo podrán verlas los ojos castos. Pero tú, Valeriano, puesto que has creído, pide lo que quieras, y el Señor escuchará tu voto.» Valeriano respondió: «No tengo en el mundo amigo mas dulce que mi hermano; pido, pues, que se le aparezca la verdad.» El ángel le respondió: «Tu palabra agrada al Señor; los dos vendreis á él con la palma del martirio en la mano.»

Un instante despues, Tiburcio, hermano de Valeriano, entró en el aposento, y percibiendo un olor de rosas y lirios, dijo: «¿De dónde sale este olor á rosas en esta estacion?» Valeriano le dijo: «Nuestras frentes están ceñidas con coronas de flores que ha hecho germinar la primavera celeste; del mismo modo que cuando has entrado el olor ha llegado á tí, cuando creas podrás tambien verlas.» Tiburcio le dijo: «¿Habrás seriamente ó sueñas, Valeriano?» Valeriano le dijo: «Hasta aqui solo ha sido un sueño mi vida; pero ahora me despierto en la verdad.» Tiburcio le dijo: «¿De dónde sabes esto?» Valeriano respondió: «Un ángel del Señor me lo ha enseñado; te se aparecerá á tí cuando hayas sido bautizado y renunciés á los ídolos.»

San Ambrosio nos atestigua este milagro de las rosas.

Entonces Cecilia le demostró la vanidad de los ídolos de hierro y de bronce, mudos y sordos como su cubierta de metal, y no habia acabado cuando exclamó Tiburcio: «¿El que no cree en todo esto es un loco.» Entonces Cecilia, descubriendo su pecho lo besó y le dijo: «Hoy te reconozco por hermano mio; soy tu hermana en Cristo, como soy en Cristo la esposa de tu hermano: vete con él para ser bautizado, y que puedas ver los angélicos rostros.» Tiburcio dijo á Valeriano: «Te ruego, hermano mio, me digas á quién quieres llevarme.» Valeriano le respondió: «Al obispo Urbano.» Tiburcio dijo: «¿A ese Urbano ya condenado tantas veces, y que se dice está oculto en las catacumbas? Si le encuentran, le quemarán vivo, y nosotros le acompañaremos á la hogue-

ra.» Cecilia dijo: «Si no hubiese mas que esta vida terrenal, podríamos temer la muerte; pero hay otra que nos ha revelado Cristo.» Y le enseñó el misterio de la Trinidad, el de la Encarnacion de Cristo, y le contó toda su Pasión, su coronacion de espinas, su sed en la cruz que habia satisfecho con hiel, su despojo que habia cubierto nuestra desnudez, y en fin su elevacion al árbol sangriento que habia purificado el pecado del árbol tentador. Al oír estas palabras, Tiburcio exclamó llorando: «Tened piedad de mí, y llevadme al hombre de Dios para que sea purificado.» Valeriano le condujo á él, y desde que fué bautizado, muchas veces veia á los ángeles de Dios, y conversaba con ellos.

Valeriano y Tiburcio pasaban sus dias orando y dando limosnas, y sepultaban los mártires que el procónsul Almaquio inmolaba. Almaquio los mandó llamar á su tribunal, y les preguntó por qué daban sepultura á los cadáveres de los ajusticiados en castigo de sus crímenes. Tiburcio respondió: «¡Ojala que nosotros fuésemos los esclavos de esos á quienes tú llamas criminales!» El procónsul mandó comparecer á Valeriano y le dijo: «Tu hermano está loco, pero tú me responderás con mas acierto: dime, ¿qué locura es esa que renunciáis á todos los placeres de la tierra para recibir todos sus dolores?» A esto respondió Valeriano: «Que muchas veces en invierno habia visto sentados los peregrinos, y jugando y burlándose de los labradores que sembraban los surcos bajo la nieve; pero tambien que cuando venia el estío, y las frondosas gavillas de las mies llenaban las quintas, habia visto llorar á los que parecían los sábios, y cantar á los que parecían los locos. Lo mismo nos sucede á nosotros: marchamos agoviados con el peso de las ignominias que hace recaer sobre nosotros el mundo, pero hácia una gloria y una recompensa eterna. En cuanto á vosotros, las alegrías terrenales os embriagan; mas pronto vendrán los llantos y los rechinamientos de dientes.» El procónsul dijo: «¿De consiguiente: el luto eterno será para nosotros, príncipes victoriosos; y vosotros, viles esclavos, gozarcis placeres sin fin?» Valeriano le respondió: «Vosotros sois abortos y no príncipes, hijos de la muerte y del infierno.» El procónsul le dijo: «¿A qué vienen tantas palabras? haced libaciones á los dioses, y os dejaré ir sanos y salvos.» Los santos respondieron:



«Nosotros hacemos sacrificios á Dios, y no á los tuyos.» El procónsul les dijo: «¿Cuál es el nombre de vuestro dios?» Valeriano respondió: «Su nombre no le hallarías aun cuando le buscasen volando con alas.» El procónsul dijo: «¿No es Jupiter el nombre de Dios?» Valeriano respondió: «Ese es el nombre de un adúltero y un homicida.» El procónsul les puso bajo la custodia de Máximo para que aguardasen su sentencia, y Máximo les dijo: «¡Oh flores purpúreas de la juventud! ¡oh vosotros á quienes enlaza la fraternidad! decidme hermosos mancebos; ¿cómo es que vais á la muerte como si fuera un banquete?» Valeriano le respondió: «Que si creía, vería despues de su muerte la gloria de sus almas.» Máximo dijo: «Que el rayo me consuma si no confieso vuestro Dios luego que haya visto le que me anunciáis.» Y Máximo y toda su familia, y todos los verdugos creyeron, y Urbano vino á bautizarlos en secreto.

El día de la muerte de Valeriano y Tiburcio, apenas iba rompiendo el alba, Cecilia exclamó: «¡Id, soldados de Cristo, rechazad las obras de las tinieblas, y cubrios con las armas de la luz.» Los mártires fueron conducidos á cuatro millas de la ciudad á los pies de la estatua de Jupiter; y como rehusasen otra vez hacer sacrificios, fueron decapitados. Máximo afirmó bajo juramento que en la hora de su pasion habia visto una tropa luminosa de ángeles y las almas de los dos

mártires, semejantes á desposadas descendiendo del lecho nupcial, llevadas al cielo en el seno de los ángeles. Almaquio, al saber que Máximo era cristiano, le mandó castigar con varas de hierro hasta que exhaló el último suspiro. Cecilia sepultó su cadáver al lado de los sepulcros de los dos hermanos.

Almaquio se informó de la familia de los mártires: mandó que Cecilia compareciese á su tribunal como esposa de Valeriano, y la ordenó que sacrificase ó se preparase á la muerte. Los asistentes al tribunal acudían á verla, y lloraban al ver aquella hermosa jóven que iba á morir; pero ella les dijo: «¡Oh buenos jóvenes, no lloreis ni mi belleza ni mi juventud, porque no hago otra cosa que cambiarlas por una belleza mejor y una juventud sin fin. Es dar barro para recibir oro; es cambiar una choza por una habitacion dorada. Todo lo que yo haya dado á Dios, me lo devolverá centuplicado. ¿Creéis en lo que os digo?» Todos respondieron: «Creemos que tu Cristo es el verdadero Dios.» Entonces Cecilia mandó llamar á Urbano, el cual bautizó á mas de cuarenta.

Almaquio volvió á llamar á Cecilia y la dijo: «¿De qué condicion eres?» Respondió: «Soy de familia libre y noble.» El procónsul dijo: «Te pregunto acerca de tu religion.» Contestó: «Es una pregunta estúpida la que exige dos respuestas para una pregunta.» Almaquio dijo: «¿De dónde nace el orgullo de tus palabras?» —No es el orgullo, sino constancia.» Almaquio dijo: «¡Infeliz, tú ignoras que tengo sobre tí derecho de vida y muerte.—Mientes; tú puedes matar á los vivos, pero no resucitar á los muertos; de consiguiente eres ministro de muerte y no de vida.» Irritado Almaquio, mandó que la condujesen á su casa, y que allí fuese sumergida en una cuba de agua hirviendo, pero la virgen se paseaba en ella como en la tibia frescura de un cristallino baño. Entonces mandó Almaquio que la decapitasen en la cuba, y el verdugo hirió tres veces su cuello con el hacha sin poder cortar su cabeza. Al tercer golpe, huyó dejándola medio decapitada y casi muerta. Todavía vivió tres dias, durante los cuales dió á los pobres todo lo que tenia; despues murió, recomendando á Urbano todas las almas que habia purificado el rocío de su sangre, y mandando que se hiciese una iglesia en el terreno que ocupaba su casa. Urbano sepultó el cuerpo de la virgen entre los obispos, y consagró su casa para levantar una iglesia segun su deseo. Sufrió Cecilia el martirio el año del Señor 224, en tiempo de Alejandro Severo, emperador.

(Fragmento de la obra de las Catacumbas ó los Mártires; del CONDE DE FABRAQUER.)

### Efemérides religiosas.

**Día 19 de 1231.** En igual día pasó de esta vida á la eterna Santa Isabel reina de Hungría, hija de Andrés y de Gertrudis; reyes de la misma nacion, la que estuvo casada con el príncipe langrave de Lotaringia, en cuya corte fué duquesa, y despues de viuda tomó el hábito de la órden tereera de San Francisco.

**Id. 1532.** Empezó en Méjico el uso de la imprenta por providencia de su virey don Antonio de Mendoza, con auencia y permiso del emperador Carlos V, y su primer impresor en esta capital Juan Pablos, natural de Córdoba, que principió imprimiendo un libro religioso titulado: *Escala espiritual para llegar al cielo*, que en latin escribió San Juan Climaco, y tradujo el P. Fr. Juan de la Magdalena del órden de Santo Domingo.

**Día 20 de 269.** Hallándose preso el emperador Valeriano por el rey persa Sapor, le hizo morir desollado como se verificó con San Bartolomé, lo que se atribuye á castigo de su octava persecucion contra la iglesia, sin embargo que era respetado por noble, sabio y elocuente.

**Día 21 de 1469.** Reinando en España Enrique IV, Avenavó, rey moro de Granada, salió con once mil de sus secuaces, habitantes de la villa de la Galera, para entrar acometiendo por las tierras de los cristianos, y dando con ellos en Orce, reino de Murcia, entraron por la plaza é iglesia de Santiago; pero juntándose los de dicha villa con la gente que habia venido á socorrerlos; batieron con gran valor á los moros, los acometieron y arrojaron de aquel suelo, matándoles mas de seis mil, saliendo de consiguiente triunfantes los católicos.

**Día 22 de 1448.** El santo rey don Fernando III y su hijo don Alonso, entraron triunfantes en Sevilla, que ganaron á los moros despues de un largo y porfiado sitio, siendo á costa de milagros segun se esplica el P. Fuente (en las crónicas de dicha ciudad).

**Día 23, año 100.** En este día, por órden del emperador Trajano, fué arrojado al mar con una áncora al cuello, el glorioso San Clemente IV, papa y mártir, habiendo sido electo pontífice el 16 de marzo del año noveno de Jesucristo.

**Id. 1534.** En igual día Enrique VIII de Inglaterra apostató de la fé de Jesucristo y se hizo declarar cabeza de la iglesia anglicana, en lo espiritual y temporal. Los que se opusieron á tan temeraria resolucion fueron mártires, sacrificando sus vidas por la religion cristiana.

**Día 24 de 1248.** Habiendo ganado en este día el rey don Fernando la ciudad de Sevilla, despues de diez y seis meses de sitio, mandó el santo rey al arzobispo de Toledo que consagrara la principal mezquita.

**Día 25 año de 800.** En este día entró Carlo-Mag-



no en Roma con un poderoso ejército, para defender al papa San Leon III, de sus enemigos.

**Id. de 1096.** Don Pedro I de Aragon tomó a los moros la ciudad de Huesca cuyo sitio duró mas de dos años, por el teson con que la defendió hasta perder la última gota de sangre, Abderramen rey moro; y en 27 de diciembre del mismo año se purificó la mezquita y se erigió en iglesia catedral. A esta creacion se opuso el obispo de Jaca don Pedro, que habia sido abad de San Juan de la Peña, pero el espresado rey don Pedro por escusar litigios, le nombró obispo de ambas iglesias, mandando que se hermanasen bajo un solo prelado. Siguiéron en esta forma hasta el año 1371, en que el señor Felipe II con bula de Pio V, las dividió, reparando a la de Huesca el daño padecido, con la mayor parte de las rentas, la jurisdiccion y diezmos que tenia la abadía de San Juan de la Peña, poniendo por primer pastor a uno de los PP. del concilio de Trento, quien en el año de 1683 fué promovido a la iglesia de dicha ciudad.

**Id. 1346.** En la ciudad de Basilea hubo en semejante dia un gran terremoto, tan terrible, que derribó la iglesia mayor, el palacio y otros edificios, con mucha mortandad a causa de las ruinas.

## SEMANA LITERARIA.

### LA VENGANZA DE LOS DIFUNTOS.

NOVELA FANTÁSTICA.

I.

#### El convento.

—Tranquilizaos, señora, dijo el doctor a la abadesa: esa querida niña se encuentra en plena convalecencia: mañana ó pasado podrá ir y venir como de costumbre, y continuar sus piadosos ejercicios.

—¿Lo creéis así, doctor?

—Estoy seguro de ello, señora: la fiebre ha desaparecido: no queda mas que un poco de irritacion nerviosa, y la debilidad natural despues de ocho dias de dieta.

—Voy a comunicar inmediatamente esta buena noticia a su tío el arzobispo. Su eminencia se complacerá en extremo, porque el virtuoso prelado os ama como si fueseis su hija: ¿no es verdad Leonor?....

—Es cierto, señora.

Este diálogo tenia lugar a la caída de la tarde, en la celda y junto a la cama de la novicia. De repente, una voz joven, sonora y varonil cantó debajo de la ventana:

Marinero del aonda

(¡Ay ole!....)

En un arroyo

Echate al golfo,

Que tu dicha consiste

En un arroyo.

—¿Qué es eso?... preguntó la abadesa sorprendida y descontenta:

—Señora, dijo la tornera que hacia de enfermera, es un bolero de moda, porque yo le he oido con mucha frecuencia en las calles de Madrid: regularmente se canta a dos voces.

—No es eso lo que deseo saber, sino quien es el atrevido que se toma la libertad de hacer resonar canciones profanas en el recinto del monasterio.

—Señora, es el mozo del jardinero que riega los mirtos. Le divisó con el crepúsculo. Es necesario perdonarle, señora; como hace poco que se halla en la casa, todavía no conoce la austeridad de la regla.

—Decidle que calle.

La tornera salió al corredor, abrió una ventana y gritó:

—Sancho, de parte de la señora, que calleis: la voz cesó.

—Mirad, decia la abadesa al médico, ved como la turba y agita la menor y mas inesperada circunstancia: vedla como se pone colorada: la sangre se la sube a la cabeza, y sus ojos brillan extraordinariamente. ¿Tendrá calentura?....

—Un pequeño acceso, contestó el doctor pulsando a la enferma: no es nada y se pasará pronto.

—Madre Petra, dijo a la tornera que volvia a entrar en aquel momento, tened cuidado de hacerla tomar de hora en hora una cucharada de esa pocion calmante que está sobre la mesa.

Sor Petra, decid a ese muchacho, que si vuelve otra vez a cantar, será despedido....

La abadesa y el doctor se retiraron despues de dar las buenas noches a la enferma. Cuando estuvieron solos en la gran escalera de piedra que iluminaba malamente una lámpara que pendia de la bóveda,

—¿Os parece, dijo en voz baja la abadesa, que se hallará en estado de pronunciar sus votos dentro de ocho dias?....

—Los pronunciaría dentro de cuatro si no hubiese otro obstáculo que su salud.

—Cuanto mas pronto será mejor. Es huérfana, y si tuviese que dividir su patrimonio con su hermano,

ambos quedarian menos que medianamente; pero recayendo todo en el señor de Guzman, que es mayor que ella, este caballero podrá sostenerse con el decoro correspondiente a su clase. En cuanto a Leonor, con su nombre y con la proteccion de su tío, puede estar segura de hacer en la religion una carrera rápida y brillante: no se la debe, pues, compadecer.

—Al contrario, la conceptuo muy dichosa.

—Lo malo es que no conoce su felicidad; pero si es necesario se la compelerá. El único inconveniente que hay que temer seria una nueva crisis, una recaída. Ya comprendereis que no se trata de una crisis física.

—Ya lo entiendo: pero no, me parece que no hay peligro. Creo haber observado que ha reflexionado acerca de su posicion, y que se ha decidido a aceptarla.

—¡Dios os escuche! porque yo quiero que las cosas se hagan voluntariamente y no a la fuerza. Buenas noches, doctor, hasta mañana.

—Buenas noches, señora, no haré falta.

—Petra, dijo Leonor en cuanto salieron: mi buena Petra, ya hace algunas noches que me velais, y debeis estar muy cansada: es preciso que hoy os acostais. Me encuentro bastante bien, y me complaceré en que descanseis.

—Bien lo necesito, dijo Petra, pero no puede ser.

—¿Por qué?

—¿Pues y esa pocion que se os ha de dar de hora en hora?

—La tomaré yo misma: ponédmelo todo en la mesita al lado de la cama.

—¿Y si os dormís?

—En ese caso no tendré necesidad de calmante. Vos no me habiais de despertar para hacérmela tomar.

—Es verdad. ¿Pero si la señora llegaba a saberlo?

—¿Y quien se lo ha de decir? Nadie: ademas de eso yo me cargaria con la responsabilidad y diria que lo habia exigido.

—¡Cuán buena sois, querida mia! ¿pero no tendreis miedo de estar sola toda la noche?

—¿Miedo? ¿de qué?

—¿Qué sé yo: de la religiosa que murió ayer, y se ha enterrado hoy. ¡Pobre sor Dorotea! ¡Tan hermosa y dejar de existir a los veinte años! ¡Qué desgracia!

—¿Cuál era su enfermedad, Petra?

—El amor, hija mia, el amor! tenia una pasion que la ha consumido. ¡Ay! yo no debia deciros esto.

—¿Por qué? dijo Leonor asombrada.

—Porque... porque... Basta. Cada una sabe lo que sabe y tiene sus secretos. Yo no os pregunto los vuestros.

Leonor se ruborizó mucho: pero la excelente Petra fingió no notar nada.

—Vamos, continuó brincando por la celda, y nombrando los objetos segun los iba llevando: aqui teneis todo lo que os hace falta: la cuchara, el platillo, el azucarero, la botella... tened cuidado de mover el líquido antes de echarle en el vaso. Nuestras celdas están inmediatas y solo un tabique separa nuestras camas: si me necesitais dad una palmada: tengo el sueño muy ligero. Buenas noches, querida mia, y buen ánimo. Y añadió abrazando a Leonor y bajando la voz; no os dejeis morir como sor Dorotea, no os dejeis morir.

—¿Cómo, dijo Leonor, os llevais la luz?

—Sin duda.

—¿Pues cómo he de tomar la pocion a oscuras?

—¡Ah! si; no me acordaba de eso.

—Y ademas que en las tinieblas podria tener miedo a la muerte. Hacedme una lamparilla.

—¿Y de dónde he de sacar el aceite? Si bajo a pedirlo, es sospechoso. No: bien considerado todo vale mas que me quede. Por una noche mas ó menos, no debo faltar a mi deber.

—Podiais, dijo tímidamente Leonor, dejarme la lámpara: no la necesitais para acostaros.

Petra reflexionó un instante.

—Escuchad, voy a rezar a la capilla; mientras tanto conservad la lámpara: dentro de un cuarto de hora volveré por ella.

—No tengo que leer nada a escondidas, dijo Leonor que adivinaba el pensamiento de la complaciente tornera. Unicamente quisiera tener luz en mi celda toda la noche.

—¿Y si os dormís y prendéis fuego?

—Estoy segura de que no me dormiré. Mas para disipar el fastidio del insomnio, desearia leer en las *vidas de los santos* que me habeis prestado. ¡Petra, querida Petra, dejadme la luz, os lo suplico!

—¡Buena idea por cierto! leer y aplicarlos para reproducir la fiebre! No, haremos otra cosa mejor: tendreis la lámpara y la pantalla: yo os daré la bebida: leeremos y hablaremos, os contaré historias y se pasará la noche insensiblemente: ya lo vereis.

—Yo no quiero que sea así, contestó Leonor incomodada: quiero que durmais, que me dejeis la luz.

—Vamos, vamos, querida mia, si os avenis a la razon, ¿sabeis lo que os daré? un hermoso canario de los de sor Angela.

—Pues bien, id por él.

—Paciencia, niña mimada: es necesario que nazca, porque la canaria está aun en huevos.

—¿Y sabeis lo que yo os daria y desde luego, si quisiérais hacerme el favor que os pido? la gran caja de dulces secos, que me envié ayer mi tío.

—¡Ah! eso no, querida mia: nunca consentiria que os privaseis de vuestros dulces. Vuestro santo tío quiere que os los comais en la convalecencia.

—Aborrezco los dulces: os aseguro que no tocaré a ellos, y que si vos no los quereis tomar, ahí se echarán a perder.

—¡Perderse, querida mia, perderse! ¡Jesus! dejar que se pierdan tan buenas cosas, que habrán costado tan caras....

Al llegar aqui se oyó otra vez cantar al jardinero,

Marinero del aonda

(¡Ay ole!)

Petra corrió a la ventana y dijo:

—Sancho, callais, ó quereis salir mañana del convento. Y al cerrar la ventana murmuraba: es extraordinaria la aficion de ese muchacho a la música.... En fin, querida mia, es necesario ceder a todos vuestros gustos: os dejo la luz. No la acerqueis tanto a la cama que prendais fuego a las cortinas. Aqui teneis el tomo de la *Vida de los santos*: pero si me quereis creer no leais mucho. Esperad que mulla las almohadas y os arregle la ropa. ¿Estais bien así? No dejeis de tocar en el tabique si necesitais algo. Buenas noches, querida, yo duermo vestida.

—¿Y la caja no os la llevais?

—Mañana, mañana, respondió la tornera cerrando la puerta.

Leonor la oyó entrar en su celda y acostarse.

Saltó inmediatamente de la cama, corrió a un cofre que tenia colocado en un rincon de la celda y sacó de él un traje de calle que se vistió con toda ligereza. Era el mismo vestido que llevaba el dia de su entrada en el convento. Concluida aquella operacion, se sentó junto a la mesita y se puso a hojear en la *Vida de los santos*, con distraccion é impaciencia como una persona ocupada en otras ideas que la de la lectura. De cuando en cuando se paraba a escuchar, y no oyendo nada, volvia a recorrer las páginas del libro. Sonó una campana, y el profundo silencio de los claustros fué interrumpido por el ruido de algunas puertas que se abrian y cerraban. Ya bajan a maitines, dijo entre sí Leonor. Un cuarto de hora despues, sintió en su puerta el ligero y discreto contacto de una mano que parecia buscar el picaporte con toda precaucion. En seguida entró un hombre ya anciano, descalzo y mal vestido, encorvado por el peso de un gran bulto envuelto en un paño blanco, que desde sus espaldas caia hasta el suelo. Era el jardinero del convento. Dejó su fardo sobre la cama y dijo a Leonor estas palabras en tono tan bajo que con dificultad pudo entenderlas:

—Ved ahí, señorita, el cuerpo de sor Dorotea; ayudadme si gustais. Don Cristóbal os aguarda en el jardin, démonos prisa.

Leonor temblaba, pero el anciano conservaba su sangre fria. La religiosa difunta envuelta en su sudario fué colocada en la cama de la novicia.

—¿Quién la conoceria así! decia José suspirando, ¡era tan encantadora! y sin embargo, señorita, vos llegareis a estar lo mismo... es preciso dejarla las manos juntas y sujetas con su rosario.

Leonor hizo una seña para que no descompusiese el vestido sepulcral de Dorotea, y despues,

—Dadme, le dijo, su rosario, me dará la felicidad

José desató el rosario de la difunta, pero al desprenderle de los dedos, uno de los brazos que tenia levantados se le escapó de entre las manos y fué a dar al tabique. Al punto se oyó la voz de Petra.

—¿Habeis llamado, Leonor? ¿me necesitais? Voy allá.

Leonor pudo reprimir su angustia, y respondió:

—¿Qué teneis, Petra? ¿por qué me despertais?

—¿Me habeis llamado, querida?

—Seria soñando: dejadme dormir.

La tornera calló. Como José no era ya necesario se evadió. Leonor de rodillas, con el rostro pegado a las orillas del catre y las manos cruzadas por encima de la cabeza, empezó a orar con fervor por el descanso del alma de Dorotea, por sí misma, y para implorar el perdon de Dios. La oracion devolvió algun tanto la calma a su corazon. Cuando levantó la cabeza, la pareció que la de la difunta habia cambiado de posicion. El cadáver habia sido colocado boca arriba: entonces la cabeza de Dorotea estaba inclinada hacia Leonor, y aquella cara pálida parecia mirarla con sus ojos apagados al través de sus párpados mal cerrados por la muerte. Leonor inmóvil y prosternada, la observaba con una especie de estupor. A la claridad de la humeante lámpara, las facciones de la difunta monja tomaban alternativamente una espresion de severa tristeza y de dolorosa compasion. Parecía a Leonor que de aquella boca entreabierta y de aquellos labios descoloridos oia salir reprensiones y advertencias: ¿Te atreverás a consumir tu crimen y a cometer un sacrilegio, tú, la sobrina y casi la hija de un prelado célebre por su santidad, tú, medio consagrada ya al Señor? ¡Detente: aun es tiempo!... no te conviertas en motivo de escándalo para la iglesia y para tu familia, y no introduzcas en ellas la ignominia y la desesperacion. Mas vale que á imitacion mia mueras de amor y conquistes la vida eterna, que no sucumbiendo a una pasion terrestre pierdas tu honor en este mundo y tu alma en el otro.

De este modo hablaba el cadáver de Dorotea, en aquella terrible noche, a la imaginacion de Leonor.

Pero otra voz hacia resonar en su oido estas palabras: ya es tarde para reflexionar: has avanzado demasiado para retroceder. Puesto que de todos modos se encuentra perdido tu honor, aprovecha al menos la felicidad. ¡Al que es dichoso qué le importa el resto del universo!....



Y al mismo tiempo cantaron en el jardín:

Marinero del aonda

Al oír aquella voz, Leonor se levantó con resolución; tomó la lámpara que estaba encima de la mesa, y prendió fuego á una punta de la sábana que colga-

sus ramas sobre sus cabezas y las defendían de los rayos del sol: á cada momento podían refrigerarse con el agua cristalina de muchos arroyuelos, que como unos pequeños torrentes descendían con rapidez desde las cimas de la sierra, y respiraban con delicia un aire embalsamado con mil suaves aromas, especialmente el de las retamas, que por todas partes deslum-

de acercarse á las ventanas vió que un profundo foso impedía aproximarse á las paredes de la casa, excepto por la puerta principal. Mientras que vacilantes en el partido que tomarían, miraban á una de las ventanas que estaba iluminada, oyeron los sonidos de una guitarra: tocaron una canción de tres tiempos, y una voz de mujer que parecía salir del salón, cantó con esquisito gusto:

Marinero del aonda

(¡Ay ole!)

En un arroyo

Echate al golfo,

Que tu dicha consiste

En un arroyo.

Leonor experimentó una profunda emoción al oír aquella letra que la noche anterior la había determinado á fugarse, y según las apariencias, decidido de la suerte de toda su vida. Cuando se concluyó la copla, hizo una seña á don Cristóbal, y cantaron á dúo el estribillo.

Mira no tardes

(¡Ay ole!)

Que suele en un momento

Mudarse el aire.

Antes que concluyesen se abrió una ventana, y colocándose detrás de los hierros una señora joven, escuchó con atención á los cantores. En cuanto se terminó la copla, don Cristóbal dirigió la palabra á la dueña de la casa, y renovó su petición tan brutalmente desatendida por el portero. La señora sacó la mano por entre los hierros como en señal de consentimiento, se retiró después y en seguida se cerró la ventana. Pero pasados algunos minutos se abrió la gran puerta, y el portero con un farol en la mano fué á buscar á los extranjeros, y se apoderó del caballo gruñendo:

—Hubierais hecho mejor en quedaros fuera: no habeis querido creerme: no culpeis á nadie...

Y sin volver la cabeza se dirigía hacia la cuadra. Presentóse en su lugar un lacayo, é introdujo á los huéspedes en un salón magníficamente iluminado. Los muebles, las colgaduras con franjas de oro, anunciaban una morada en que el lujo competía con el buen gusto y la opulencia. En los cuatro extremos se veían unos jarrones con floridos arbustos; las consolas estaban cargadas de vasos de china llenos de flores, y todo al derredor de aquella mansion deliciosa se extendía un ancho diván con almohadones de seda carmesí igual á las colgaduras. Tres personas se hallaban sentadas en el diván, un anciano magestuoso, vestido á la oriental, con un rico caftán azul, y un turbante de muselina tan blanca como la venerable barba que le descendía hasta la mitad del pecho. A su lado había dos jóvenes adornadas con elegancia, y tan hermosas como el día. La que parecía mayor era morena, y tenía en la mano un ramillete: la otra era rubia, y tenía un laud de forma antigua. El anciano se levantó para saludar á sus huéspedes.

—Sean vds. muy bien venidos á mi casa, les dijo; les presento á mis dos hijas Amina y Raquel.

Esta última era la que tocaba.

Don Cristóbal observó que las dos hermanas llevaban unos hermosos guantes negros que les subían hasta el codo, y que por consiguiente no permitían juzgar de la perfección de su brazo. El anciano tenía también guante negro, pero solo en la mano derecha.

La conversacion fué animándose poco á poco, y los viajeros se decidieron naturalmente á decir quiénes eran, de dónde venían, y el punto á que se dirigían. Don Cristóbal tuvo gran cuidado en no decir la verdad; pero como tenía mucho talento improvisó una historia, según la cual se llamaba don Fernando Tellez, hacia poco que se había casado, é iba con su esposa á reunirse con su familia, establecida en Jaén ó en sus cercanías. Arregló tan bien las cosas, y dió tantos pormenores, que era imposible dudar de su veracidad. El dueño de la casa no quiso ser menos franco por su parte, y dijo que se llamaba Ibrahim, que era natural de Ceuta, y por consiguiente moro y mahometano. Había residido mucho tiempo en Córdoba, y hecho gran fortuna en el comercio; pero disgustos y desgracias le habían obligado á abandonar aquella ciudad y aun el trato de los hombres; por manera que se había retirado con sus dos hijas y su hermano á aquella casa aislada, en donde vivían con tranquilidad conservando las prácticas religiosas y las costumbres de su país, sin ver jamás á nadie mas que á algun pasajero extraviado, á quien concedían con placer la hospitalidad.

En aquel instante se abrió la puerta de la sala, y entró en ella otro anciano. Pero cuanto tenía de noble y de leal el aspecto del primero, otro tanto era común y repugnante el del segundo. Su cara era mala, sus ojos hundidos, su nariz era larga y perpendicular, y la barba horizontal; los labios eran tan delgados, que parecían ocultarse en la boca. Este anciano tenía también la mano izquierda descubierta, y la derecha con guante negro.

—Ahí tenéis á mi hermano Diego, dijo Ibrahim, de quien os hablaba hace poco; vuelve de la ciudad, á donde sus asuntos le obligan á ir con frecuencia. Puesto que ya ha llegado, nada nos impide sentarnos á la mesa; se me acaba de avisar que la cena está pronta: pasemos al comedor si gustais.

Amina y Raquel se aproximaron á su padre; le asieron cada una de su brazo, y le ayudaron á levantar-



ba del lecho. Vió á la azulada llama apoderarse del alimento que se la ofrecía con una especie de incertidumbre y de timidez; pero mas osada después, avanzar resplandeciente y tomar por último posesion de su presa. Asustada Leonor de su crimen, se lanzó al corredor, bajó corriendo la escalera sin saber lo que se hacia, y se precipitó en el jardín, en donde cayó casi desmayada en los brazos de don Cristóbal, quien la condujo á una puertecita que daba al campo, cuya llave se había proporcionado el jardinero. Allí encontraron un caballo atado á un árbol: don Cristóbal montó en él. José colocó delante á Leonor, y un minuto después ya habían desaparecido entre la oscuridad de la noche.

José volvió á entrar en el convento para difundir la alarma.

## II.

### La casa aislada.

Don Sebastian, amigo desde la infancia y confidente de don Cristóbal, habitaba con su familia una antigua casa de campo situada en una de las cañadas de Sierra Morena. Allí era donde don Cristóbal tenía preparado un asilo á Leonor, y pensaba ocultarla hasta que pudiese aplacar la indignacion del arzobispo, y hacerle consentir en el matrimonio de su sobrina. Todo se hallaba dispuesto en casa de don Sebastian, para recibir á los amantes fugitivos: amos y criados no se habían acostado, pero en vano. Pasó la noche y se presentó la aurora sin que recibiesen ninguna noticia de don Cristóbal y de Leonor. Al pronto tuvieron algun sobresalto, pero después supusieron que alguna circunstancia imprevista les habria obligado á suspender la empresa.

La verdad era, que en las tinieblas de aquella oscura y tempestuosa noche, don Cristóbal había equivocado el camino y se había internado por otro desfiladero de la sierra. Galopó largo rato sin reconocer su error, y cuando lo advirtió ya no le era posible remediarlo. Al rayar el día encontraron algunas miserables cabañas de cabreros. Leonor durmió allí algunas horas y recobró algun tanto sus fuerzas estenuadas por la fatiga y la falta de alimento. Don Cristóbal preguntó qué poblacion era la mas inmediata, y le contestaron que la Carlota, que solo distaba algunas leguas. Los dos amantes para evitar el calor, se decidieron á pasar gran parte del día con sus rústicos patrones, cuya franqueza y sencillez les agradaban en extremo. El hijo de uno de aquellos honrados pastores, tenía una voz excelente, y el tiempo se empleó agradablemente en conversar y cantar. Hacia las cuatro, los viajeros volvieron á emprender la marcha, provistos de lo poco que los cabreros pudieron darles, y con un vivo sentimiento de separarse tan pronto de sus nuevos amigos.

Caminaban por lo hondo de una cañada muy estrecha, y por una senda tan poco frecuentada, que la mayor parte del tiempo la cubrian la yerba y los zarzales. Arboles corpulentos y seculares, encorvaban

braban la vista, como ramilletes de oro colocados en largos ramos de esmeraldas.

Hablaban de su amor, de la esperanza de convenir al tio arzobispo y del temor de no poderlo conseguir. En este caso, Leonor queria vivir en aquel solitario valle, al lado de los buenos cabreros, y buscar en la naturaleza un refugio contra la sociedad. Don Cristóbal se sonreía, y convenia complacientemente en su idea, como hombre en quien la poesia de la juventud comienza á desaparecer ante las realidades de la experiencia. En seguida Leonor pensaba en el incendio del convento, y en las desgracias que de él podrian haber resultado: lloraba y se golpeaba el pecho. Don Cristóbal hacia inútiles esfuerzos para consolarla, demostrándole que el jardinero debia haber evitado las consecuencias del incendio, lo cual le era sumamente fácil. Las monjas no sufrirán mas daño que un ligero susto y la pérdida de algunos muebles de insignificante valor.

De repente el valle se abrió y desembocó en una dehesa ó prado de tanta estension, que la vista no alcanzaba en aquel horizonte ningun otro objeto: es verdad que era ya el anochecer, y comenzaban á brillar en el cielo las estrellas. Detuviéronse á la entrada de aquella llanura, y á fuerza de mirar vieron á lo lejos muchas lucecitas. Nada hay tan agradable como esos puntos luminosos que aparecen en el crepúsculo como un faro inteligente que invita desde larga distancia al viajero á que sorprende la noche, y le indica el camino. La naturaleza, que durante el día atrae al hombre á aquellas soledades, parece que por la noche sufre con disgusto su presencia, y le vuelve á la sociedad de los demas hombres: no acoge con gusto mas que á los desgraciados.

Cristóbal y Leonor se persuadieron que veían las luces de la Carlota y se dirigieron hacia aquella parte, á pie, y llevando Cristóbal al caballo de la brida, para disfrutar mas largo tiempo las delicias de una noche de verano. Pero al cabo de media hora de marcha no encontraron mas que una gran casa aislada en el centro de aquella llanura. Era un edificio de piedra de un solo piso; las ventanas, que estaban bastante elevadas del suelo, tenían todas rejas, como las de una fortaleza ó de una cárcel. En algunas había luz, pero las cortinas de seda encarnada impedían la vista. Don Cristóbal tiró de una cadena que pendía del lado derecho de la puerta, sonó una campanilla, y poco después se abrió una rejilla que había en medio de la puerta, y una voz de hombre medianamente gruesa, preguntó:

—¿Quién sois?... ¿Qué quereis?...

—Unos viajeros extraviados que pedimos hospitalidad por esta noche.

—Proseguid vuestro camino, contestó el hombre, mejor lo pasareis á campo raso... Y al punto cerró la ventanilla.

Irritado don Cristóbal no pudo contenerse, y dió algunos golpes en aquella desapiadada puerta, pero todo lo que consiguió fué magullarse los dedos con los enormes clavos de que toda ella estaba sembrada: dió vuelta con Leonor á aquel edificio para ver si era accesible por algun lado, pero nada descubrió, y al tratar



tarse con suma dificultad. Los extranjeros observaron entonces que aquel imponente anciano estaba paralizado de la mitad de su cuerpo. Para hacerle mover, una de sus hijas impelia suavemente con el pie la pierna insensible, y el pobre Ibrahim se manejaba con la otra como mejor podía, apoyándose en sus hermosas conductoras. Esta operación no se concluyó sin muchos quejidos, que procuraba ahogar el enfermo, y sin gran compasión de los concurrentes. Además, Ibrahim prorumpió en algunas exclamaciones, que don Cristóbal ni Leonor pudieron entender, porque se servía de la lengua árabe. Por fin se consiguió llevarle al comedor, y hallándose ya sentado no tardó mucho en recobrar su buen humor. Hizo que Leonor se colocase a su lado, y don Cristóbal enfrente entre Amina y Raquel; el hermano se sentó a la izquierda de Ibrahim.

Amina y Raquel principiaron a quitarse los guantes, por el de la mano izquierda, y don Cristóbal que tenía inclinación particular a los buenos brazos, quedó estasiado al mirar la perfección de los que se ofre-

parar dos ó tres desastres iguales, por manera que siempre salen ganando. ¡Así es como salen siempre de sus apuros los frailes y monjas!...

Aquí concluyó Diego su narración. Leonor estaba en extremo pálida y agitada, para impedir que se notase su turbación, y dando otro giro á la conversación, don Cristóbal dijo:

—Disimuladme la franqueza, mi querido patron; pero este arroz me parece muy insípido; yo creo que vuestro cocinero ha olvidado completamente la sal, ni tampoco la veo sobre la mesa. ¿No sería posible que la tragesen?

—Nosotros no la usamos, contestó con gravedad Ibrahim, pero os la van á dar.

Hizo una seña, y como el esclavo negro que asistía á la mesa había salido, Raquel se levantó, salió por una puerta situada detrás de don Cristóbal, y por consiguiente en frente de Leonor, y volvió al cabo de un minuto con un salero. Don Cristóbal la dió las gracias, echó sal en su arroz, y tomó un poco con la punta del cuchillo para echarla en el plato de Leonor: mas

—¿Cómo? ¿quién os lo ha dicho?

—Cuando pedisteis la sal, Raquel fué á buscarla. Cuando volvió á entrar tenía casualmente fijos los ojos en la puerta porque salió á la que estabais de espaldas. Pues bien, por mucha que fuese la presteza con que cerró aquella horrible puerta, mi mirada penetró en la pieza inmediata, y estoy segura de haber visto al débil resplandor de una lámpara que ardía en ella, un cadáver humano colgado del techo.

—¡Cielos! ¿estais cierta de no haberos engañado?

—¡Pluguiera á Dios! Pero no, don Cristóbal. Contad con lo que os digo. Recordad las expresiones del hombre que no quería abrirnos. *Hubierais hecho mejor en quedaros fuera.* Es necesario buscar un medio de fugarnos, ó sino sucumbimos.

—¡Me he dejado las pistolas en el arzon de la silla, tengo un puñal, pero serán superiores en número, y me aventajarán en las armas!

—Estamos en el primer piso: si esta ventana diese al campo, tal vez con las sábanas de la cama...

Don Cristóbal corrió á la ventana y Leonor se dispuso á deshacer la cama.

—¡Ay! dijo al volver, efectivamente cae á un jardín pero tiene rejá

Aquella rejá confirmaba sus temores. Leonor asustada dejó caer el almohadon que medio había descompuesto. En aquel momento se desprendió un objeto oculto entre la colcha é hizo un poco de ruido al caer en el suelo. Don Cristóbal recogió una llavecita en cuyo anillo había un papel doblado por la mitad. Le abrió y leyó estas palabras escritas con lapiz.

«Hemos comido sal juntos, y no puedo dejaros perder: esta llave abre la alacena de vuestro cuarto. ¡Que Dios proteja vuestra fuga! Apagad la luz y sobre todo no partais hasta que el lecho haya desaparecido.»

Aquel billete salvador procedía indudablemente de Raquel. Los términos no estaban muy claros á la primera lectura: fué pues necesaria otra, después de la cual, los dos amantes un poco menos conmovidos se pusieron á examinar la habitación que se les había destinado. Era una espaciosa pieza cubierta de tablas de encina, y tan alta, que la luz de la bugia apenas iluminaba el techo. El mueblage consistía en una cama con pabellon colocada sobre un entarimado, y unos sillones antiguos: no se veía allí nada mas, ni aun un espejo sobre la chimenea gótica. En un rincón sobresalía un poco la alacena ó armario de que hacia mencion la carta de Raquel. Don Cristóbal probó la llave con precaucion. Abrióse la puerta silenciosamente, y aproximada la luz, encontró que aquel supuesto armario no tenia fondo sino que servia de entrada á un pasadizo oscuro y bajo. En él era sin duda necesario penetrar á todo trance para conservar la única probabilidad de salvacion.

Segun las instrucciones de su libertadora, no debían marchar inmediatamente sino esperar, y esperar entre las tinieblas, porque se acechaba el momento en que se quedasen dormidos. Don Cristóbal sacó del bolsillo una linterna sorda que siempre llevaba en sus viajes, la encendió, apagó la vela, escondió la linterna debajo de la capa, y fué á colocarse con Leonor en el ángulo de la chimenea, esperando con ansiedad el acontecimiento que debía servirles de señal.

Pasado un cuarto de hora, que para ellos fué un siglo, les pareció oír pasos por encima de su cabeza. Leonor creyó distinguir un ruido como de cadenas, pero todo quedó en silencio y se prolongó por tanto tiempo, que después de pasar por todos los grados del temor y sobresalto, ya no sabían que pensar. Don Cristóbal llegó á concebir la idea de si aquello seria un juego, ó una pesada burla concertada de antemano para divertirse á costa suya: tan grosera é impolítica accion era enteramente inverosímil, pero trascurrian las horas, y nadie se presentaba. De repente sonó á su lado un gran golpe, pero confuso. Era la parte del techo correspondiente á la cama, que se desplomaba sobre ella, cargado con un peso inmenso de hierro. Un momento después se oyó rechinar una garrua, y con la claridad de la noche don Cristóbal y Leonor vieron moverse el lecho, descender lentamente, y por último hundirse debajo del pavimento.

No había que perder tiempo ni acobardarse: la hora había ya llegado. Don Cristóbal y Leonor se lanzaron por el pasadizo que ocultaba el armario, cuyas puertas tuvieron la precaucion de volver á cerrar detrás de sí. Aquella especie de callejon estaba abovedado, oscuro, muy bajo, y tan pendiente que apenas se podia andar por él sin escurrirse. Se agarraban á las paredes para sostenerse, y avanzaban á tientas por aquel laberinto de piedra que parecia interminable. Don Cristóbal llevaba de la mano á su temblorosa compañera, y en la otra su puñal para cualquier evento.

(Se continuará.)

### Un episodio de la vida de un poeta.

En la vida del poeta alemán Jean Paul (Friedrich Richter), ocurrió un triste incidente, que, á pesar de no haber tenido él ninguna culpa en ello, parece sin embargo, haber agriado sus últimos días.

Una joven llamada Maria Fosler, que había leído los escritos de Jean Paul, concibió una pasión ideal por el autor, y dirigió las cartas mas tiernas al objeto de su admiración. No habiendo recibido ninguna respuesta recurrió al suicidio; pero no pudo ejecutar su



Sean vds. muy bien venidos á mi casa.

cian á su vista. Aguardaba con impaciencia el momento de juzgar si los derechos eran tan admirables, pero fué en vano. Los guantes del brazo derecho permanecieron en su sitio, y los dos hombres conservaron también el de su mano derecha. Esto le pareció muy extraño á don Cristóbal, porque indudablemente aquella mano que cubría el guante debía incomodar mucho en la mesa. Había, pues, en ello su misterio: don Cristóbal no sabía que pensar, pero estaba muy bien educado para permitirse ninguna pregunta acerca de aquella extravagancia, y aun para dar á conocer que le chocaba. Concluyó, pues, por creer que era un punto de religión ó un voto obligatorio para toda aquella familia.

Ibrahim, como jefe de la casa, comenzó escusándose con sus huéspedes por la mala cena. Efectivamente, en la mesa no había mas que frutas, pero eran magníficas, y estaban en platos y cestas de plata cincelada. En medio no había mas que un plato cubierto, y habiendo quitado la tapadera Ibrahim, se vió que contenía dos pollos con arroz.

—No bebemos vino, dijo Ibrahim porque nuestra ley nos lo prohíbe, pero como nuestros huéspedes no están sujetos á nuestras prácticas, he hecho poner aquí tres botellas del mejor vino de España.

Los convidados se pusieron á comer con buen apetito, y animándose la conversacion.

—Hermano, preguntó Ibrahim, ¿qué se dice de nuevo en la ciudad?

—No se habla, contestó Diego, mas que de una ocurrencia del convento de monjas de Santa Clara, que por poco las asa á todas vivas. Una joven religiosa tenía la costumbre de leer en secreto, durante la noche, libros de poesía y de amor. Pues bien, la noche última se quedó dormida, y prendiéndose fuego á las cortinas, el incendio se propagó con rapidez. Felizmente, el jardinero, que estaba en acecho de los ladrones, dió el grito de alarma bastante á tiempo, para que pudiese evitarse el que ardiese el monasterio. Las monjas no han tenido mas pérdida que la de algunas celdas reducidas.

—¿No ha perecido nadie? dijo Leonor con voz conmovida.

—Perdonadme. La joven religiosa fué devorada por las llamas, y no se encontraron mas que sus huesos calcinados. Además, pereció también una anciana tornera, cuya celda se hallaba contigua al foco del incendio, ahogada por el humo que no la permitió huir. Como veis, el daño no es muy grande. Lo sensible es la joven, porque en cuanto á la decrepita, siempre las habrá de sobra. La pérdida de los muebles nada vale. Las monjas han recogido tantas limosnas, que segun se asegura son suficientes para re-

al pasar por encima del de Raquel, cayeron en él algunos granos. Raquel no lo advirtió al principio, pero á la primera cucharada no la quedó ya duda de lo que había sucedido. Púsose colorada y miró fijamente á don Cristóbal que no lo observó porque estaba absorto mirando el estado en que se encontraba su compañera. En efecto, hacia ya un minuto que la palidez de Leonor se aumentaba considerablemente, su rostro parecia el de una muerta, y á pesar de todos sus esfuerzos para que no se la fuese la cabeza, cayó desmayada sobre el respaldo de su silla, exhalando un débil suspiro como el de una persona que se halla en la agonía.

Al momento se interrumpió la cena, todos corrieron hacia Leonor, la socorrieron y la hicieron preguntas.

—No es nada, dijo recobrando su conocimiento, no es nada. El cansancio de este día ha sido muy grande para mí; tenía calentura cuando me senté á la mesa: la narracion de don Diego me ha conmovido vivamente, y no es extraño que la cena me haya hecho daño. No tengo apetito y necesito mas bien reposo: me parece que la cama me aliviará, y desearia retirarme á ver si puedo conciliar el sueño.

—Al instante, respondió Ibrahim con tono de bondad, y añadió mirando á sus hijas y haciéndolas una seña con los ojos, que no se escapó á don Cristóbal. ¿Está todo preparado en la habitación de los huéspedes?

Raquel se apresuró á anticiparse á su hermana. —No, padre mio, pero ese cuidado me pertenece: dentro de un minuto todo estará pronto.

Al decir estas palabras salió del comedor, pero por otra puerta diferente de la que había entrado con la sal.

Amina llevó á Leonor unos pomitos de olor esquisito que lograron hacer que desapareciese el temblor nervioso de que se hallaba acometida. Don Cristóbal estaba pensativo: Ibrahim y Diego llamaban. Todos los personajes comenzaban á disgustarse unos de otros sin saber por qué. Leonor trató de probar á dar algunos pasos por el salon: Amina la ofreció su brazo que aceptó, é iban á comenzar su paseo, cuando Raquel volvió á presentarse con una bugia en la mano. Diéronse mutuamente las buenas noches, y Diego para animar, añadió con una sonrisa equivoca:

—Espero, señora, que mañana no sentireis mal alguno.

Cuando estuvieron solos en su habitación y la puerta cerrada con el cerrojo, Leonor se armó de resolución, y dijo al oído á don Cristóbal:

—Estamos perdidos, nos hallamos en una guarida de ladrones.



indiscreto y temerario designio. Entonces Jean Paul la escribió en un estilo fraternal, suplicándola reprimiese una pasión, que nunca podría ser correspondida, negándose a la vez a acudir a una cita, que la joven había solicitado con empeño. En su desesperación la pobre se ahogó. La conducta de Jean Paul se ha censurado, suponiendo que debía haber concurrido a la cita que le pidió la infeliz, porque hubiera conseguido mejor moderar el amor de la joven con sus argumentos, que no con sus cartas: y además, si ella, que solo contaba 17 años, hubiera visto el exterior del poeta, ya hombre de más de 30 años, calvo, casado, y padre de familia, la ilusión hubiera probablemente desaparecido.

Hé aquí como se refiere este episodio extraordinario en la segunda edición de «la vida de Jean Paul», que acaba de publicarse.

Maria era hija de un valiente alemán, que cayó bajo el hacha de la guillotina, durante el reinado del Terror en París. La muerte heroica del padre, que desdeñó los medios de evasión que sus amigos le habían proporcionado, y la educación de una madre, no menos magnánima, habían fomentado la predisposición natural de la hija hacia el entusiasmo, y la hicieron aficionada a la soledad, que la conducía a vivir en un mundo ideal, poblado de héroes escogidos del mundo antiguo, y de los modernos que eran dignos de entrar en él. Se dedicó, sin embargo, con fidelidad y exactitud a todos sus deberes filiales y domésticos, y no huyó de la sociedad de los que la rodearon. Estaba alegre con los seres divertidos, y lloraba con los afligidos; pero, terminados los quehaceres del día, y cuando aparecían las horas de las tinieblas para restablecerse, bien con el sueño, bien por la comunión con otros espíritus, entonces María eligió con marcada preferencia sus libros, y sacó de sus autores favoritos, no el alimento saludable, sino aquella embriaguez que, por su edad y por su temperamento particular, se convirtió en veneno para ella. A los diez años ya conoció las obras de Jean Paul, y en su inocente y pueril entusiasmo, le escribió una carta. En los primeros años de su lozana juventud, el poeta fué el ser ideal de sus ensueños e ilusiones, el único hombre viviente que sustentaba su acalorada y ya casi estraviada imaginación; el mas puro y sagrado de los hombres; un santo, un ángel, que solo podía llevarla encima de la ola mundanal que amenazaba por todas partes sumergirla. El único medio que podría tranquilizarla, era estar a su lado de cualquier modo que fuese, ó en relación con él; quiso a todo trance hablar con el poeta, ó morir. Por eso le escribió a los 13 años de edad de esta manera:

«¿No es demasiado atrevimiento? ¿Puedo yo determinarme a escribir al mas querido amigo de los hombres, y llamarle padre? ¡Ay de mí! tal vez nunca veré al que tanto debo; los mas preciosos beneficios, la mas exaltada verdad, todo lo bueno, que incita la imitación, y toda una eternidad que se ha abierto a mi alma! (1) Cuando pienso en vuestra infinita bondad me deshago en lágrimas, y mi corazón os bendice y os venera. Esta firme fé en vos es un tesoro que nadie puede quitarme. Preguntareis quizás: «¿Quién me habla tan osadamente?» No soy sino una niña, tan pequeña, que no es necesario mencionar mi nombre. ¡Ay! si fuese mayor, como no dejaré de serlo, ni la tierra, ni la mar, me impedirían ver una vez en mi vida al que tanto tiempo ha ocupado el lugar de un padre en mi corazón. Pero mis propias faltas, y las prevenciones de mis parientes me lo impiden; y no me hubiera atrevido a escribiros ni una palabra, si no esperase merecer vuestra indulgencia y perdón. Apenas tengo otro anhelo, que el mas alto, el de ser digna de vuestra estimación, y del gozo de oiros llamarme *hija*. Toda mi vida no es sino una aspiración a lo bueno, y sin embargo ¡padre mío! ¿por qué adelanto tan poco? Es lástima, que no sea yo nada mas que sincera e íntegra. Pero no os cansaré con mis faltas.»

María continuó escribiendo, y terminaba todas las cartas con la esperanza de ver algun día a Jean Paul. En la primera parte de su correspondencia explicó solamente el deseo de una unión espiritual y de un encuentro en el mundo ideal, para el que el poeta había preparado su alma; pero últimamente sus cartas descubrieron su pasión, su anhelo de estar cerca de él, su impaciencia por una reunión mas íntima. Pero se abrieron sus ojos; le pareció que había tocado un ser divino con manos sacrilegas. Con amargas lágrimas de arrepentimiento escribió al día siguiente una carta, firmada con su apellido, en la que quiso suavizar la impaciencia mostrada en la carta anterior y revocar el contenido de la posdata, pero, en verdad, repitiendo una y otra. Siguió a esta dos cartas mas, en las que se esforzó vanamente en ocultar el conflicto que devoró toda su naturaleza moral; y al paso que le rogó olvidarla, todavía persistió esperando ser admitida en el seno de su familia.

Entonces aguardaba con vehemente impaciencia su contestación. No podía la infeliz calcular la distancia, ni las interrupciones de los correos por la condición de guerra del país, ni las ocupaciones literarias de su amigo, ni las muchas casualidades colocadas entre la recepción y la contestación de una carta. Una sola idea abrumaba su imaginación, la de ser despre-

(1) ¿Quién ha leído los escritos de Jean Paul, de «Jean Paul el único», como le llaman cariñosamente y entusiasmados sus compatriotas los alemanes, sin haber experimentado semejantes emociones!

ciada por el mas querido de los hombres! El encontrar menosprecio en lugar de simpatía, era mas de lo que podía sufrir; y esta niña, que lo era tanto por sus años como por su inesperienza, no podía encontrar paz, sino en la muerte. Al amanecer de una mañana en mayo fué al río, y con motivo de asegurar mas aun su resolución, guardó un puñal en su seno. Miró en derredor de sí la casa paternal, iluminada con esplendor por los primeros rayos del sol, la madre durmiendo aun, y el pensamiento de la inconsolable pena de esta madre viuda, la hizo vacilar un instante; salió, y su hermana que había observado la noche desesperada que había pasado María, la siguió a escondidas, la detuvo y la salvó de la muerte. Volvieron a su casa en silencio, y luego María resolvió no separarse nunca de su madre mientras viviera.

Por último llegó la contestación de Jean Paul, concebida en estos términos.

«Las cuatro cartas de un corazón bueno, pero demasiado agitado, se han recibido; acerté el nombre de la autora, y otro tanto le sucedió a un antiguo amigo mío, desde el primer instante. Tu noble padre difunto era digno de tan buena hija; no habiendo hallado recompensa en la tierra, desearia que ahora la hubiese hallado en el cielo, y que cada vez que mirase desde arriba a su hija, la viera llena de un ardor puro para lo bueno y para la virtud. Tal vez diga ¡ojalá que un buen hombre reciba a mi querida María como hija, y sea su padre espiritual y sosiegue su agitación con inefable bondad e indulgencia, diciéndola, que en la vida real, y particularmente en el matrimonio, las pasiones fuertes de una mujer, hasta la impetuosidad inocente, han sido las espinas y puñales sobre que ha caído la felicidad; que los mas poderosos y sagrados de los hombres hasta Jesucristo, han sido todo apacibilidad, ternura y paz; demostrándola que podrá volar con las alas del espíritu, pero con los miembros esternos se puede solamente andar; que puede encender una llama sagrada en su corazón, pero no debe obrar hasta que se haya vuelto una luz pura, para guiarla. Yo, que hablo en el nombre de tu padre, yo deseo lo mismo para mi querida María, y deseo ser este padre para ella. Tu deseo de visitarme, le habrás abandonado al despertarte. ¿Dejar a tu madre? ¡Nunca, jamás! Mas probablemente iré yo a verte a tí que tu a mí. Yo y mi esposa te amamos ambos, y te saludamos. ¡Sé siempre buena; hija mía!»

JEAN PAUL.

Por desgracia esta carta, llena de buenos consejos y cariño paternal, no pudo desviar a la infeliz de intentar otra vez contra su vida, y esta vez la catástrofe sucedió efectivamente.

Se ve por lo que antecede, que el poeta obró con la mayor lealtad, y ageno a tan triste fin; pero, sin embargo, desde este momento su existencia quedó acibarada.

Tal vez tendremos mas adelante ocasion de presentar a nuestros lectores algunos trozos escogidos de las obras del gran poeta alemán Jean Paul el único.

(E. L.)

## SEMANA JUDICIAL.

### Tribunales nacionales.

#### CAUSA DEL AGONIZANTE.

En cumplimiento de nuestra oferta, vamos a instruir a los lectores de LA SEMANA de la causa del agonizante, no menos famosa que la de la mujer de Castillo, de que hablamos en el número anterior, y mas presente en la memoria de todos, porque solo data de 34 años.

A las doce, mas ó menos próximamente, del 31 de mayo de 1815, recibió a Nicasio Padrós un señor alcalde de Casa y Corte, quien le dijo se había muerto violentamente en la noche última a una joven en la habitación del mismo, cuarto principal de la casa número 3, en la calle de la Esgrima. Ya en la madrugada del mismo día se había presentado al P. prefecto de la casa conventual de religiosos agonizantes el P. don Juan Crisóstomo San Vitores, profeso, declarando haber asesinado a la una de aquella noche con la navaja, de que hacia entrega, a una joven soltera, en el sitio citado, con cuya desgraciada, víctima de sus celos, había tenido trato familiar.

Escusado es añadir se constituyó el alcalde con escribano y alguaciles en el parage designado, donde halló una mujer sin vida, de 24 años de edad, segun dos cirujanos, con una herida en el cuello, mortal de necesidad, y otras en el cráneo, aquella con instrumento punzante y cortante y estas con uno contundente. Entre la colcha de la cama ensangrentada había un martillo tambien ensangrentado y roto el puño.

Detenido Padrós, presas doña Juana Galban de Acuña, viuda, dueña de la casa, y su cuñada Facunda Lopez, soltera, en su compañía, y embargados sus bienes, declararon todos tres en el mismo día, y fué examinado el hijo de la primera, de 8 años.

Guardado y vigilado por sus compañeros el P. San Vitores, fué trasladado por la noche a la cárcel real de la Corona, en virtud de providencia del juez ecle-

siástico, consiguiente al oficio que recibió del P. vicario general de la órden, a quien el prefecto comunicó la espresada revelación.

Puestos de acuerdo ambos jueces, le recibieron al día inmediato siguiente, despues de ratificarse en la que ante el vicario prestó, la declaración siguiente:

«Desde el real palacio concibió la idea de matar en aquel día a la joven Josefa Muñoz, para lo cual se dirigió a la casa de la calle de la Esgrima, núm. 3, cuarto principal, donde creyó la hallaria, y donde había estado otras veces. Llegó cerca de las tres de la tarde, y llamando a la puerta con una seña convenida, salió dicha joven, y entrando ambos en la sala, hallaron al ama doña Juana Galban y a su cuñada Facunda, cuyo apellido ignoraba. Inmediatamente comenzó a mostrarse celoso de la Josefa, sin manifestar en lo exterior enfado, pero lleno de resentimiento en lo interior, para disimular así su objeto e intención de matarla en el momento que pudiese. La Galban espresó que no había motivos para semejantes celos, y lo mismo dijo la Josefa; y continuando toda la tarde en broma sin pensar todavía en pernoctar, determinó ya como al ponerse el sol quedarse allí, para con mas facilidad lograr su intento de darle la muerte sin ser sentido a deshora. Dió a este fin a la Juana tres duros, para que dispusiese la cena, como lo había hecho otras veces. Cerraron reunidos los cuatro y el niño Silverio, entre nueve y diez de la noche, siguieron despues jaraneando, bailando un rato, se colocaron despues la Facunda, la Pepa, el niño y él en un balcon de la sala, andando por allí la Juana recogiendo la mesa y ocupada en los quehaceres de la casa. Allí permanecieron hasta cerca de las doce, en cuya hora se retiraron todos a acostar, haciéndolo juntos la Josefa y el declarante, pues al efecto les preparó la cama la Galban en un cuarto donde se la había hecho otras noches que había dormido allí con la Pepa. Acostóse él primero, habiendo antes colocado debajo de la almohada un martillo que llevaba regularmente en la retina, menos cuando iba a ver a la Josefa, temeroso le echase de ver, y recelase su intento. (Se le puso de manifiesto el que se halló entre la ropa de la cama y confesó ser el mismo.) Sin renunciar a su propósito de darle muerte, tuvo con ella un acto carnal: Ea, vamos a dormir, dijo ella, y la dejó, y lo efectuó al punto, (había cenado y bebido bien), a la media hora, poco mas ó menos, y despues de haberla observado bien, y asegurándose de su profundo sueño, se decidió a matarla puesto de rodillas sobre la cama; pero conceptuando seria mas certera la acción puesto en pié en el suelo, se bajó con mucho cuidado por los pies de la cama, la observó de nuevo poniendo alguna vez el martillo con suavidad sobre su sien, como para ensayarse, meditando si convendría mas bien darle el primer golpe en la sien que en el cerebro, para que no chistase e hiciese ruido, dirigiéndose en los intermedios hacia la puerta del cuarto a escuchar si descansaban los de la casa, y especialmente un huésped llamado Nicasio que dormía en el cuarto mas inmediato, a quien oía roncar, y era paisano de la Juana, al que oyó decir le tenían de limosna, é ignoraba que el declarante estuviese allí a la sazón. Sin duda entonces de que dormían todos, se acercó a la Josefa, y le dió dos ó tres golpes en la cabeza con el martillo sin poder fijar el sitio; despertando atolondrada, arrojándose de la cama, y dando tan fuertes chillidos que el declarante temió despertasen los demas, y repitió sus golpes hasta que se quebró el martillo, usando despues de la navaja que llevaba preparada en la mano izquierda (confesó ser la misma que al notario entregó el P. prefecto), con la cual la dió varias puñaladas en el cuello y una especialmente en el hoyuelo, que le pareció fué la última, y de la cual arrojó porción considerable de sangre, muriendo en seguida, absuelta por el declarante al oirla pronunciar las palabras: «por Dios»

«Se vistió inmediatamente, apagó el belon, que había dejado encendido en la despensa inmediata, abrió la puerta del cuarto, la volvió a cerrar por defuera con el picaporte, dejando el cadáver cubierto con la ropa de la cama y los dos colchones, abrió la puerta del pasillo y la de la escalera, cuyas dos llaves halló puestas, permaneciendo en la escalera cerca de la puerta de la calle hasta las cuatro de la mañana, en que bajando un vecino, a quien no conoció, con traza de mozo de cordel, abrió la puerta, y diciéndole «No cierre vd.» salió con él dirigiéndose a su casa conventual en la calle de Fuencarral, donde despues de haberse mudado de camisa por estar ensangrentada la puesta, y lavado las manos, manifestó al prelado todo lo ocurrido.

«Preguntado qué motivo le hizo concebir en palacio la idea de matar a la Josefa: Contestó que, hablando aquella tarde con su amigo Fr. Isidoro Serrano, religioso recoleto, que vivía calle de los Abades, número 13, cuarto principal, en compañía de su padre, hicieron conversacion de mozas, como otras veces, y diciéndole Fr. Isidoro que nunca le había llevado a la calle de la Esgrima, número 3, cuarto principal, a ver las mozas que había en ella, le preguntó con cual de las dos había tenido que ver, y le respondió: «Con la mas alta» circunstancia que cabalmente concurría en la Josefa, cuya especie conceptuó que no soltó Fr. Isidoro con malicia, sino en fuerza de la satisfacción con que siempre se trataban en la materia, y sin saber que el declarante tuviese interés en la referida, cuya madre era sabedora tiempo hacia de este trato y consentidora, siéndolo tambien de que pasase con él la noche de San Fernando, como manifestó a la Facunda,



que fué á proponérselo. Añadió por último, que aun- que en la cena bebió, fué moderadamente y sin per- turbar su razon.»

Ampliando esta declaracion, añadió San Vitores, «que el día de San Fernando obtuvo licencia del prela- do para salir á comerfuera, licencia que es costumbre dar á quien la pide, sin necesidad de espresar la casa por suponerse que será decente; para pernóctar aquella noche, ni la tuvo, ni se da jamás, escepto para la asis- tencia de los enfermos. Despues de la reunion de los frailes en sus conventos no habia pernóctado fuera, sino en cumplimiento de su instituto, para el que nunca le habian avisado en casa de la Juana. Desde el día 18 de febrero de 1814, en que se dirigió á casa, de la Josefa, calle de Embajadores, (única vez que llevó el martillo en ocasion de ir á ver, lo que recordaba, y era excepcion de la generalidad con que se habia explicado en esta parte), no le habia dejado para ser- virse de él por si la encontraba con alguno.

«Desde el día 30 de agosto anterior se comprometió á dar á la Pepa quince reales diarios y diez á la Juana, y lo realizó durante dos meses, retirándose despues por espacio de otro, al cabo de cuyo tiempo volvió, no pudiéndose contener. Fuera ya de tal convenio, siem- pre que iba la regalaba algun dinero, previniéndola que de los cincuenta reales, que la solia entregar, die- se veinte á la Juana. Muchas veces la habia amenazado, presente algunas la Juana, que si sabia ó veia que al- gueno se le acercaba la habia de matar.

«Venido á la corte con la pretension de ser cadete, cuando la primera guerra de Francia, le tuvo preso en el vivac la comision de vagos cerca de dos meses, siendo juez al señor Carrasco, y formándosele causa por el trato de otra muger, fué condenado á destierro temporal de la corte. Hizo muchos esfuerzos para rom- per las relaciones con Josefa, dejándola varias veces, primero desde el 18 de diciembre hasta el 29 de enero de aquel año (1813), y despues desde el 5 de abril has- ta el 30 de mayo, día de la desgracia; siempre resuel- to á no verla mas, y siempre sin poder llevar á cabo su propósito.»

#### CONFESION DEL P. JUAN CRISÓSTOMO SAN VITORES.

**Pregunta.** Habeis cometido un enorme atentado; habeis matado por vuestra mano violentamente y con la mayor alevosia á la jóven Josefa Muñoz, desnuda é indefensa, sin haberos hecho daño alguno, ni escita- do vuestra cólera, antes bien procuraba complaceros dejándoos disfrutar de las satisfacciones carnales.

**Respuesta.** Lo reconozco así y lo lloro arrepentido.

**Pregunta.** Las circunstancias que concurren agra- van vuestro delito; durante toda la tarde y parte de la noche tuvisteis este pensamiento; para llevar- le mejor á cabo, estuvisteis mas fino que nunca con la Josefa: regalasteis á todas con comida y bebida abun- dante para evitar ser sentido, y que se os malograra vuestro depravado intento.

**Respuesta.** Reconozco el cargo, y tambien la obli- gacion que tuve de reprimir un movimiento tan des- arreglado de ira.

**Pregunta.** Es mas agravante la circunstancia de haber llevado el martillo tantos meses hacia con el ánimo deliberado de matar á la infeliz Josefa en caso de hallarla con alguno, á lo que se referian las fre- cuentes amenazas que la haciais.

**Respuesta.** Conozco la gravedad del cargo, y por eso aseguro nuevamente que las espresiones de Fr. Isi- doro dichas sin malicia y sin conocimiento del interés que yo tenia con la Josefa, no me sirven de disculpa, pues pude y debí contenerme, como ya he dicho.

**Pregunta.** Son horribles las circunstancias que concurren en el momento de causar la muerte: á sa- ber, el ensayarse con el martillo para asegurar mas la accion: el bajarse de la cama para obrar con mas violencia: el ponerse á escuchar si dormia la gente de la casa; el repetir los golpes de martillo, y no conten- to con ellos, los de navaja, quitándola inhumanamente la vida en medio de sus lamentos y esclama- ciones.

**Respuesta.** De nuevo reconozco la gravedad de es- te cargo, y sus circunstancias agravantes.

**Pregunta.** Se aumenta mas todavía en vista del carácter sacerdotal y religioso que teneis, mas obliga- do por eso á guardar el espíritu de mansedumbre y el de pureza: tuvisteis además en menos el estado de pe- cado mortal, en que cogia á aquella desgraciada jó- ven, cuya situacion debió moveros mas, atendido el instituto que profesais, en que por voto especial estais obligado á socorrer al prójimo en sus necesidades es- pirituales y temporales.

**Respuesta.** Así lo confieso.

**Pregunta.** Habeis traído por mucho tiempo una vida licenciosa y desarreglada, sin embargo de vues- tra profesion religiosa y del escándalo que con ella no podreis menos de haber causado,

**Respuesta.** Durante mi vida religiosa he observa- do una conducta bastante arreglada á mi estado, has- ta que, por mi desgracia, en momentos de desórden que ha traído la revolucion y la salida del claustro, he pa- decido este desconcierto.»

Tomada igualmente confesion á los demás proce- sados, inclusa Antonia Lafacha, madre de la difunta, y completo el sumario, pasó la causa al fiscal, que pi- dió la última pena para San Vitores, la de ocho, cuatro y un año de galera á la Galban, la Lopez, y Lafacha, des- terradas despues á su pueblo, y la libertad á Padrós; y así se estimó desde luego por la sala (á escepcion de lo

propuesto respecto del primero) sin dar traslado á las susodichas que, sin audiencia alguna, comenzaron á cumplir sus condenas.

Entregado el proceso al único que ya compren- dia, le devolvió con escrito, tan poco notable como la acusacion, articulando prueba, reducida á su estado habitual de maniaquismo. Varios testigos depusieron favorablemente, pero el reo desvirtuó completamente sus afirmaciones; y sentó para el informe de los profe- sores del arte de curar que habia solicitado un inequí- voco precedente, respondiendo á sus preguntas que «en efecto habia tenido algunas estravagancias, cual la «de pisar un canto determinado; no sentarse sino en «la silla que se le antojaba, quedándose en pie mien- «tras otro la ocupaba, y corriendo á ella así que que- «dara libre, todo esto en visita; dejar los zapatos en «cierta direccion; vestirse mas de una vez dudando si «deberia comenzar por una ú otra pierna, etc., pero «que ni estas eran manías, ni falta de juicio, sino lo «que propiamente se llama vanas observancias, que «despues habia omitido ilustrado con la edad, y prin- «cipalmente con el estudio de la religion.» Así fué que los tres médicos de cámara á quienes se oyó sobre el par- ticular alegado, unánimemente manifestaron con vista de la causa, que cometió el homicidio alevoso con pre- meditacion, estudio y astucia; con todos los grados de reflexion antes de ejecutarle, y en el acto de su eje- cucion, sin descubrir indicio alguno que revelase sín- tomas de locura ó mania violenta, debiendo estar cuerdo y sereno cuando consumó el atentado.

Resultado de todo, en 17 de junio la sala con remi- sion de la causa informó al rey, ser acreedor el P. San Vitores á sufrir el último suplicio en garrote, atendi- do su estado y carácter, previa su degradacion, y al pago de costas. Así lo estimó S. M. el 18, mandando se pusiese en conocimiento del M. R. cardenal arzobispo de Toledo, á fin de que con la brevedad posible dele- gase su jurisdiccion, potestad y facultades en algu- no de los obispos consagrados á la sazón en Madrid para la degradacion verbal, y real. Comisionado al efecto el R. obispo de Coria, lo fué despues por re- nuncia de este el de Solsona, á quien fué preciso que el soberano, y el tribunal escitasen varias veces para que llenase su deber el 1.º de agosto, dilatando hasta entonces la degradacion é imposicion de penas canó- nicas, y entrega del reo y de la causa, á que acom- pañó testimonio de su sentencia en estos términos:

#### SENTENCIA ECLESIASTICA.

«Por lo que aparece y consta en el expediente de «juicio canónico, con unánime deliberacion, acuerdo «y voto de todos los adjuntos; declaró S. I. por ante «mí el notario: Que debia de condenar y condenaba «al citado P. Juan Crisóstomo San Vitores á que, con- «forme á derecho y sagrados cánones, sea depuesto y «desnudado de los símbolos de todos los órdenes re- «cibidos, del hábito regular de su instituto, privado «del ejercicio de todos aquellos, y degradado, deján- «dole á disposicion de la potestad civil, con testimo- «nio á la letra de esta sentencia y del acto de la de- «gradacion, luego que se verifique, á cuyo fin se re- «serva señalar S. I. día, lugar y hora. Y exhorta con «todas las veras de su corazon á la misma potestad, y «da protesta, que no es su ánimo que este acto se en- «tienda contra el citado reo para proceder á la efu- «sion de sangre ni mutilacion de miembros; antes «bien ruega encarecidamente se le trate con la mayor «caridad usando de misericordia. Y por esta sentencia «definitiva, con condenacion de costas, así lo determinó «y firmó dicho ilustrísimo señor obispo con acuerdo «de todos los señores adjuntos arriba espresados que «igualmente firma, de que yo el notario doy fé.—Ma- «nuel, obispo de Solsona, etc.»

Trasladado sin demora á la cárcel pública, le fué notificada el 2 la de muerte, que sufrió el 4 con sere- nidad, auxiliándose desde que entró en capilla, y ha- blando con entereza y arrepentimiento al pueblo in- menso que le rodeaba.

A muchas é importantes consideraciones dá lugar esta causa, hijas unas de sus vicios y nulidades, relati- vas otras á la persona del clérigo menor que se aban- donó á su lubricidad y lascivia; á quien ningún mi- ramiento contuvo para saciar su brutal venganza.

¿Qué diremos de la condena impuesta por la sala á las tres procesadas sin audiencia, qué de haber desenti- mado la prueba que propuso el defensor del agoniz- tante para ser practicada en Almodovar del Campo, pueblo de su naturaleza: qué, por fin, de haber casti- gado al niño Silverio Lopez!... Falta calma para re- flexionar tranquilos sobre estos actos de tribunal tan elevado. Prescindiendo del informe favorable del al- calde de barrio, de lo que dijo Padrós en abono de doña Juana y la Facunda; aun cuando fuese su casa de prostitucion, y la madre de la víctima con- sentidora de la de su hija, todas por falta de recursos para subsistir, ¿no merecia escucharlas la gravedad de la pena que pretendió el fiscal?... Pero algun motivo grave tendria la sala para arrojarle á tamaña arbitrariedad. Vemos la consulta que hizo al rey, y en ella el fundamento de haber condenado sin oír á las encausadas. «Seguido y sustanciado de oficio el pro- ceso en union con el ordinario eclesiástico conforme á las leyes, recibida confesion á los reos, ratificados los testigos, y propuesta la acusacion, creyó la sala con- veniente al mas rápido curso y conclusion recomen- dada, desembarazarse de las implicaciones que nece- sariamente habia de ofrecer la complicidad, si bien in-

directa, de los cinco últimos reos, y hallándola justifi- cada, condenó por su acuerdo,» etc. Esto dice la sala, esto dijo treinta y cuatro años ha uno de los primeros tribunales de la nacion, y quedó muy satisfecha, y pa- só sin oposicion ni aun censura. ¡Tan encarnados es- taban en todos los hábitos del despotismo!

¿Y por qué desechó la prueba indicada? «Por qué la distancia la hacia incompatible con la celeridad tan recomendada en el negocio, y por que refiriéndose á la juventud del reo, era inconducente.» Por abreviar de- bió, ya que profesaba doctrina tan inculcable, sen- tenciarse así que declaró. ¡Y la sala de alcaldes de Casa y Corte sacrificaba á la celeridad la defensa de los reos!... y calificaba de inconducente la prueba de mo- nomanía en el delito que se perseguia!

Pero hay mas, para escándalo de todos: «Y por lo que mira al impúbere Silverio Lopez (de 8 años) hijo de la Juana Lopez, para que no imite á sus socios, quedando sin amparo ni educacion, que se le destine con este objeto, y por via de pena, al real hospicio,» etc. Esto dijo el fiscal, cuyo nombre calláramos, y el de los alcaldes, si nos fuese conocido, por lo que daña á su reputacion en todos conceptos esta causa. No se administra hoy justicia recta y pronta; y es mu- cho todavía lo que hay por hacer para conseguirlo, pero ni se condena sin defensa, ni esta se coarta, ni se pena ni se infama á un niño inocente.

Respecto al asesino, hipócrita debió ser, si se atien- de á la completa discordancia de lo que de él dijo su prefecto, con sus antecedentes. Digno de su confianza por su vida irreprochable, edificante en la asistencia y consuelo de los moribundos y ajusticiados, religioso ejemplar, llamado el santo por los habitantes de Santa Cruz de Mudela; hasta aquí el prefecto; pero acreditó la causa su conducta licenciosa, y su perversidad desde niño. Entretuvo su juventud en cazar pájaros, poner- los en capilla, auxiliárelos, y ahorcarles en la que habia hecho al efecto, figurando despues su entierro: fre- cuentando ya sacerdote y durante muchos años las casas de disolucion, y refiriendo á su amigo el recoleto con cínica desenvoltura mil y mil casos de impureza, induce á creer que no fueron menos corrompidos sus anteriores años. ¡Y fué el santo de Mudela quien en la noche del 30 de mayo quitó á las mugeres la labor haciéndolas bailar, á pretexto de ser día de San Fernan- do, y ser preciso emborracharse! ¡Qué idea tendria de la decencia clerical el ministro del Altísimo que en vez de retirarse al convento se acostaba con una muger á vista de otras!... ¡Qué corazon el suyo sediento to- davía de la sangre de su amigo y de las de la casa re- creándose en referir los mas minuciosos detalles de su no provocada venganza!

No merecian, por cierto, estos hechos consignados en la causa, la culpable demora en la degradacion. La sentencia acordada á los quince días, y aprobada al diez y siete, no pudo ejecutarse hasta mes y medio despues por el deseo en el estado eclesiástico de li- bertar al asesino. Todo el poder del rey en aquel tiempo fué menester para que no quedase impune. No se habria dado á esto lugar si se hubiera prescindido de la sentencia y ceremonia de degradacion con- forme al derecho canónico. La doctrina de que el clé- rigo que delinque queda *ipso jure* degradado, se in- dicó únicamente por el fiscal, sin atreverse ni á sos- tenerla ni á esplanarla en aquella época de reaccion y prepotencia sacerdotal. Si no fuese ya demasiado estenso este artículo, haríamos la historia de esta exencion, opuesta á la justicia y conveniencia pública, contraria tambien á la voluntad de Jesucristo que se sometió obediente á la autoridad de Pilatos.

Declarada por la ley fundamental del estado la uni- dad de fuero para todos los españoles, tiempo era de la aplicacion de tan saludable principio, previniendo así todo conflicto y obstáculo á la administracion de justicia, sin la que ni puede concebirse la libertad y prosperidad de un pueblo.

NARD.

#### Noticias judiciales.

**NUOVO CRIMEN.** En la mañana del 15 del actual, co- mo á la hora de las seis, se encontró en la calle de San- ta Ana el cadáver de un hombre, que al parecer habia sido asesinado hacia muy poco tiempo. Estaba vesti- do con chaqueta redonda, pantalon azul, chaleco de terciopelo y faja de seda encarnada. Segun todas las apariencias, este asesinato se habia cometido en el cuarto principal de la casa á cuya puerta estaba colo- cado el cadáver, y se cree que los perpetradores de tan horroroso atentado le hubieron puesto en dicho si- tío con objeto, sin duda, de desorientar á las autori- dades que tomasen parte en la averiguacion de tan tremendo crimen. El muerto se llamaba Zapata, y hay la fatal coincidencia de que hace un año un hermano suyo, segun recordarán nuestros lectores, fué asesina- do en la calle de la Redondilla. Cinco, segun unos, y nueve segun otros, son los sujetos á quienes se su- pone autores de la muerte del desgraciado Zapata, y ya se encuentran en la cárcel á disposicion del juzga- do á quien corresponde entender en esta causa.

**CAUSA CÉLEBRE EN GRADO DE APELACION.** En la sala primera de esta audiencia ha llamado la atencion la causa seguida en el juzgado de primera instancia de Madridejos contra Juan Abujetas, Blas García Mi- guel, Antolin Ortega, Manuel Tapial, Isaac Mayorga y Esteban Navarro, procesados como autores y cóm-



plices en el asesinato y robo cometido en la persona y casa del presbítero don Domingo Laguna, anciano respetable y persona apreciada de todo el pueblo de Madridejos.

Segun lo que del relato hemos oido, los cuatro primeros entraron á las ocho de la noche del 12 de setiembre próximo pasado en la cocina de la casa del infortunado Laguna, que se hallaba en compañía de su criada, y tapando á ambos con mantas, uno de los procesados le apretó la garganta, concluyendo por llevarle á la cueva de la casa, donde se le encontró muerto por asfixia ó sofocación. Cometido este horroroso asesinato, verificaron el robo descerrajando cajones, levantando baldosas y haciendo cuanto les sugirió el pensamiento, para apoderarse del dinero que suponían á Laguna. Desde luego apareció que los criados del mismo, que lo eran Isaac Mayorga y Esteban Navarro, estaban complicados en el doble delito, en cuya ejecución habían tenido una participacion directa, dando noticias, avistándose con los demás culpables, instándoles con frecuencia á la ejecución del crimen, y exigiendo de ellos que los dejaran maniatados en la cuadra para ocultar así su delincuencia.

Los defensores de los procesados ocuparon el primer día con sus respectivas defensas. Todos cumplieron con su deber, y todos hicieron cuanto les fué posible; pero llamó la atención el antiguo abogado don Leon del Valle. En mejor causa hubieran sido recompensados debidamente los esfuerzos y conocimientos jurídicos de que dió una prueba en la defensa de Juan Abujetas. También fué oído con atención por la sala y el numeroso concurso el joven abogado don Pablo Abejon, que en un discurso feliz defendió con calor y energía á sus clientes los criados Mayorga y Navarro.

Al día siguiente el señor fiscal La-Hoz pronunció un discurso de acusación, lógico y enérgico. Se ha pedido por el fiscal de S. M. la confirmación del definitivo apelado respecto á los cuatro primeros procesados, y la revocación respecto á los dos últimos, ó sea á los criados, imponiéndose por consiguiente, la pena de muerte á Abujetas, García Miguel y Ortega, y la de cadena perpetua con argolla á Tapial, Mayorga y Navarro.

Aun no se sabe el fallo de la sala, que comunicaremos á nuestros lectores cuando nos sea conocido.

Escriben de Priego, provincia de Córdoba, con fecha 9 del corriente, lo que sigue:

«Ayer 8 sufrieron la última pena en garrote en esta villa Domingo Calzada, Antonio Camacho é Isidoro Gavilan, por robo y muerte causada á unos arrieros de la inmediata poblacion de Zagra, en el sitio del Cubillo ó Safado, de este término. A los 22 días de perpetrado el crimen se ha verificado la ejecución por la actividad y celo de este juez de primera instancia, don Manuel Casas. Los reos fueron desde la capilla, por su pié, al cadalso, y manifestaron un valor y presencia de ánimo extraordinarios, tanto que los tres pidieron hablar en el patíbulo: dos de ellos dijeron solo que rezasen unas salves y credos por su alma; pero el Antonio Camacho, pocos momentos antes de salir de la capilla, escribió una manifestacion, toda de su letra la cual fué leída con voz firme y sonora en el cadalso.

## SEMANA CIENTIFICA.

### Viages.—Normandía.

#### IGLESIA DE SAN MACLOU EN ROUEN.

Esta ciudad, ya se la considere con relacion á su poblacion, ya con relacion á la importancia de su industria, es una de las principales de Francia. Situada en la margen derecha del Sena, aparece en el declive de una llanura, rodeada de risueñas colinas; se presenta con cierto carácter de grandeza, cuya frescura y gracias en los paisajes proporcionan un encanto particular.

Al llegar á ella desde París, se pasa antes de entrar, por el pié de un promontorio cubierto de yerbas, llamado la montaña de Santa Catalina, y hace un

ron una porcion de monumentos góticos, que despues han desaparecido, ó se han modificado ó reemplazado con otros. De todo cuanto el celo religioso de las poblaciones hizo surgir del suelo no queda mas que la catedral, la iglesia de San Ouen, una de las maravillas del arte gótico, las de San Maclou y de San Gervasio, y el palacio de Justicia. Pero llamaremos con especialidad la atencion de nuestros lectores hacia los edificios de San Maclou y el palacio de Justicia por ser el objeto principal de nuestro escrito, y porque sobre estas obras contamos con mejores datos para analizarlas, si bien vamos á entrar antes en algunas consideraciones acerca de la arquitectura de esta época.

El siglo XVI fué para la arquitectura una época de transicion, en la que los artistas, abandonando poco á poco el estilo gótico, volvieron á las tradiciones del arte griego; por esto se da á esta revolucion el nombre de *renacimiento*. La imaginacion de los arquitectos comenzaba entonces á fatigarse; las mas variadas esculturas, las formas mas fantásticas, los dibujos mas

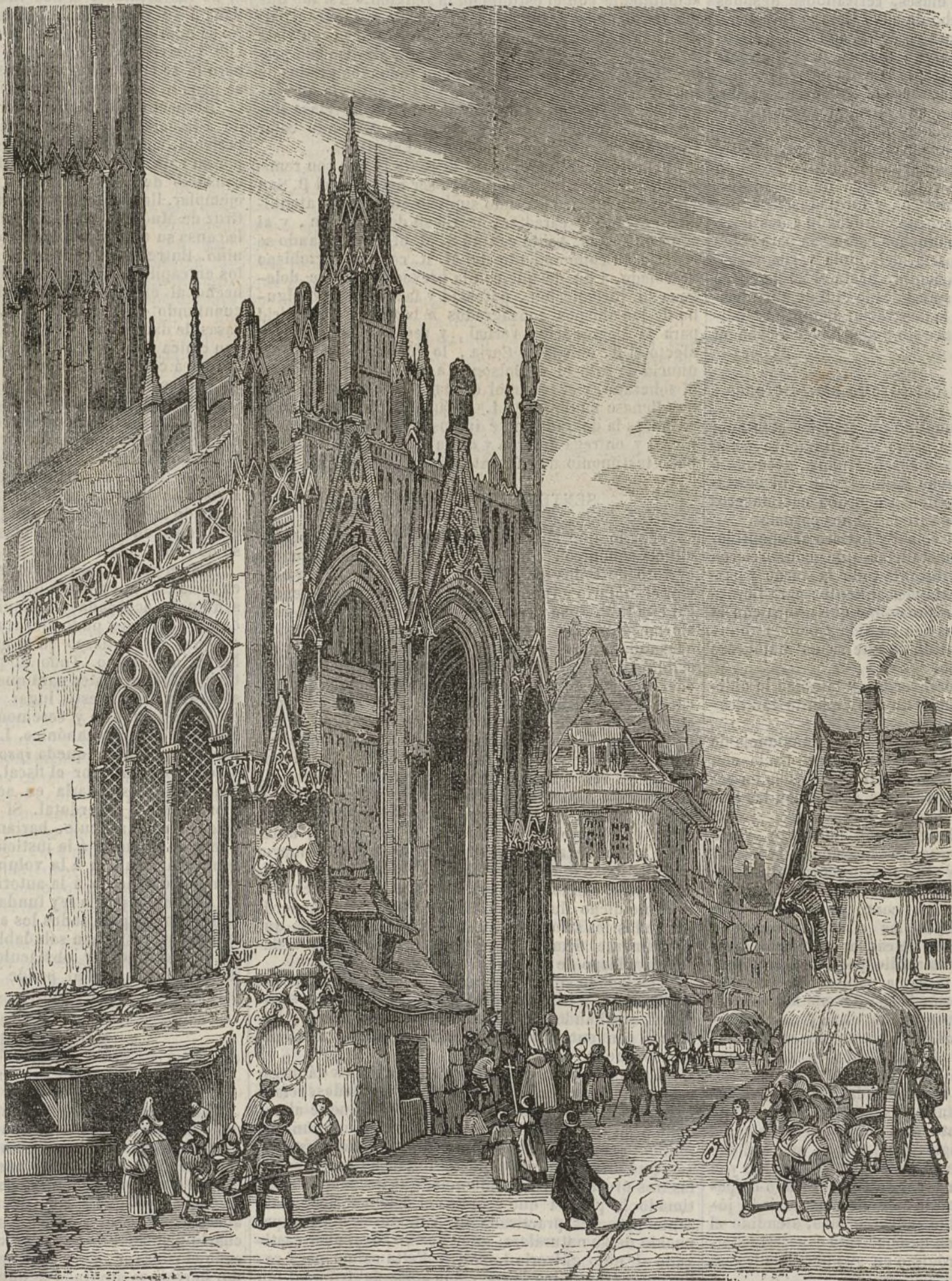
estravagantes, y los adornos mas caprichosos se multiplicaron con esceso, y muchas veces hasta á costa del buen gusto, y se habia llegado al punto donde el talento, fatigado con sus descubrimientos pasados, se encontró impotente para hacer cosas nuevas, y en la necesidad de tomar algun descanso. La arquitectura griega fué hasta cierto punto el refugio de los artistas; guiados por los grandes modelos de la antigüedad, conducidos por principios seguros, invariables y consagrados por los siglos, se sintieron menos embrazados, y se entregaron con ardor á un género olvidado durante mucho tiempo, y que les ofrecia todos los atractivos de la novedad. Su celo se reanimó, y la arquitectura volvió á tomar su antiguo vuelo, y por eso encontramos en la mayor parte de los monumentos de este siglo, una vida, un fuego que no es fácil hallar en las obras puramente de imitacion, y que buscamos en vano en las obras posteriores. Esto ha hecho decir á uno de nuestros mas elocuentes escritores del siglo pasado: «La arquitectura del siglo XVI pasó desde las brillantes temeridades del estilo gótico á las gracias clásicas del renacimiento, hijo ingenioso de la antigüedad, cuyas risueñas bellezas rivalizan á menudo con las de su madre.»

Sin embargo, la transicion no se verificó bruscamente: por eso el capitel corintio ó dórico no destronó enteramente la ogiva; hubo primero una especie de fusion de ambos géneros, y no es raro hallar en los monumentos de aquella época las recordaduras, las caladuras, los losanges y los rosetones góticos, unidos y mezclados con los triglifos, y todos aquellos adornos

tan puros y tan simétricos de los monumentos de la Grecia.

Entre las construcciones que presentan esta mezcla de arquitectura, y que á este título son dignas de toda la atencion de los artistas y de los historiadores, citaremos particularmente la bella iglesia de San Maclou, en Rouen.

San Maclou es notable por la estension y la bella proporcion de su masa imponente, y mas todavía acaso por el encanto seductor de sus detalles. Las esculturas mas insignificantes tienen un precio infinito. Allí se admiran con especialidad varias puertas de un trabajo delicado á la vez que rico, y que han merecido el honor de ser atribuidas al célebre Juan Goujon.



Vista exterior de la iglesia de San Maclou.

gran papel en la historia de aquel país. Rouen nos hace recordar una ciudad de los tiempos medios con sus altas y antiguas casas de madera y piedra, las unas sobre las otras, separadas por calles estrechas, tortuosas, sucias, y que cansan al que las anda en razon á su mucha pendiente, y de lo molesto y detestable del pavimento.

No sucede lo mismo con la calle del Puente Grande y la gran plaza, donde se vé el ayuntamiento y San Ouen, pues es preciso rendir un merecido homenaje al celo que preside al embellecimiento de la metrópoli de Normandía.

Desde el instante en que Rouen tuvo alguna importancia, y durante su acrecentamiento, se edificaron



Pero lo que es superior á todos los elogios, y lo que ninguna espresion es bastante á calificar, es el efecto, hasta cierto punto mágico, de la soberbia escalera que conduce al órgano. Es imposible ver nada mas delicioso que aquel lujo de ornamentos, dibujados y esculpidos con una pureza inconcebible. Puede citarse este trozo como la obra maestra, como el tipo ideal, por decirlo así, de la arquitectura gótica.

San Maclou proporciona además un nuevo encanto con los magníficos vidrios, que prestan una luz misteriosa á sus solemnidades religiosas. Todo en fin en este recinto convida á la oracion y al recogimiento.

Pero volvamos la vista hacia el palacio de Justicia. —A fines del siglo XII, los judíos expulsados de Rouen abandonaron un vasto recinto que ha conservado su nombre: este recinto formó entonces parte del dominio del estado; á principios del siglo XV se hizo de él un mercado; y mas tarde los comerciantes de Rouen, ya famosos por su número y sus riquezas, tomaron la costumbre de reunirse para hablar de los asuntos del comercio en la iglesia de Nuestra Señora, y no es difícil concebir cómo estas reuniones deteriorarian el asilo de los fieles, y por eso estos escándalos no dejaron de despertar la atencion de las autoridades. Se dispuso en su consecuencia la construccion de un gran salon que sirviese de bolsa, en 1493, bajo el reinado de Carlos VIII, y tal fué el destino primitivo de este hermoso salon, que terminado en 1499 debía bien pronto cambiar de nombre y de empleo.

En la misma época, Luis XII, queriendo aumentar la importancia de los cuerpos judiciales, decidió que los delinquentes fuesen conducidos delante de los tribunales, y que los jueces no se dirigiesen ya como en otro tiempo al sitio del crimen, procedimiento que quitaba toda apariencia de dignidad á los representantes de las leyes. Segun las voluntades del rey, el gran salon del castillo de Rouen fué designado para tribunal del *Echiquier*, especie de asamblea de pares compuesta de personas ricas y poderosas. Asignóle Luis XII una residencia fija, proporcionándole al mismo tiempo un local digno, y mandó construir un vasto edificio inmediato á aquel hermoso salon edificado por su predecesor, y en 1505, la corte del *Echiquier* celebró allí su primera sesion.

Este monumento, de estilo gótico y de una ejecución atrevida, merece la atencion de los aficionados á este género de arquitectura. En 1513, Francisco I subió al trono, y conservando la institucion fundada por Luis XII, cambió el nombre de tribunal del *Echiquier* en el de Parlamento, y entonces por la primera vez, fué pronunciado el nombre de aquella corte del Parlamento, que debía subsistir cerca de tres siglos para suprimirse en la época de la revolucion.

La sala principal de esta fábrica, una de las mas

Jouvenet, cuya preciosidad ha desaparecido hace algunos años por la súbita caída del techo, cuyo acon-

paseos, sitios donde la belleza de la naturaleza se une con los recuerdos de la historia; y terminaremos



Vista del Palacio de Justicia, en Rouen.

tecimiento no costó la vida á nadie; pero que dejará siempre á los franceses con el sentimiento de haber visto perecer la obra maestra de uno de los pintores que mas han honrado á la Francia.

Rouen es sede de un arzobispado que tiene por sufragáneos á los obispos de Bayeux, Coutances, Evreux y Seez; tiene un consistorio protestante, una corte real, juzgados de primera instancia y un tribunal de comercio. Esta ciudad posee además siete iglesias parroquiales, una consistorial, una sinagoga, dos seminarios, una academia universitaria, otra secundaria de medicina, un colegio real, dos bibliotecas, academias de dibujo, de pintura y de navegacion, numerosas escuelas de instruccion primaria, un jardin botánico, una sociedad central de agricultura, una sociedad libre de emulacion, una de ellas destinada al progreso del comercio y de la industria, tres cuarteles una casa de refugio y un hospital general.

La industria manufacturera ha tomado en Rouen un prodigioso desarrollo, y esta ciudad es hoy conocida en el mundo entero por sus tegidos de algodón. Los dulces que se preparan en Rouen son muy estimados en todos los puntos de Francia, y especialmente su azúcar de manzana goza de una grande y extraordinaria reputacion. El comercio es proporcionado á las necesidades de esta industria.

El primer obispo de Rouen fué San Mellon, que vino á predicar el cristianismo hacia el año 260, y los hombres que han ilustreado esta sede son: San Roman, San Ouen, Francon y Carlos de Borbon, á quien coronó la liga bajo el nombre de Carlos X. Se supone que Rouen era de poca importancia en tiempo de la llegada de los romanos á las Galias, puesto que no hace gran papel en la historia de esta conquista, pero la historia de Rouen, por otra parte, se une intimamente con la de la Normandía, de la cual era capital.

A la cabeza de los hombres ilustres que ha dado Rouen, aparecen el gran Corneille, Fontenelle y Jouvenet; pueden además citarse á los poetas Benserade y Aicher; Blondel, el arquitecto de las puertas de San Dionisio y San Martin en París; los sabios jesuitas Brumoy y Sana-don, el jurisconsulto Basnage; el pintor Restout; Cuvelier de la Salle, que descubrió la Luisiana; el viajero Pablo Lucas

y al príncipe de Beaumont, autor de obras recreativas para la juventud.

Las cercanías de Rouen ofrecen bonitos y vistosos

diciendo, que la ciudad de Rouen está situada á treinta leguas de Paris por 49° 26' 27" de latitud norte, y 1° 14' 16" de longitud este.

B. \*\*\*

## SEMANA MOSAICO.

### El bosque de las Ardenas.

Hace treinta y cinco ó cuarenta años, que el bosque de las Ardenas en Francia habia adquirido una terrible celebridad; sucedíanse en él los crímenes de una manera aterradora: viajeros de todas edades y condiciones que se sabia que habian penetrado en él no habian salido, ó por lo menos no parecían. El gobierno mandó hacer averiguaciones, prometió recompensas, empleó todos los medios posibles para encontrar las victimas, ó descubrir el modo extraordinario con que habian sucumbido. Pero los esfuerzos de la policia, de los gendarmes y aun de las fuerzas militares organizadas á efecto, fueron igualmente inútiles: en vano se recorrieron y reconocieron algunas leguas de territorio en derredor del supuesto teatro de los crímenes. El velo que encubria aquellos misterios fué por largo tiempo impenetrable.

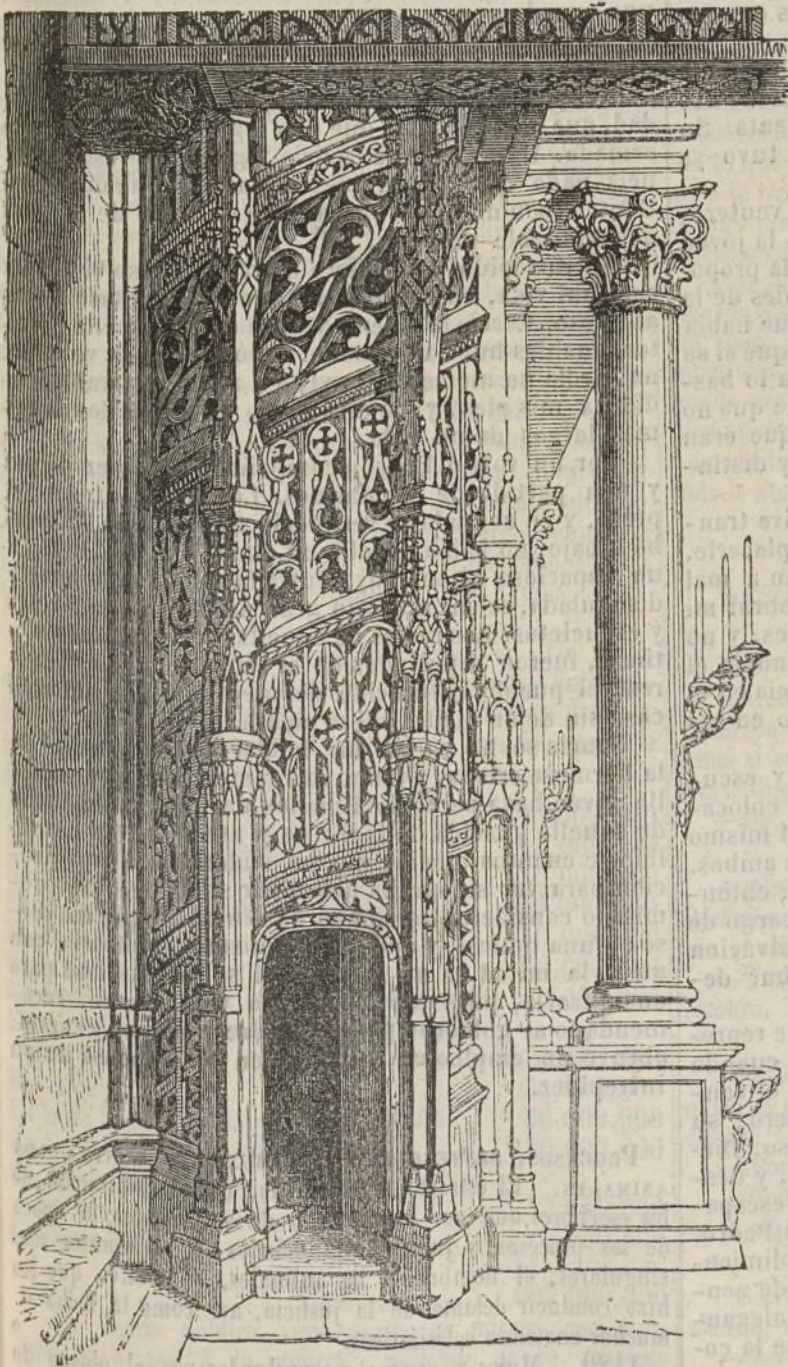
Mi padre, rico comerciante de París, me llamó un día á su gabinete, y me previno me preparase para partir á la mañana siguiente para un negocio relativo á nuestro comercio: debía dirigirme al norte de la Francia, y mi encargo, aunque importante, no exigia que tomase la posta: mi padre me permitió hacer el viaje á caballo, que era lo que mas me acomodaba, así es que no perdí tiempo en mis preparativos.

Mi itinerario estaba trazado de modo que tenia que atravesar una gran parte del temible bosque; pero á la edad de veinte y dos años no se temen los peligros: la idea de las aventuras lisongeaba en extremo mi juvenil imaginacion.

Al día siguiente por la mañana, mi padre me entregó un paquete sellado, dirigido á su corresponsal y además una carta para el general M..., uno de sus amigos de colegio.

—La última vez que le vi, me dijo, eras todavía niño, pero es tu padrino, y te prometo desde luego un cordial recibimiento. La quinta de mi amigo está situada una legua mas acá del bosque: te encomiendo á sus cuidados: que Dios te conceda un viaje feliz.

El sentimiento que esperímenté al dejar á mis padres, se disipó bien pronto ante la perspectiva de las novelescas aventuras que esperaba encontrar. Montando en un caballo normando joven y fogoso, con dos buenas pistolas en los arzones, y mucho dinero en mi maleta, me creia en estado de arrostrar todos los peligros de un viaje. Al cabo de algunos días, llegué á la



Vista de la escalera que conduce al órgano.

bellas y mas espaciosas de Europa, tiene setenta pies de longitud y cincuenta de latitud. En este hermoso salon se veia una soberbia techumbre pintada por Juan



casa de mi padrino. Entregué la carta de mi padre á un criado, y no tuve que aguardar largo tiempo. El venerable propietario se apresuró á salirme al encuentro, y me recibió como á su propio hijo.

Durante la comida, que me hizo servir al punto, le expliqué el objeto de mi viaje, y le manifesté mi intención de continuar la marcha dentro de dos ó tres horas, tiempo suficiente para que descansase mi caballo. Pero el general no quiso conformarse, y encontrándome mas obstinado de lo que esperaba, me dió á entender que en aquella resolución habia algo mas que temeridad, porque era ya medio día, y no podia llegar al bosque hasta el anocheecer.

—Bien sabes, mi querido ahijado, me dijo, que aun los mas intrépidos jamás se aventuran á pasar las Ardenas en semejante hora: debo, pues, interponer mi autoridad, y obrando en nombre de tu padre, insisto en que pases por lo menos esta noche bajo mi techo. Si estás resuelto á dejarme tan bruscamente, mañana puedes emprender tu marcha á la hora que mas te convenga.

—Cedí á sus amistosas instancias, y cuando nos separamos por la noche le anuncié que partiría al rayar el día.

La mañana siguiente bien temprano, me dirigí sin hacer ruido á la cuadra. Estaba ensillando mi caballo, cuando sentí que me daban un golpecito en la espalda: era mi vigilante patron que me dijo:

—Ya ves, que un soldado viejo es tan madrugador como un viajero novel, presumia que me querrias ganar la mano; pero amigo mio, no pienses en que te deje atravesar solo el bosque: un antiguo y fiel criado te acompañará hasta que estés libre de todo peligro: ya le he dado mis instrucciones, y ahora se encuentra en la cocina preparándote una taza de café que tomarás antes de partir.

—Me conformé con aquellas disposiciones y despidiéndome del digno general, acepté con reconocimiento el afectuoso testimonio de los votos que formaba por mi feliz viaje, y apretándole con efusion la mano, salí de la quinta acompañado de Pedro.

Cuando estuvimos cerca del bosque, examiné el cebo de mis pistolas, y Pedro hizo otro tanto con el formidable par que le habia entregado su amo. No tardamos en llegar al bosque, y no negaré, que durante la primera media legua no estaba muy tranquilo, y procuré ocultar mi emocion á mi compañero, por medio de una conversacion animada; fui cobrando ánimo á medida que avanzábamos, y llegué á creer que los peligros de aquellos sitios eran muy exagerados. Sin embargo, no pasábamos junto á un árbol frondoso ó un zarzal espeso, sin mirar con precaucion, prontos á hacer fuego con las pistolas que llevábamos en la mano. Nuestro sombrío viaje no fué interrumpido, y al cabo de una hora pasamos el bosque sanos y salvos.

En cuanto estuvimos en la carretera no pude menos de decir:

—Y bien, Pedro, no nos han comido, como nos habian querido persuadir; ahora me parece que ya estamos seguros.

—No es eso tan cierto, replicó, todavía podemos tener malos encuentros.

Le dirigí algunas chanzonetas por sus temores, y sacando mi caballo al galope, le dije que me siguiese. A un cuarto de legua del bosque, en una vuelta que hace el camino, encontramos un ventorrillo, que prometia mas en la apariencia que la mayor parte de los que se ven en otras carreteras. No me disgustó que se me presentase aquella ocasion de descansar un poco y tomar algun refrigerio.

En cuanto llegamos á la entrada principal, echamos pie á tierra, y un muchachuelo nos condujo á la cuadra por otra puerta. Mientras Pedro cuidaba los caballos, me preparaba yo á entrar por la puerta que daba al camino, cuando me llamó la atencion una jóven de extraordinaria belleza, que me estaba mirando desde un balcon de madera, que comunicaba por medio de una escalera con el patio en donde yo me hallaba. Adelantándose hácia la estremidad de aquel balcon, me dijo con la voz mas dulce:

—Por aquí, caballero, si gustais.

Subí rápidamente, y me condujo á una pieza medianamente amueblada, que me designó como el comedor.

Desde tiempo inmemorial, los viajeros de todos los paises tienen el privilegio de permitirse familiaridades con las criadas de las posadas. Jamás he sido indiferente á los atractivos del bello sexo; pero aun cuando hubiese sido menos impresionable, me habria abandonado toda mi razon en presencia de aquella encantadora jóven. Ni antes ni despues he visto muger mas hermosa. Habia en sus facciones una tan admirable perfeccion, y en su fisonomia tanta nobleza y finura, que me quedé estasiado. A estas dotes, tan raras en su humilde condicion, reunia una gracia y una figura fascinadoras. Con solo una mirada quedé perdidamente enamorado. Con gran sorpresa mia, se alejó de mí, y rechazó mis caricias con un aire tan digno y tan resuelto, que por un momento perdí mi serenidad. Recobrado ya de aquel revés, volví á comenzar el ataque; pero el tono y los modales de aquella jóven eran tan decididos, y su aspecto tan firme, noble é imponente, que me hacia representar un papel ridículo. No habia ni gazmoñeria ni cólera en su conducta; parecia mas bien que me miraba con cierto disgusto mezclado de compasion. Sorprendido y humillado la dije con un poco de acrimonia:

—¿Por qué me rechazais con tanta dureza, señorita? No seré ciertamente el primer jóven á quien haya seducido vuestra belleza, ni he dicho nada que otros sin duda no hayan dicho antes que yo; ¿mas parece que sufrís y os entristeceis?

Dirigióme entonces una mirada cuya estraña impresion siento todavía.

—Si, me dijo, sufro, soy muy desgraciada, y vos lo seriais tambien si supiérais la suerte que os espera.

—¿Y qué tengo que temer? contesté con aire incrédulo, pensando que se burlaba de mí.

—No os quedan mas que tres horas de vida. Caballero, respondió con voz baja y siniestra; no sé lo que me impele á pesar mio á revelaros este horroroso misterio, pero no puedo callar. Sin embargo, la fuga es imposible; dentro de tres horas habreis participado de la suerte de las numerosas víctimas que han entrado en esta habitacion.

—Eso es un cuento que forjais para asustarme; sin duda teneis algun amorcillo por allá abajo, y quereis desambarazaros de mis importunidades.

—Dios es testigo de que os he dicho la verdad..... pero escuchad....

Al decir estas palabras se dirigió á la puerta y luego al corredor, para ver si alguien podia escucharnos. Satisfecha sobre este punto, volvió á cerrar la puerta, y acercándose á mí con los ojos llenos de lágrimas...

—Mirad, me dijo, enseñándome el pavimento: ¿veis esa arena? ¿La habeis visto nunca en un comedor, y especialmente en un piso principal? ¡Ay! ¡Cuánta sangre se ha embebido en ese suelo!... Habeis pedido de comer y se está preparando allá abajo. Algunos minutos antes de que esté todo pronto, vereis entrar en el patio tres oficiales á caballo con uniforme de la guardia imperial; llamarán al patron, pedirán de comer, vino de Champaña y otras cosas. El ventero mismo vendrá á anunciaros la llegada de estos distinguidos huéspedes; os suplicará que en circunstancia tan imprevista, permitais que aquellos tres personajes partan vuestra comida, bajo pretexto de que la que ha preparado, aunque suficiente para cinco personas reunidas en una misma mesa, no lo seria si hubiese de colocarse en dos mesas separadas: *consentireis*: la negativa solo serviria para acelerar vuestra muerte. Consintiendo ganais tiempo, y Dios quiera que con vuestro criado podais desconcertar los proyectos de los asesinos.

Estaba petrificado y tardé algun tiempo en volver en mí: rogué á aquella escelente jóven que hiciese venir á mi criado, en cuanto la fuese dable ejecutarlo sin infundir sospechas. Hízolo así, y repetí palabra por palabra á Pedro, cuanto me habia dicho. Al principio no queria creerme, pero los pormenores que yo le di le pusieron pensativo.

—Por precaucion, dijo, voy á la cuadra bajo pretexto de ver los caballos, y traeré nuestras pistolas que me es fácil esconder en los bolsillos.

Apenas estaba de vuelta, cuando oimos pisadas de caballos, y tres oficiales vestidos como la jóven me habia anunciado, entraron en el patio de la venta. Su relacion se confirmaba hasta allí, y Pedro no tuvo ya duda alguna.

Al cabo de algunos minutos se presentó el ventero, cuya figura era de las mas hipócritas. Como la jóven me lo habia dicho, principió escusándose por la proposicion que venia á hacerme, de que tres oficiales de la guardia imperial, comiesen conmigo. Dijo, que habia comida abundante para cinco personas, pero que si se servia en dos mesas separadas, apenas habria lo bastante para cada una. Concluyó asegurándome que no me pesaria la compañía de aquellos señores, que eran oficiales de graduacion, de buen tono y muy distinguidos.

Tomando en cuanto me fué posible un aire tranquilo, le contesté que no deseaba mas que complacerle.

—Solo, añadió, que esos señores no llevarán á mal que mi criado coma á la mesa. Viajo por recobrar mi salud, estoy espuesto á frecuentes convulsiones, y no puedo carecer de su presencia. Fingiéndome no notar el efecto que aquel inesperado incidente producía en el miserable, le dejé marchar, y entrando Pedro en seguida, me dió mis pistolas y me dijo:

—Vamos, señor, yo he formado ya mi plan, y escuchad lo que es preciso hacer. En frente de vos, colocareis uno de esos bandidos, y los otros dos en el mismo lado de la mesa: yo me pondré en frente de ambos. Cuando se sirvan los postres, tomaré un vaso: entonces tirais al que teneis enfrente, y yo me encargo de los otros. Sobre todo, no le erreis, nuestra salvacion depende de vuestra serenidad. Jugamos un albur desesperado, solo el valor nos puede salvar....

Prometí al fiel Pedro ayudarle bien, y ya me representaba la sangrienta escena que se preparaba cuando los supuestos oficiales fueron introducidos por el ventero. Iban bien puestos, pero con afectado esmero: su lenguaje era un poco libre, pero no indecoroso. Diéronme gracias por el honor que les dispensaba, y desempeñaron perfectamente su papel. No se me escaparon las miradas que cambiaron entre sí al ver á Pedro. Así es que cuando concluyeron la serie de cumplimientos, me escusé de la necesidad en que me veia de sentar á mi criado á mi misma mesa, y á su lado, alegando la razon que habia dado al ventero. Sirvióse la comida y me parecia que cada bocado iba á ahogarme: mis comensales advirtieron mi poco apetito, pero lo atribuí á mi falta de salud. Los bandidos comieron, bebieron, rieron y hablaron de la manera mas satisfactoria.

La comida estaba ya concluyéndose, y la jóven que nos servia acababa de llevarse los platos, cuando uno de los malhechores que se hallaba en frente de Pedro, aparentó buscar alguna cosa...

—Bien, dijo, no tengo aqui mi caja: y dirigiéndose á Pedro, añadió: querriais, amigo mio, hacerme el favor de bajar por ella: encima de la mesa de la cocina vereis una caja de oro: es la mia que me la he dejado olvidada ahora mismo; subídmela.

Pedro, sin moverse de su asiento, contestó tranquilamente que no ejecutaba nunca mas que las órdenes que recibia de su amo. Desconcertado con aquella respuesta, y mordiéndose los labios de despecho, el bandido se volvió hácia mí y me suplicó políticamente que me sirviese dar á mi criado aquella comision. Felizmente la hermosa criada entró en aquel momento trayendo un queso y frutas. Hice entonces al oficial la observacion de que ella podia traerle su caja, y en efecto se lo mandó así, pero al poco tiempo volvió diciéndome que abajo no habia ninguna caja.

—No importa, dijo el bandido, traednos Champaña.

Mientras iba por el vino, el otro oficial colocado á mi derecha, advirtió que no tenia el pañuelo, y mandó bruscamente á Pedro que fuese á buscarle á la sala. El intrépido criado contestó como la vez primera, añadió que la criada iba á subir y podria hacerlo. Llegó efectivamente el Champaña, y aun no se habia desatado la botella, cuando por casualidad se encontró el pañuelo debajo de la mesa.

La jóven salió de la habitacion en aquel momento. Jamás olvidaré la mirada que me dirigió al cerrar la puerta. Parecia que me decia: vuestra hora ha llegado; no nos volveremos á ver mas.

Pasóse la botella á la redonda; cuando le tocó á Pedro el turno de servirse, me miró y sus ojos me anunciaron que ya era tiempo de obrar. Llevó el vaso á sus labios y poniéndole de repente sobre la mesa, me dijo:

—¿Estais malo, señor?

—No, respondí yo.... Sabia muy bien lo que queria, pero me faltaban las fuerzas. En seguida añadió...

—Mi amo necesita un cordial; y metiendo la mano en los bolsillos sacó de ellos sus pistolas, apuntó sucesivamente y con la mayor rapidez á los oficiales que estaban enfrente de él, y les envió á cada uno una bala al corazón. Despues, avanzándose al tercero como un tigre, le derribó al suelo, le agarró por la garganta, y me llamó en su auxilio. Yo me habia recobrado ya algun tanto de mi estupor, corrí á él y entre los dos maniatamos al bandido. Pedro le ató las manos á la espalda con una servilleta, y le cubrió la cara con otra.

—Ahora, señor, me dijo, mantened en respeto á este malvado, hasta que vaya á la cuadra á buscar una cuerda.

Al cabo de dos minutos ya estaba de vuelta y atamos fuertemente á nuestro prisionero.

—Voy, me dijo el fiel criado, á galopar hasta la ciudad, que no dista mas que dos leguas y traeré fuerza armada. Durante mi ausencia vigilad al preso: no teneis nada que temer, pues la casa está abandonada. Contad conmigo; no tardaré en sacaros de vuestra desagradable posicion.

Mi intrépido compañero marchó, y resolví vender cara mi vida, en el caso de que se intentase librar al preso. Cerré la puerta y puse detrás de ella cuantos muebles hubie á la mano. Colocado en la ventana, no perdía un momento de vista á aquel miserable tendido á mis pies, y de este modo pasé las dos horas mas largas de mi vida.

Por fin volvió Pedro acompañado del juez de paz y una partida de gendarmes. Les hice entrega del preso, y en seguida se reconoció toda la casa de arriba á bajo: no habia en ella un alma viviente. Pero en un espacioso sótano cuya entrada estaba hábilmente disimulada, se encontró un gran número de cadáveres y esqueletos. Los restos de aquellas desgraciadas víctimas, fueron sepultados en el cementerio de Mezières: el pueblo enfurecido destruyó aquella infernal casa sin dejar piedra sobre piedra.

Jamás se ha vuelto oír hablar del ventero ni de la hermosa criada, y tengo mis temores de que aquella jóven haya perecido á manos del miserable dueño de aquella guarida de ladrones y asesinos. Me he valido de cuantos medios me ha sugerido mi imaginacion para ver si lograba descubrir su suerte, he prometido considerables sumas de dinero al que me diese alguna noticia, y aun ahora mismo emplearia con gusto la mitad de mi fortuna, si se me exigiese para encontrarla, pues que la debo la vida. Pedro, recomendado al gobierno por mi padre y por el general, obtuvo un empleo en aduanas en recompensa de su intrepidez.

PROCESOS, SENTENCIAS Y ESCOMUNIONES CONTRA LOS ANIMALES. El extracto siguiente da, con la indicacion de los escritores que nos han servido de autoridades, la época de los procesos y juicios pronunciados en los asuntos mas singulares, el nombre de los animales, el motivo que los hizo conducir delante de la justicia, así como la fecha de muchos anatemas eclesiásticos.

1120. Mulos y orugas escomulgados por el obispo de Leon. (Sainte Foix.)

1536. Marrana mutilada de una pierna, cortada la cabeza y colgada despues, por haber matado á un niño, segun sentencia del juez de Falaise. (Estadística de Falaise.)



1394. Marrano ahorcado por haber matado á un niño en la parroquia de Roumaigne, vizcondado de Mortaing. (Sentencia manuscrita.)

1474. Gallo condenado á ser quemado, por sentencia del magistrado de Basilea por haber puesto un huevo. (Paseo á Basilea.)

1499. Toro condenado á la horca por juicio del bailío de la abadía de Beupre (Beauvais) por haber dado una cornada á un joven. (D. D. Durand y Marlene.)

1554. Sanguiuélas escomulgadas por el obispo de Lausanne porque destruían á los peces. (Theof Rainand.)

1585. El gran vicario de Valence hace citar á todo género de insectos á su presencia, les dá un abogado para que se defendan, y últimamente les condena á abandonar la diócesis. (Chorrier.)

1690. En Auvernia, el juez de un canton nombra á los insectos un curador; la causa se litiga contradictoriamente, y se concluye determinándoles un terreno (indicado por la sentencia) para finalizar en él su miserable vida. (Descripción de la Francia.)

**LA MANO.** La mano era entre los egipcios el símbolo de la fuerza, y entre los romanos el de la buena fe, á la que fué consagrada por Numa Pompilio con gran magnificencia; de aquí viene que dos manos enlazadas espresan que la abundancia acompaña siempre á la concordia, ó que la concordia es el fruto de una negociacion. La mano llevada sobre la cabeza era entre los antiguos un signo de inmunidad pedida ó obtenida; considerándola tambien como símbolo de la autoridad y del poder. Zenon, jefe de los estoicos, representaba la dialecta bajo el emblema de una mano cerrada, y la elocuencia con el de una mano abierta. Elevada la mano con los dedos abiertos, era el símbolo de la diosa Elilía ó Lucina. La mano de gloria era un signo supersticioso de que se servían en otro tiempo los malhechores para entrar en las casas; era la mano de un ahorcado que se envolvía en un pedazo de lienzo.

Entre los modernos goza tambien la mano de gran predicamento: en muchos países para prestar un juramento auténtico es necesario levantar la mano derecha, y en casi todas las naciones se da la mano en señal de amistad; no se concluye un trato verbal generalmente sino dándose la mano, y un apretón de ellas fija muchas veces el término de una apuesta. El beso en las manos significa un respeto profundo; por eso es permitido en Alemania estampar los groseros labios masculinos en las delicadas manos de las señoras, costumbre que van adoptando las altas clases de otros pueblos.

**UNA MADRE.** Un navio que luchaba contra la tempestad, á vista de la costa septentrional de Escocia, concluyó por encallarse contra dos enormes peñas y quedó enteramente sumergido, excepto la parte mas elevada de la proa. Vióse á la tripulacion lanzarse á la chalupa y esforzarse en ganar la costa, pero una ola tremenda hizo que todos desaparecieran. Trascurrieron ocho dias antes que el tiempo permitiese á los pescadores poner una embarcacion en el mar, y registrando el navio hallaron á una muger muy jóven tendida y muerta estrechando contra su seno á una niña. Tenia debajo del pecho una herida que parecia haber sido hecha con un grueso alfiler, de la cual salia un poco de sangre que la criatura chupaba con avidez. La madre viendo que la leche se habia retirado, apeló á este último recurso que le permitia su deplorable situacion. Un retrato dió á conocer la familia á quien se debia entregar la niña, aun cuando los pescadores deseaban con gusto adoptarla. Estas buenas gentes habian presenciado muchas escenas de desolacion y jamas habian llorado; pero cuando vinieron á quitarles á esta pequeña criatura que ellos habian recogido, la llevaron al sitio donde su madre estaba enterrada, y quitándose sus sombreros prometieron con la mayor candidez del mundo recibir como hija suya á toda huérfana que viniera á arrodillarse á esta tumba.

**VÍCTIMAS QUE HAN CAUSADO LAS GUERRAS.** Un periódico que se publica en los Estados-Unidos, y cuyo único objeto es predicar la paz universal, trae los curiosos datos siguientes acerca del número de hombres que han muerto en la guerra, y de las desventajas que esta proporciona.

En la de los judios. . . . .	25.000,000
En la del tiempo de Sesostris. . . . .	15.000,000
En la de Semiramis, Ciro y Alejandro. . . . .	50.000,000
En la de los sucesores de este último. . . . .	20.000,000
En la de Grecia. . . . .	15.000,000
En la de los doce Césares. . . . .	50.000,000
En la de los romanos, antes de Julio César. . . . .	60.000,000
En la del imperio romano, de los turcos y de los sarracenos. . . . .	180.000,000
En la de la reforma. . . . .	30.000,000
En la de la edad media y de las cruzadas. . . . .	80.000,000
En la de Tartaria y Africa. . . . .	180.000,000
En la de los españoles contra los pueblos bárbaros de América. . . . .	12.000,000
En la de Napoleon. . . . .	6.000,000

Total. . . . . 685.000,000

La deuda pública, que segun el mismo periódico, debe su origen á la guerra, asciende en su concepto en 14 naciones de Europa á 51.525.000,000 de francos (154.575.512,559 rs. 24 mrs.)

Después de la guerra de la reforma gastó la Inglaterra 44.910.600,000 francos; y 36.650.000,000 la Inglaterra,

la Francia y el Austria, en el espacio de 22 años, desde 1793 á 1815.

Las ganancias de la marina mercante de Inglaterra, de los Estados-Unidos y de Francia no llegan á 167.851,070 francos, y la primera ha asignado este año á su marina militar 168.101,000; de forma que una sola de las tres potencias marítimas ha gastado mas que lo que ha ganado la marina mercante de todas ellas.

Desde el año 1789 á 1844 ha gastado el gobierno americano en la guerra, 5.517.194,255, con cuya cantidad al rédito de 6 por 100, se hubiera podido hacer el camino de hierro de Whitley al Océano Pacífico.

¡Ojala sirvan estos datos para hacer desarrollar entre los pueblos el amor á la paz universal, haciéndose de hoy mas imposible la guerra!

**PROGRESOS DE LA CIVILIZACION.** El *Morning-Herald*, periódico de Londres, en su número del 6 del corriente, refiere de este modo la venta que hizo un marido de su muger.

«El lunes anterior se ha verificado la venta de una muger por su marido, habiéndose contratado la enagenacion en una taberna. El precio en que se convinieron fué el de 5 sehn, y 6 dineros (unos 28 rs.) Cantidad que pagó el comprador hallándose presente y dando su consentimiento la muger. Luego que entregó aquel el dinero, tomó á la muger del brazo y se la llevó á su casa. Al otro dia de verificada la venta se arrepintió de ello el vendedor, intentó volver á ver á su muger; pero en valde hizo todas las gestiones posibles, puesto que el nuevo marido tenia muy encerrada á su muger.»

Del Parte médico tomamos las siguientes noticias.

«El cólera ha cesado casi enteramente en Argel, después de haber causado muchos estragos, especialmente en la guarnicion, de la que han muerto 525 de 909 atacados. En Bona, Cherchel, inmediaciones de Milianah, se ha desarrollado, y con gran violencia en Oran: solo el domingo 21 de octubre lo fueron 228 individuos entre paisanos y militares. Los habitantes de la ciudad están aterrados, y huyen á las poblaciones del interior.

«La clase trabajadora, que en su mayor parte se compone de españoles, está llena de espanto. No se halla quien dé sepultura á los cadáveres, y la autoridad militar se ha visto precisada á sacar hombres de la compañía de disciplina para que desempeñen este triste cargo.

«En Berlin se han cerrado ya los hospitales provisionales: en París y en Londres casi ha desaparecido.

«Tambien ha hecho terribles estragos en Panamá. Tan difícil era encontrar ataúdes para enterrar á los muertos, que uno, compuesto de 4 tablas sin pulir, costaba 20 duros.

Insertamos á continuacion por el interés que ofrece, la siguiente receta contra el cólera, empleada recientemente en París con el mejor éxito para combatir sus estragos.

Al aparecer los primeros síntomas de cólera tomará el enfermo tres granos de flor de azufre y otros tres de carbon pulverizado, bien sea en píldora ó bien en agua azucarada, con lo que inmediatamente desaparecen; pero si no sucediese así ó se repitiesen, volverá á tomar igual dosis, necesitando-se muy rara vez la tercera. Se sahumará la habitacion del enfermo con azufre para disipar los miasmas de la atmósfera.

Este descubrimiento se debe á la casualidad de haber observado que un papel empapado en almidon y espuesto al vapor del cloro, tomó el color violeta, perdiéndolo siempre que se introducía en la habitacion de un colérico; y poniéndolo segunda vez á la accion del humo de azufre, recobra inmediatamente su primitivo color (el violeta.) En consecuencia, sahumada la habitacion del enfermo con azufre, queda purificada la atmósfera y desaparecen los síntomas de la enfermedad.

## RASGOS, AGUDEZAS Y ESTRAVAGANCIAS

### HISTÓRICAS.

Durante la guerra médica se agitó una cuestion muy acalorada en una asamblea que presidia Euribades: éste levantó el baston de mando en actitud amenazante, y Temistocles le dijo con sangre fria:

—Da; pero escucha.

—¿Qué vienen los persas sobre nosotros, dijo un enviado á Dioneceo, y su número es tan crecido, que sus flechas oscurecen el sol!

—Tanto mejor, contestó Dioneceo, con eso peharemos á la sombra.

Gnatena, dama ateniense, daba de cenar al poeta Difilo, quien al probar una copa de vino helado que le presentó exclamó:

—Por los dioses que tienes un pozo muy frio.

—Consiste, repuso Gnatena, en que de vez en cuando echo en el algunas de tus comedias.

Sócrates á quien designa la historia como un modelo de paciencia, le dieron una bofetada y se contentó con decir:

—Lástima es que no se sepa cuando hay que salir con visera.

Su muger Jantipa le regañaba frecuentemente, llenándole de improperios. Un dia viendo que el filósofo no le contestaba á pesar de los repetidos insultos que le dirigia, le der-

ramó un jarro de legía sobre la cabeza, y Sócrates no respondió mas que estas palabras:

—Después de la tormenta viene el aguacero.

No quiso defenderse delante de los jueces cuando le acusaron, y á uno que le preguntó, por qué no pensaba en su defensa, le respondió:

—Toda mi vida he pensado en ella, no ejecutando ninguna accion por la cual mereciese ser castigado.

Cuando oyó su sentencia de muerte, se volvió á los jueces diciendo:

—La naturaleza me habia condenado antes que vosotros.

Bebió la fatal cicuta con estremada serenidad; poco antes de espirar le preguntaron si deseaba alguna cosa, y respondió:

—Si; sacrificad á mi nombre un gallo de Esculapio.

Este sacrificio se hacia comunmente por aquellos que se salvaban de una enfermedad peligrosa.

Una vez que Pelópidas se disponia á marchar contra los enemigos de su patria se despidió de su esposa para el indicado fin. Esta abrazándole le dijo entristecida:

—Conserva tu vida.

—Eso, contestó, se recomienda á los soldados; á los generales el conservar las de los demas.

Lidiando contra Alejandro, tuvo la desgracia de ser hecho prisionero suyo, merced á una traicion; pero Pelópidas, lejos de intimidarse amenazaba al tirano en el momento en que le estaba cargando de cadenas.

—¿No temes la muerte? le preguntó Alejandro.

—Al contrario, dijo Pelópidas; la deseo para que te hagas mas acreedor al odio de los hombres y de los dioses, y para que sea mas pronta tu muerte.

Epaminondas fué sorprendido cierto dia por un embajador que le encontró montado en una caña y jugando con su hijo; pero continuó su juego diciendo al extranjero:

—No digais nada á nadie hasta que seas padre.

Dos traidores que habian proporcionado á Filipo la toma de Olinto se presentaron á él quejándose de que los mismos macedonios les llamaban traidores.

—¿Qué os importan, dijo Filipo, los discursos de gentes tan groseras que llaman las cosas por su verdadero nombre?

Phocion contemporáneo de Demóstenes y rival en la elocuencia, admirado un dia porque la plebe elogiaba su discurso, preguntó á uno de sus amigos:

—¿Se me ha escapado alguna sandez?

Demóstenes le dijo un dia:

—Si alguna vez el pueblo se vuelve loco te dará muerte.

—Y á ti si se vuelve sabio, le repuso Phocion.

### ANECDOTAS.

El obispo de Quebec se perdió en el Canadá: los que iban en su busca, se encontraron con una turba de salvajes, á los cuales preguntaron si conocian al obispo.—Pues no le hemos de conocer, respondió uno de ellos; como que nosotros nos le hemos comido.

Encontró uno fuera de puertas á un médico amigo suyo que iba á un pueblecillo cercano á visitar á un enfermo, y advirtiéndole que llevaba escopeta (sin duda para distraerse por el camino tirando á los pajaros) le dijo:—¡Ola! amigo, ¿dónde va vd. tan armado?—A ver á mi enfermo.—Por eso lleva vd. escopeta para no errar el tiro.

Un miembro de la cámara de los comunes, padre de siete hijos, subió á la tribuna para pronunciar un discurso en favor del ministerio. Uno de sus amigos de opiniones diferentes le tiró del faldon del frac diciéndole la siguientes palabras:—Cuidado, amigo mio, que teneis siete hijos colocados.—Es cierto, respondió el diputado, pero mi muger está en cinta.

**UNA RESPUESTA AGUDA.** Un hombre de buen apetito fué con un amigo suyo á comer á una mala venta, en un camino estraviado, pero tuvieron la desgracia de no encontrar sino tres huevos y una botella de vino.—En cuanto al vino, hay bastante para los dos, porque el señor no bebe, dijo el comilon; y por lo que hace á los huevos tráigalos vd., que aqui lo arreglaremos.—En efecto, puestos en la mesa tomó dos y le dijo al compañero: Ahora escoja vd.—¿Y cómo escoger? dijo el otro; no quedamas que uno.—Y bien: todavia puede vd. escoger entre tomarle ó dejarle.

**UNA ORDEN BIEN CUMPLIDA.** Habia ordenado un obispo que ningun cura de su diócesis pudiese tener criadas que contasen menos de cincuenta años: así fué que la primera vez que recorrió su obispado, después de haber dado esta orden, se llenó de indignacion cuando al hospedarse en casa del cura del pueblo de C\*\*\*, vió que le servian tres lindas muchachas, de las que la mayor apenas rayaba los diez y ocho años.—¿Cómo, señor cura, no he prohibido severamente...—¡Ah! señor, yo hubiera querido cumplir vuestro mandato, porque se adapta exactamente á mis deseos; pero V. S. I. conocerá que es difícil encontrar una buena criada de cincuenta años, y habiéndome sido imposible hallarla en una pieza, he determinado tomarla en tres partes, para cumplir en alguna manera vuestra orden.



## Ninguno vé su joroba.

Yo conozco una beata,  
(Su nombre saber no importa)  
Que murmura sin piedad,  
Y habla mas que una cotorra,  
Y dice que su vecina  
Es parlanchina y gazmoña....  
En este pícaro mundo,  
Ninguno vé su joroba.

Tambien conozco á un marido  
Que tiene muger hermosa,  
De cuya vida galante  
Se cuentan largas historias.  
Pues este tal murmuraba,  
Y aun se burlaba con sorna  
Del paciente don Tadeo,  
Que deja á su cara esposa,  
Que la obsequien y agasajen  
Caritativas personas....  
En este pícaro mundo  
Ninguno vé su joroba.

Tambien conozco, no es chanza,  
A una elegante señora,  
Que tiene el gran defectillo,  
De ser algo tartajosa;  
Y hace poco que decia,  
Que su amiga doña Alfonso,  
Era tarda en espresarse,  
Y que la daban congojas,  
Si mucho rato escuchaba  
Su relacion enojosa:  
Y es lo mas particular,  
Que al hablar, esto no es broma,  
Decia no pu... pu... pu... puedo  
Con... conversar... con... Alfonso.  
En este pícaro mundo  
Ninguno vé su joroba.

Si pierde Anton al tresillo,  
Se desespera y baldona,  
Llega á su casa enfadado,  
Y regaña con su esposa,  
Y hasta que gana una vez,

## MAXIMAS.

Toda la vida debe ser una atencion continua sobre lo presente; una prevision de lo futuro, y un recuerdo de lo pasado.

Los suplicios no hacen mas que oscitar la curiosidad del pueblo, y alimentar su crueldad, sin producir escarmiento.

La vanidad es la gloria de las almas pequeñas.

Nada hay tan peligroso como los hombres envilecidos, que han renunciado enteramente á la estimacion pública.

Las guerras injustas son verdaderos asesinatos, y robos manifestos los impuestos que no tienen por objeto la utilidad pública.

## Calendario de la Semana.

**Lunes 19.** Santa Isabel, reina de Hungría, san Crispin, obispo de Faja, santa Inés, virgen, hermana de santa Clara de Asis, san Ponciano, papa y mártir, san Fausto de Alejandria.

**Martes 20.** San Felix de Valois, confesor, san Barlaam, mártir, san Edmundo, rey, san Agapito, mártir.

**Miércoles 21.** La festividad de la presentacion de Nuestra Señora en el templo, san Rufo y Esteban, mártires, santos Honorio y Eutiquio, patronos de Jerez de la Frontera, san Heliodoro, mártir, y el beato Mariano, confesor.

**Jueves 22.** Santa Cecilia, virgen, santos Filimon y Apolonia, mártires, discipulos del apóstol san Pablo, san Columba, abad.

**Viernes 23.** San Clemente, papa y mártir, santa Lucrecia, virgen y mártir.

**Sábado 24.** San Juan de la Cruz, san Crisogono, mártir, santa Flora, virgen, santa Firmina, virgen y mártir.

**Domingo 25.** Santa Catalina, virgen, san Moisés, presbítero, y el beato Francisco de Posadas, religioso dominico.

## Gacetiilla devota de la capital.

**Dia 19.** En la iglesia de religiosas Trinitarias, se hallará el Señor de manifestado desde las ocho de la mañana hasta el anocheecer. Por la tarde se cantarán solemnes maitines por la comunidad á su segundo santo fundador. En la parroquia de san Andrés, á las nueve el sufragio semanal acostumbrado, por las ánimas del purgatorio. En la de san Miguel y san Justo prosigue la novena á santa Gertrudis la Magna, por la tarde. En la bóveda de san Ginés, ejercicios como todos los lunes, por la noche.

**NOTA.** La duodena mensual á san José, que debia celebrarse en este dia, se traslada á la fiesta de los Desposorios de Nuestra Señora, que es el dia 26 del actual. Además, en la capilla del Monte de Piedad, comienza novena á nuestra señora del Socorro.

**Dia 20.** En la iglesia del colegio de Portugueses se tendrá el culto acostumbrado á san Antonio de Padua, su titular, siendo con esposicion del Santísimo, por la mañana de diez á doce. En dicha iglesia de Trinitarias funcion á san Felix de Valois, fundador de aquella religiosa orden, habiendo misa solemne con panegirico, y por la tarde el trisagio, cantado á la Santísima Trinidad. En la de santo Tomás, se recuerda que por la noche sigue la devocion del mes de las ánimas.



No se le pasa la mosca.  
Pues Anton me dijo anoche  
Que era accion no decorosa,  
Hacer que nuestros disgustos  
Los paguen otras personas:  
Que educacion no tenia  
El hombre que se apasiona,  
Y por tales bagatelitas  
Arina en su casa camorras.  
En este pícaro mundo  
Ninguno vé su joroba.

¡Nadie protege las artes  
En esta nacion de idiotas!  
Esclamaba un caballero  
Echándola de patriota;  
Y se calza en Inglaterra,  
Y en Francia se hace su ropa,  
Su cocinero es suizo,  
No asiste mas que á la ópera,  
En inglés habla á los hombres,  
Y en francés á las señoras,  
Y sin saberlo reniega  
De las artes españolas....  
En este pícaro mundo  
Ninguno vé su joroba.

Tiene Juan siete chiquillos,  
Que saltan, brincan, retozan,  
Y si recibe visitas,  
Cantan, chillan y atolondran;  
Pero dijo, no hace mucho,  
Que á los padres no perdona,  
Que educan mal á sus hijos.  
Reniega de las personas,  
Que en nada su tiempo emplean:  
Y repite á cada hora  
«El tiempo es oro, una alhaja.»  
Y se tiende á la bartola....  
Y es cosa particular,  
Que Juan, que no sabe jota,  
Diga que otro es alcornoque.  
Cuando el pobre echa bellotas....  
¡Si en este pícaro mundo  
Ninguno vé su joroba!

I. A. BERMEJO.

## Funciones de iglesia fuera de la corte.

**Dia 19.** A santa Isabel, reina de Hungría, se le celebra como á patrona, en Santa Fé de Bogotá. A san Crispin, obispo en Ecija.

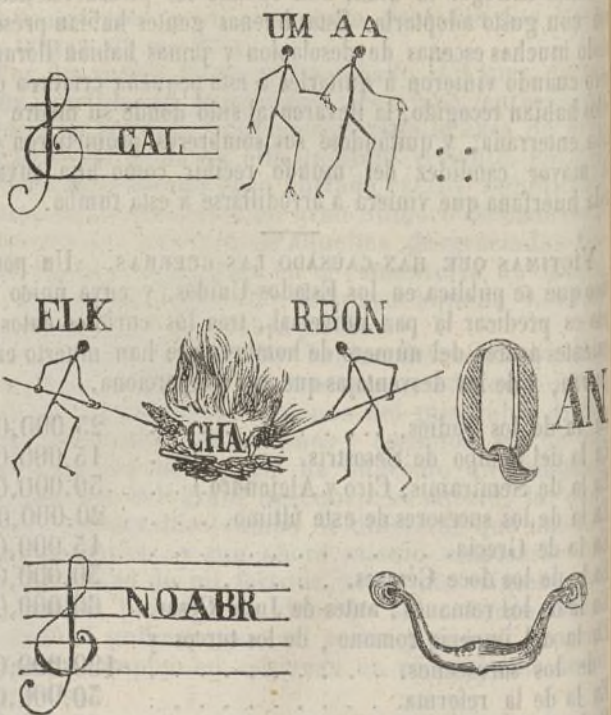
**Dia 20.** A san Felix de Valois, en Elche.

**Dia 23.** A san Clemente, papa, como á patrono, se le celebra en Lorca.

**Dia 24.** A san Juan de la Cruz, en Segovia, donde se venera su cuerpo. Y á santa Flora en Córdoba, donde padece martirio.

**Dia 25.** A santa Catalina, virgen y mártir, en Jaen, donde se la tiene por patrona.

## LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

SOLUCION DEL INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

PARA EL DOCTOR GALL, ERA LA FRENTE LA RESIDENCIA DEL TALENTO.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, núm. 8.